
De la autora de Mil luciérnagas en el jardín
MAR VAQUERIZO
ENCONTRARTE
zafiro

ÍNDICE

Primeros cap
Fragmentos de próxim
Clubs de lectura co
Concursos, sorteos y
Participa en presentac

Comparte tu opinión en
y en nuestras red



Explora Descubre

SINOPSIS

Hacía mucho tiempo que Diana no era feliz, pero soportaba lo que ninguna mujer debería por garantizar su seguridad y la de su hijo. Sin embargo, cuando ve que sus vidas corren peligro, toma una importante decisión.

Con una nueva identidad, ambos huyen de Madrid para refugiarse en un hotel rural de Cid, un pueblo tranquilo y alejado de la ciudad. ¿Conseguirá encontrar la oportunidad para ser feliz y volver a creer de nuevo en el amor?

Sólo lo descubrirás si lees *Encontrarte*.

ENCONTRARTE

Mar Vaquerizo

A mi abuela Guadalupe.
Su esencia está tan presente en las gentes del pueblo donde se desarrolla esta historia,
en sus tradiciones y su san Antonio,

que no podía dedicársela a otra persona.

A todos los que han sufrido y/o sufren algún tipo de maltrato.
Ojalá la sociedad cambie lo suficiente como para que no tengamos que contemplar en las noticias ni un caso más.

Ponte guapa para ti,
sonríe para ti,
haz planes para ti,
sé feliz para ti...
y si él quiere compartirlo contigo, bien,
y, si no, más para ti.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

PRÓLOGO

Diana había guardado minuciosamente toda su documentación y la del pequeño Quique en la lata de juguetes que el niño llevaba siempre en su mochila de Spiderman. Era la forma más segura de tenerlo preparado con discreción para el

momento de la huida.

Las maletas estaban hechas. Poco a poco había ido guardando ropa, calzado, objetos de aseo y personales, cuando Miguel estaba trabajando o de cervezas con los amigos o con la mujer que tocara esa noche.

Las sacó del armario mientras el crío la observaba.

—¿Has cogido a Rubble? —le preguntó a su hijo, refiriéndose a su muñeco favorito de los dibujos de «Patrulla canina». Si lo perdían, éste no sería capaz de dormir tranquilo.

—Sí, mamá —contestó con voz asustada.

Diana sabía que tenía mucho miedo; ella también, pero era su única oportunidad.

Se arrodilló frente a él para ponerse a su altura. Le sonrió para transmitirle tranquilidad.

—Todo va a salir genial. Vamos a ir a un sitio precioso, donde vas a conocer a un montón de niños con los que podrás jugar todo el verano, ¿vale?

—¿Lo prometes, mamá? —replicó con los ojos llorosos.

—Lo prometo, mi vida —juró acariciando el moratón de su rostro, que ya estaba empezando a ponerse verdoso. Él la imitó, retirando sus gafas de sol

para tocar el cardenal de su ojo, que tapaba muy cuidadosamente con maquillaje.

Hacía dos días de la última agresión y, por defenderla, el chiquillo también recibió un golpe. Por suerte no había sido fuerte y las consecuencias no eran graves, pero fue lo que precipitó la escapada. No podía esperar ni un día más.

—¿Recuerdas lo planeado? No te muevas de aquí mientras mamá baja el equipaje. No abras la puerta a nadie. Enseguida vengo a buscarte.

El niño asintió con dos golpes de cabeza con seguridad. Lo habían

hablado muchas veces en los últimos días y había guardado el secreto como si de un tesoro se tratara.

Quería mucho a su padre... hasta que empezó a pegar a su mamá. Cuando lo agredió a él, el minúsculo vínculo que quedaba entre ellos se rompió... Ahora lo temía y no quería estar cerca de él.

La mujer bajó rápido los bultos, con cautela, para no encontrarse con nadie. Era por la mañana, y hacía dos horas que Miguel se había marchado al trabajo, igual que la mayoría de sus vecinos. Además, esa vez tenía una intervención fuera de la capital, era policía e iba a estar ausente como

mínimo tres días. Eso les daba una gran ventaja, sobre todo porque él nunca llamaba a casa, decía que para no perder la concentración... A Diana le costó habituarse al principio, tenía miedo por él, por su relación, pero él siguió con la misma costumbre, y en ese instante ella lo agradecía.

En aquel barrio nuevo del extrarradio de Madrid, todo el mundo se marchaba a trabajar temprano y sólo había movimiento en las viviendas por las tardes o en las horas clave de entrada y salida de los colegios.

Las clases habían acabado por la tarde hacía una semana; la actividad se

limitaba a ir al cole por la mañana, y el resto del día, al disfrute de las piscinas, parques y tiempo libre. Ella había avisado al colegio de que Quique no volvería más este curso porque sus vacaciones habían cambiado y se marchaban de viaje. Como por el trabajo de su marido ya había sucedido en otras ocasiones, a nadie le extrañó.

Guardó el equipaje en el coche, que estaba aparcado en el garaje para que el portero del edificio no los viera partir. No había cámaras de vigilancia, a pesar de que muchos vecinos, incluido su marido, insistían en ponerlas. Cogió de nuevo el ascensor y subió a su casa.

Abrió la puerta, esperando que el niño estuviese allí aguardando, pero no lo vio.

—¿Quique? —lo llamó avanzando por el pasillo para revisar habitación por habitación.

No contestaba.

Apresuró el paso. El perfume de Miguel lo delataba a kilómetros de distancia y allí no había ni rastro de él. Estaban solos. ¿Dónde se había metido el crío?

Respiró cuando lo encontró sentado en su cama, abrazando al peluche de Rubble.

Diana cogió aire.

Era muy triste tener que huir, pero, si seguían en aquella casa, las consecuencias serían muy graves.

—Cariño... —lo llamó en un susurro—, tenemos que irnos.

—Voy a echar de menos mi cama —declaró tocando el edredón con sus pequeñas manos—. No quiero irme de mi habitación.

La mujer se armó de valor. Era demasiado pequeño, tan sólo tenía seis años, como para comprender todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, pero debían marcharse.

—Te prometo que volveremos —dijo con voz temblorosa—. Quique, te

juro que volverás a tu habitación, que regresaremos a casa.

El niño la miró con una tímida sonrisa.

Si su mamá lo decía, así sería. Nunca le había mentido y siempre cumplía lo que prometía.

CAPÍTULO 1

Madrid, una hora después de la huida

Diana llegó al despacho de su abogado sin incidentes.

Había conseguido su objetivo. Nadie los había visto marcharse.

Con la mano de Quique bien cogida con la suya, subió la escalera hasta la puerta de entrada.

Llamó al timbre mientras le sonreía al pequeño.

—Sólo serán unos minutos, lo prometo. Después nos iremos a ese sitio tan chulo del que te he hablado.

Quique asintió.

La puerta se abrió. Esteban estaba al otro lado.

Su cara era seria, pero al ver al chiquillo, la cambió por otra más amable.

—¡Hola, campeón! ¿Qué tal estás? ¿Ya has conseguido hacer el cubo de

Rubik? —le preguntó dejándolos pasar mientras se cercioraba de que nadie los había visto llegar. Cerró la puerta tras de sí.

—Aún no —contestó el pequeño con gesto triste.

Esteban le revolvió el pelo con cariño.

—Lo vas a lograr. Sólo necesitas practicar un poco. ¿Te apetece intentarlo mientras hablo con mamá un momento allí dentro? —le propuso, sabiendo que, siempre que lo retaban a algo, él aceptaba.

El abogado arrugó el ceño al descubrir el golpe de la mejilla, pero no

dijo nada. Tampoco lo tocó.

Como era de esperar, aceptó. Abrió su mochila de Spiderman para sacar el juguete y se puso manos a la obra.

El abogado cogió a Diana de la cintura y la metió en otra estancia; era su despacho.

—Enseguida salgo, cielo —le dijo ella antes de desaparecer, guiñándole un ojo.

El pequeño asintió tranquilo. Conocía muy bien a aquel hombre: era un gran amigo de su mamá y siempre se había sentido seguro con él y en aquel despacho.

Esteban entornó la puerta.

—¿Estás loca? No es el momento aún —susurró para que no pudiera oírlos.

—¿Has hecho lo que te he pedido? —le soltó sin contestar a su pregunta.

—Sí, claro que lo he hecho, pero no creo que sea buena idea. ¿Tú sabes en el lío que te puedes meter? ¿Por qué no has ido al hospital a por un parte de lesiones? Ésta no es la forma correcta de actuar, Diana. Así, no.

Ella era consciente de ello. Desde luego que lo sabía, pero ya no había otra solución.

—Si lo denuncio, me matará. Si me quedo, me pegará hasta que un día me

mate o peor, que vuelva a golpear a Quique y le haga daño... No tengo otra salida.

—¿Has llamado al teléfono de atención a la mujer maltratada como te dije? —se interesó.

—Sí; tienen constancia de mi situación, pero no pueden ofrecerme una solución inmediata, y la necesito ya. Es el momento. Mi oportunidad.

Esteban la miró dolido. No quería ver a su amiga en esa situación. Ella se negaba a denunciar. Miguel la amenazaba constantemente con separarse y quitarle la custodia del niño, además de la insistencia que ponía en

asegurarle que nadie la creería y que sus compañeros lo apoyarían de forma incondicional.

El abogado no creía que el policía fuese capaz de nada de todo eso, lo que muchas veces lo había colocado en una tesitura odiosa... hasta llegar a ese momento tan complicado.

Diana lo sabía; conocía al tipo que tenía ante ella desde la niñez y por eso confiaba en él. En ese instante era el único hombre mayor de seis años en el que confiaba.

Lo abrazó sin previo aviso.

Él la envolvió entre sus brazos.

—Te echaré de menos —le susurró

estrechándose contra él.

—Yo también —contestó dolido—. Ojalá los juzgados fuesen más rápidos y las leyes, más justas.

—Tú no eres la ley. No tienes la culpa. —Le quitó ese peso de encima. Bastante estaba haciendo encubriéndola —. ¿Has conseguido lo que necesito? —le preguntó. No tenían mucho más tiempo.

Esteban asintió, deshizo el abrazo con pesar y se acercó a la mesa que había tras ellos.

Sacó un sobre de un armario situado tras el escritorio.

—Ésta es la documentación que he

podido conseguir. —Diana abrió mucho los ojos. ¿Cómo lo había hecho? Esteban vio la sorpresa en su rostro y se apresuró a hablar—. No preguntes —pidió, negando con la cabeza, porque sabía que lo haría—. A partir de ahora te llamas Ariadna Gutiérrez y Quique se llamará igual, sólo le he cambiado el apellido. Es demasiado pequeño como para entender y recordar un cambio así... —Los dos guardaron silencio unos segundos, mientras Diana se secaba las lágrimas.

—No sé cómo voy a pagarte esto —le dijo con un hilo de voz, observando los papeles—. Es más de lo que te había

pedido.

El abogado lo sabía. Ella sólo quería que le buscase un trabajo en algún sitio lejos de la ciudad y un coche nuevo con el que huir; aquello era mucho más, algo que lo comprometía profesionalmente.

—Lo sé, pero es la única forma de que no dé contigo durante un tiempo. No debes llamar la atención y no puedes dudar cuando cuentes tu historia: eres una madre soltera que ha llegado al pueblo por la oferta de trabajo, ya que llevas tiempo en paro. Nada más.

Diana asintió.

—Va a llamarte. Lo sabes, ¿verdad?

—Estoy preparado para lo que haga falta. Es policía, pero no es Dios. No lo quieren tanto como cree, no lo van a ayudar tan fácilmente.

Ella asintió cogiendo aire.

—Sólo tú sabrás dónde estamos. No quiero que mi madre se entere, ni nadie que me conozca. Sólo tú —insistió.

—Así será.

—Quiero que le digas a mi madre que estamos bien y seguros, pero que, por su seguridad y por la nuestra, es mejor que desconozca el resto. Cuando pueda, la llamaré.

Esteban alargó la mano para que Diana le diera lo que necesitaba.

Le entregó su móvil. A cambio, el abogado le tendió otro.

—Éste es tu nuevo número de teléfono. Sólo lo tengo yo. En la agenda aparecen exclusivamente mi número y el de tu madre.

—De acuerdo —aceptó ella.

—No puedes hablar con nadie más y, cuando nos llames, hazlo con número oculto. —Diana asintió—. No puedes usar tus redes sociales, ni siquiera para ver qué está pasando en los perfiles de tus contactos, ¿entendido? Si no te ves capaz de hacerlo, es mejor que las borres.

—Puedo hacerlo. No te preocupes.

—Cuando llegues al pueblo, tienes que buscar un hotel rural llamado La Casa del Médico. He reservado una habitación doble con baño privado para Quique y para ti durante tres meses. Espero que sea tiempo suficiente como para que todo esto se solucione —añadió mientras sacaba otro sobre de un cajón. Lo abrió para mostrarle el contenido. Era dinero en efectivo—. Esto es para el pago del alojamiento. Ya está todo hablado con Tony, el propietario. Es amigo mío. Si tienes cualquier problema, puede ayudarte. Confía en él, aunque siempre puedes llamarme. Y este otro sobre —lo sacó

del mismo sitio de donde había extraído el primero— es el dinero que había en tus cuentas. No puedes usar la tarjeta del banco o te delatarás. He acordado con doña Remedios que te pague en efectivo.

Diana lo miró impactada por todo aquello. Era mucho más de lo que le había pedido, era todo lo que necesitaba, y lo había preparado para que no la encontrara o, al menos, le costase mucho hacerlo.

—¿Ha accedido a hacerlo sin más? —inquirió sin creerse aún todos aquellos detalles.

—Tony no sabe lo que sucede, sólo le he dicho que necesito que os aloje

durante una temporada. Es mejor así por el momento. Hemos quedado en que le pagarás semanalmente. Los importes no son muy altos y acepta metálico. Así, si tuvieses que marcharte, no perderías dinero. —Ella asintió de nuevo, comprendiendo por qué lo había estipulado de esa manera—. Doña Remedios fue más reticente... no por el hecho de pagarte así, más bien por si se podía fiar de ti. Le conté que tienes un niño y en casa hay problemas de los que os debéis alejar por la seguridad del menor, sin entrar en más detalles. No conviene que la gente sepa más de lo necesario, por ahora. Tras esa breve

explicación, te aceptó sin más preguntas, aunque te las hará. Es una buena mujer. Puede ayudarte en caso de necesidad. No le mientas y tendrás una aliada.

—Parece que los conoces bien —apreció guardando los sobres de dinero en el bolso.

—Sólo a Tony, pero he ido a hablar con ellos en persona. Son buena gente y el lugar creo que os gustará.

—¿Por qué allí? —quiso saber. Había sido idea suya que se fueran a Cid.

—Me fío de Tony y sabía que no haría preguntas; además, conocía la oferta de trabajo del pueblo. Todo ha

sido un cúmulo de buena suerte. —Dio por zanjado el tema. No debían perder más tiempo. Sólo esperaba no haberse equivocado con las elecciones que había hecho.

—No sé si algún día podré agradecerte todo esto como merece —expresó emocionada.

—Lo harás. Te lo prometo —la animó. Ella pensaba que no cumpliría un año más, que Miguel la encontraría fuera donde fuese, pero debía luchar y él pensaba ayudarla a conseguirlo a toda costa—. Vamos a cambiar vuestro equipaje de vehículo. Debéis marcharos ya —determinó saliendo de detrás de la

mesa mientras le entregaba los documentos.

Diana los guardó en su bolso, junto con los sobres que había metido poco antes.

—No voy a preguntarte de dónde los has sacado pero, cuando todo se solucione, prometo pagártelos.

—No te lo voy a contar, sólo espero no necesitar algo así nunca más. Apúntalo en la lista de gastos para cuando te toque el Euromillón ese que echas todas las semanas —declaró guiñándole un ojo mientras abría los brazos para envolverla en un nuevo abrazo. Esperaba que no fuese el último



de su vida.

CAPÍTULO 2

Diana bajó del coche ante la puerta del hotel rural.

Se había pasado casi todo el camino recordándole a Quique que a partir de entonces debía llamarla siempre Ariadna —Ari, para hacérselo más fácil

—, y que, si la llamaba «mamá» todo el tiempo, no tendrían problemas.

El pequeño se estaba portando muy bien y colaboraba en todo lo que le pedía. El miedo era lo que lo hacía ser tan dócil.

Era un niño inquieto que no solía hacerle caso a la primera y que hacía travesuras en alguna ocasión. Sin embargo, ahora su intuición le marcaba las pautas que debía seguir. Sabía que la situación era difícil, Diana nunca se lo había ocultado. Tampoco olvidaría el golpe que le propinó su padre dos días atrás...

Aquello era importante para que no

volviera a pegarle. Debía prestar atención a todo y no olvidar nada.

—Recuerda lo que hemos hablado, ¿vale? —le susurró cogiéndole de la mano para entrar en el hotel.

—No te preocupes, mamá. Todo saldrá bien —afirmó con seguridad, haciendo que ella se emocionara. Su pequeño estaba creciendo demasiado rápido, muy a su pesar.

Cogió aire, aguantando las lágrimas.

La entrada era acogedora. Tenía unas jardineras con flores de color rosa y blanco a ambos lados de la puerta; ésta era antigua, de madera labrada, y estaba abierta, aunque no se veía el interior

debido a la cortinilla típica que se pone en los pueblos para evitar que entren las moscas.

A un lado de la puerta había un banco pegado a la fachada, para que los visitantes pudiesen esperar su transporte con comodidad al marchar o bien tomar el fresco los días de verano.

Subieron los dos peldaños de acceso al vestíbulo de entrada.

Las paredes estaban pintadas en color blanco en la parte superior y cubiertas en la zona baja por un zócalo de azulejos decorativos de más de un metro.

Las vigas de madera presidían los

techos impregnándolos de personalidad.

Un pequeño mostrador les dio la bienvenida. Sobre éste, sólo había un libro, un jarrón con flores frescas y un plato de barro lleno de tarjetas con los datos del hotel.

A los dos segundos de acceder al interior, un hombre salió de la parte posterior para recibirlos.

Moreno, alto y entrado en la treintena de edad, era guapo y elegante en su caminar, pero ella no se fijó en eso. Había eliminado a los hombres de su plan de vida, a excepción de Quique.

—Bienvenidos a La Casa del Médico —dijo acercándose al

mostrador.

—Hola —saludó Diana—. Somos Ari y Quique. Tenemos una reserva de larga estancia.

El tipo arrugó el ceño mientras buscaba en la tableta electrónica los nombres de sus huéspedes.

—Sí. Aquí está. Estancia de más o menos tres meses, con pago semanal en efectivo. Eres la amiga de Esteban, ¿verdad? Soy Tony. —Diana asintió. Le dio la mano a modo de saludo, con media sonrisa educada que no parecía alegre, y esperó—. ¿Me deja su documentación? —pidió mirándola a los ojos con seguridad y sonrisa amable,

aunque extrañado por su actitud distante.

Cuando Esteban reservó la habitación, no le explicó los motivos, pero su instinto le indicó que algo sucedía con aquella mujer.

Iban a estar un tiempo por allí. Estaba convencido de que poco a poco, con el trato diario, de algo se enteraría. Mientras tanto, paciencia y respeto. Nunca se sabía qué historia había detrás de las personas; a veces resultaba amable, pero otras muchas era dura, incluso horrible.

Aquel pequeño le sonrió nervioso mirando a su alrededor, impaciente por hacer algo que no fuese estar allí quieto.

Se fijó en el golpe de su mejilla, y enseguida supuso que se lo habría hecho haciendo alguna trastada típica de la edad.

Diana abrió el bolso sin mirar al casero para sacar su monedero y entregar los DNI que Esteban les había conseguido con sus nuevas identidades. Los había guardado allí, como acostumbraba a hacer con los documentos verdaderos; éstos los había ocultado en la lata de juegos del niño, dentro de su mochila de Spiderman, antes de salir de su casa.

Tony se fijó en que la chica no mantenía contacto visual con él. Y,

además, apenas hablaba... Era una actitud extraña.

La observó a escondidas mientras verificaba la documentación. Comprobó que la identidad coincidía con la reserva y se los devolvió.

—Necesito el pago anticipado de una semana como señal —solicitó, conectando la tableta a un teclado que extrajo de un cajón del mueble que hacía de recepción.

Ella sacó de su cartera el importe acordado con anterioridad entre Esteban y él, y lo abonó.

—Perfecto —declaró el hombre tras contarlo, anotarlo en aquel

miniordenador y guardarlo en uno de sus bolsillos—. Si le parece bien, les enseño el hotel.

Diana asintió sin soltar la mano de Quique, que atendía a todo sin decir ni media palabra.

—Me llamo Antonio, pero todos me llaman Tony o el hijo del médico —le aclaró mientras caminaban hacia una sala grande—. Esto es el salón comedor, donde pueden ver la tele, jugar a las cartas, a algún juego de mesa o a lo que quieran. También es el comedor. Se desayuna de ocho a nueve, se come de una a dos y se cena de ocho a nueve, aunque en verano el horario se retrasa

un poco. —Madre e hijo asintieron. Viendo que no le preguntaban ni decían nada, continuó con la visita—. Le comenté a Esteban que en su caso tienen incluida la comida en el precio, ¿de acuerdo? —La mujer asintió de nuevo, en esta ocasión agradecida y con una sonrisa un poco más amplia que las anteriores. Parecía que había sido una buena noticia para ella—. En esta planta también hay un baño común, el recibidor, que ya conocen, y la cocina, donde Adela tiene su territorio. Es la cocinera. Más tarde la conocerán.

—Muchas gracias —intervino ella. Le pareció descortés no decir ni una

palabra en todo ese rato, cuando aquel tipo estaba intentando que se sintieran a gusto en el que iba a ser su nuevo hogar durante los próximos meses. Era mejor empezar con buen pie.

Tony asintió mientras señalaba la escalera para que la mujer y el niño subieran.

Lo siguieron.

—Aquí, en la planta superior, hay seis habitaciones, con baño privado en cada una. La suya es ésta —explicó señalando la que estaba en el pasillo más corto, a la izquierda de la escalera. Sólo había ésa y otra puerta enfrente—. Da a la parte trasera, aunque también a

un lateral de la casa, desde donde se ve un poco la calle principal—explicó mientras abría las ventanas para que entrase la luz—. Es grande, fresca y la más silenciosa de las que alquilo.

—Gracias. —Diana agradeció ese gesto con media sonrisa, mientras que Quique se asomaba al balcón del ventanal principal para comprobar lo que les acababa de decir.

—Mi habitación es la de enfrente —informó señalando la puerta del otro lado del pasillo—. Pensé que de esta forma estarían más tranquilos, evitando el bullicio del resto de huéspedes.

Ella asintió por enésima vez.

—Es todo un detalle. Se lo agradezco por él —apreció Diana, señalando al pequeño.

Tony asintió con media sonrisa. Parecía que había acertado.

—No hay de qué. Si lo desea, la puedo ayudar a subir sus pertenencias —se ofreció.

—Eso sería genial. Quique está cansado del viaje y no quiero que suba y baje demasiado la escalera. Por otro lado, si vamos a vivir aquí, ¿qué le parece si nos tuteamos?

—Por supuesto —aceptó él.

—¡Mamá! Soy mayor. Puedo ayudar —protestó el aludido arrugando el ceño.

Ella se agachó para ponerse a su altura antes de hablar.

—Lo sé, tesoro, pero necesito que lo vayas ordenando todo aquí arriba. Ya sabes que soy un desastre y tú siempre le encuentras un buen sitio a las cosas. —Lo miró esperando su respuesta. Tony sonrió por la estrategia de aquella madre, guardando silencio; no debía entrometerse.

—Eso es verdad —afirmó el niño—. Está bien... Me quedaré aquí arriba, pero no tardes —cedió empezando a observar la estancia para ver dónde iba a colocar sus juguetes.

Diana se percató de que su hijo ya

estaba tomando alguna decisión, pues Quique cogió su cubo de Rubik y lo dejó sobre una de las mesillas.

—Perfecto —susurró observando que había elegido el mejor emplazamiento.

La madre sonrió mirando a Tony y, con un gesto de la cabeza, lo informó de que podían marcharse.

—Enseguida subo con más cosas, mi vida —le dijo saliendo por la puerta. Él ya no contestó.

Ella salió tras su casero y ambos bajaron la escalera.

—Parece un buen muchacho —señaló Tony mientras esperaba a que la

mujer abriera el coche.

—Lo es —confirmó cogiendo los primeros paquetes.

Ante la escueta respuesta, él decidió no decir nada más. Sólo la observó.

No debía de tener más de treinta y cinco años; era delgada, nerviosa, de ojos color caramelo que sólo brillaban cuando hablaba con su hijo, pelo castaño que degradaba su color de forma natural hasta ser rubio en las puntas, largo y recogido en un moño informal.

Subieron la primera tanda, lo dejaron todo en el suelo y regresaron al vehículo.

Recogieron más paquetes en silencio y volvieron al cuarto.

—Mira, mamá —le dijo el niño mostrando su estantería de juguetes. Era todo lo que había colocado.

—Igual tenemos que apretarlos un poquito, ¿no te parece? Sólo tenemos esta habitación para guardar todas nuestras cosas, pero estoy segura de que les encontraremos un buen lugar.

El crío asintió, convencido con aquellas palabras, y continuó con su quehacer.

Salieron de nuevo de camino al coche para realizar el último viaje.

—Si necesitáis más espacio, hay un

zaguán donde podéis dejar alguna cosa que no uséis a menudo o que sólo queráis conservar, así no os estorbará en el cuarto. La habitación es grande, pero con el tiempo todo es poco.

—Te lo agradezco —contestó con la bicicleta de Quique en la mano—. ¿Crees que esto podría ir allí? —consultó cogiendo aire.

Tony sonrió. Dejó lo que tenía entre manos de nuevo en el maletero y le señaló un garaje.

Abrió una pequeña puerta que había dentro de otra más grande.

Entraron.

Diana sonrió.

Había una moto de gran cilindrada, un todoterreno, una bicicleta de montaña y una antigua Bultaco rodeada de herramientas.

—¿La estás reparando? —preguntó curiosa.

A Tony le sorprendió que fuese eso en lo que se había fijado. Sonrió complacido.

—Eso intento, pero de momento no he tenido suerte.

Ella lo miró sonriendo, a la vez que cogía aire para oler la gasolina que impregnaba el ambiente.

—Paciencia —le aconsejó, dejando la bicicleta apoyada contra una pared

cercana a la puerta; así el niño podría cogerla sin entrar a investigar.

—No tengo prisa. Me relaja —declaró mirándola a los ojos.

Diana mantuvo la mirada en él por primera vez. Sus ojos eran oscuros, pero expresivos. Le gustaba estar allí. Se notaba. Él no apartó la suya.

Fue ella quien rompió la conexión.

No se había fijado en él al llegar, pero en ese momento, más tranquila tras la tensión de la huida, el viaje y comprobar que su marido no estaba esperándolos para llevarlos de vuelta a casa, se estaba relajando un poco... por lo que se percató de que era un hombre

atractivo, con un físico imponente.

¿De qué lo conocería Esteban? Nunca le había hablado de él, aunque decía que eran amigos de cuando Tony vivía en la ciudad... Era extraño...

—Tengo que ir a buscar al niño. Debo ir a la tienda de doña Remedios para decirle que ya estoy aquí y que puedo empezar a trabajar cuando quiera —le comunicó interrumpiendo aquel pequeño acercamiento.

—Os acompaño —se ofreció—. Tengo que ir a comprar el pan para la comida y algunas cosas para la casa.

La mujer, agradecida con la propuesta, asintió mientras ambos se

marchaban del garaje.

CAPÍTULO 3

El pueblo era bonito, típico castellano de la meseta toledana, con pocas cuestas y rodeado de campos de trigo, olivos y vides.

El hotel estaba cerca de la plaza, centro neurálgico de Cid y donde más

actividad había.

Allí se ubicaban el banco, el ayuntamiento, una pequeña oficina de turismo junto a la entrada del consistorio y un bar donde, a aquellas horas, había algunos habitantes con un chato de vino en la mano.

—El bar de Eulogio es el más antiguo del municipio —le explicó a Diana cuando entraron en la plaza—. Si buscas a algún jubilado después de la siesta, sólo tienes que venir aquí. Lo encontrarás jugando al mus o al dominó.

Ella sonrió. Aquello le recordó a los tiempos de su niñez, cuando iba a ver a sus abuelos a otro pueblo de la

provincia de Toledo. Se parecía mucho a todo aquello.

—¿Qué es el mus? —preguntó el pequeño, interesado.

—Un juego de cartas —contestó su madre mirándolo sin parar de caminar —. ¿Te acuerdas del cinquillo? —El niño asintió. Habían jugado alguna vez, para entretenerlo, en la piscina o en casa —, pues se usa el mismo tipo de cartas y se juega en parejas.

—¿Tú sabes? —volvió a preguntar, aún más interesado. Ella asintió—. ¿Me vas a enseñar? —probó suerte.

—Cuando seas más mayor. De momento nos quedamos con el cinquillo

y otro nuevo que te voy a explicar: la escoba.

—¿La escoba? —planteó extrañado. Diana asintió.

—Sí. Se llama así porque, si te llevas todas las cartas, barres la mesa y te sumas un punto extra. Es muy divertido, ya lo verás.

El muchacho asintió, conforme y muy sonriente.

Su madre le enseñaba muchos juegos y nunca se aburría; aquél sería uno más que añadir a la colección.

Tony sonreía escuchando la conversación. La situación era nueva para él, y le parecía que iban a ser unos

días bastante entretenidos. La soledad le pesaba un poco y hablar con los ancianos no era lo mismo que tener cerca a alguien de su edad durante algún tiempo.

La miró con otra idea sobre ella en la cabeza, aunque continuaba confundido. Había algo que le parecía que seguía sin cuadrar en su historia, e incluso en su actitud. A veces se mostraba confiada y tranquila, pero en otras ocasiones percibía su lucha contra el miedo, algo que conocía bien, pues todo soldado, a diario, lidiaba con el miedo a morir. Lo averiguaría.

A Diana no le pasó desapercibido el

gesto y tampoco aquella mirada. Ese hombre la estudiaba más de la cuenta. Intentaba no estar nerviosa, controlar su miedo al máximo y comportarse con normalidad, pero se les debía de notar a leguas la inquietud. ¿Qué le habría contado Esteban? Según le dijo, no le había dado demasiada información, sólo la indispensable.

Ella también se había hecho una idea equivocada de él, pues antes de llegar imaginó tener que tratar con una persona bien distinta... Aunque fuese amigo de su abogado, había esperado encontrarse a un señor mayor o, al menos, de más de cincuenta años —pues ésa era la imagen

que tenía de alguien que regentaba su hotelito familiar—, y no un tipo atractivo, de edad similar a la suya y que, por lo que había comentado sobre la habitación que poseía y que no había mencionado a más mujer que a la cocinera de la casa, debía de estar solo.

Con todo, si Esteban había decidido que aquel lugar era el mejor para ellos, sus razones tendría y ella no lo iba ni a dudar ni a cuestionar.

—Allí está la tienda —anunció Tony, sacándola de sus pensamientos.

Era un local precioso cercano a la plaza.

Estaba presidido por un toldo de

color burdeos que lo resguardaba del sol. A ambos lados de la puerta, de hierro labrado y con cristaleras de arriba abajo, dos jardineras con geranios muy bien cuidados y dos escaparates con un popurrí de productos daban la bienvenida. En el de la derecha, todo eran artículos de alimentación en conserva, bollería, pan y chocolates; en el de la izquierda, telas, botones, lencería, ropa, cositas de papelería y algún juego de cartas o de mesa para los más pequeños y las familias.

Se trataba de un colmado donde igual te vendían unos zapatos que una

barra de pan o un cuadernillo con un lapicero.

Diana entró en el comercio tras él, sin soltar a Quique de la mano.

El olor que se les metió en la nariz al instante era una mezcla indeterminada difícil de olvidar: A libros, pan, esencias de droguería... Olía bien, era especial.

—Señora Remedios —la llamó Tony, empleando un tono de voz alto para que la mujer saliera de la trastienda, aunque las campanillas que colgaban de una cadenita sobre la puerta ya habían anunciado su llegada.

Ésta abrió una cortinilla de tela rosa

empolvado situada detrás del mostrador.

Diana pudo ver con claridad que, tras aquella tela, había un pasillo que llevaba hasta un sillón en lo que parecía un salón, donde se oía de fondo una televisión.

—Tony, hijo. ¿Qué te hace falta? Podrías haberme dejado una lista y te lo habría tenido preparado. Estás demasiado ocupado como para perder el tiempo en estas minucias —le dijo por enésima vez, pero a él le gustaba estar allí. Le recordaba a su madre, a los tiempos en los que iba con ella a comprar o de visita y pasaba el rato descubriendo qué cosas nuevas había

traído doña Reme.

—No se preocupe. Ya sabe que me gusta hacerle compañía y, de paso, echarle una mano si lo necesita.

—Hijo, bastante tienes con el hotel. Te está quedando precioso, pero aún tienes trabajo con el jardín y demás arreglos. En esa casa hay mucho que limpiar y Adela es una vaga de mucho cuidado. No la saques de su cocinita, porque le da un infarto.

Él rio divertido. Lo que decía era cierto. Su cocinera era sólo cocinera; del resto de menesteres del hotel se encargaba él, menos en época alta. Cuando había muchos huéspedes,

contrataba a algunas lugareñas para poder tener listas a tiempo las habitaciones para los nuevos clientes.

—Menos mal que no la ha oído nadie —contestó mirando alrededor. Sólo estaban ellos cuatro. Le guiñó un ojo a Diana, sin borrar la sonrisa de su cara—. Y no se preocupe, que me apaño bien.

—Lo sé, hijo, lo sé. Más espabilado que tú, no lo hay, ni aquí ni en la ciudad. Vales más que las pesetas, aunque ya no existan. —Sonrió saliendo de detrás del gran mostrador para darle un abrazo—. Lo que daría yo por cinco mil pesetas... Ésas sí que cundían y no los cincuenta

euros de ahora. ¡Cómo nos engañan! —reflexionó en voz alta, pasando de un tema a otro.

Tony miró de nuevo a Diana, pues quería ver su expresión. Allí era donde iba a trabajar todos los días; seguro que le resultaría muy entretenido.

La recién llegada sonreía observando la escena.

Parecía que su jefa y ella se iban a llevar bien.

—Doña Remedios, ella es Ari, la mujer de la que le habló mi amigo Esteban y quien la va a ayudar este verano. Él es su hijo, Quique —los presentó sin demorar más el verdadero

fin de la visita.

La anciana caminó hasta la chica analizando cada detalle de su rostro.

Durante unos eternos segundos, la miró y requetemiró desde todos los ángulos.

—¿Qué te ha pasado, chiquilla? —le preguntó cambiando el semblante de la sonrisa a la seriedad.

Diana se quedó helada, sin saber qué decir.

—Creo que se ha enfadado un poco porque he usado demasiado sitio para mis juguetes en nuestra habitación, pero luego lo arreglamos, ¿verdad, mamá? —intervino el pequeño, haciendo que su

madre respirase.

La viejecita no se refería a eso, era como si supiese leer en ella. ¿Tanto se les notaba el miedo?

Tony sonrió ante el comentario del crío para disimular su verdadera inquietud. La señora Remedios había visto lo mismo que él, incluso más. Entre las mujeres existe una conexión especial que se le escapaba, pero fue inevitable percibir el ligero temblor del cuerpo de la chica al escuchar la pregunta.

Jamás había visto a una civil con ese pánico impreso a fuego; en el ejército, sí, a muchos compañeros en alguna

misión, pero en ella ese hecho lo impactó.

Tuvo claro que, fuera lo que fuese lo que les había llevado hasta allí, era muy grave.

—¡No me digas! —exclamó la anciana mirando al muchacho con media sonrisa—. Pues tendrás que ser más ordenado, jovencito.

—Eso dice mamá... —murmuró bajando la vista a sus pies.

Doña Reme miró a los ojos de la joven y le acarició el borde del ojo y la mejilla, donde ella había disimulado lo que quedaba del morado con maquillaje. Parecía que podía verlo de todas

formas.

—Bienvenida, Ari. Aquí es donde trabajarás —la saludó con sonrisa amable. Diana poco a poco empezó a relajarse. Parecía que no habría más preguntas incómodas—. Como ves, vendo de todo. En verano, el pueblo dobla su población y necesito a alguien que me eche una mano. Ya soy mayor y no soy tan rápida y ágil como antes. No puedo coger peso, ni colocar los pedidos en las zonas altas porque soy un peligro, así que... como no puedo estar llamando a este hombretón cada dos por tres, aquí estás tú. ¿Qué te parece?

Diana miró de soslayo a Tony. Sí era

fuerte, sí. Sonrió amable, disimulando su apreciación interna sobre él lo mejor que pudo.

Si de algo estaba segura era de dos cosas: una, que la anciana no podía atender aquella gran tienda sola, y la otra, que no se iba a aburrir.

—Doña Remedios, estoy encantada de poder ayudarla.

—¡Ésa es la actitud! —exclamó sonriendo—. Y tú, jovencito, ¿sabes sumar? —le preguntó al crío.

—Un poco —contestó éste arrugando el ceño, expectante. Se suponía que habían ido a aquel pueblo a hacer cosas superguays y a jugar con un

montón de amigos.

—¿Y pintar, colocar cajitas por tamaños o llenar bolsas de golosinas con cuidado y sin comértelas? —Quique asintió—. Muy bien, muchachote, pues tú también nos ayudarás.

Su madre asintió, aliviada. Quique, por el contrario, resopló. Aquello no era lo acordado, pero no dijo nada.

Uno de los inconvenientes para encontrar trabajo era el niño. ¿Qué iba a hacer con él mientras estaba en el colmado? Antes de salir de Madrid lo había engañado para que no hiciera aquel viaje más triste de lo que la situación de por sí ya lo tenía, pero el

dinero con el que contaba no podía emplearlo en una canguro. Allí no iba a ganar mucho y no podía gastarse en eso lo poco que le pagaran. Además, en un campamento de verano le pedirían papeles, documentos y la firma del padre... Era inviable... Le estaba muy agradecida a aquella mujer y esperaba que Quique, poco a poco, se hiciera a aquella situación hasta que encontrara otra solución.

Tony enseguida se percató de lo que sucedía y decidió echar una mano.

—Yo también necesito ayuda en el hotel. Tengo que arreglar mi moto, arreglar el jardín, quiero preparar una

zona para hacer una piscina... Me vendrá bien una mano extra y nuevas ideas.

Diana lo miró apretando los labios. Aquellas personas la estaban ayudando altruistamente sin ni siquiera haberles dicho ni media palabra al respecto... como se hacía antes, con cariño, creyendo en las personas, sin juzgarlas ni esperar nada a cambio... Era como si se hubiese trasladado a otro tiempo, uno en el que la vida resultaba más fácil gracias a la buena fe de los demás, donde todos eran una comunidad, como los ancianos contaban que se vivía antes...

—¿Tienes una moto? ¡Será genial!

—exclamó el pequeño con los ojos muy abiertos.

—Gracias —susurró Diana, emocionada. Era tanto lo que significaba aquello que no tenía más palabras que decir; sólo gracias, gracias y más gracias.

—Sea lo que sea lo que te ha traído hasta aquí, se queda fuera —soltó la anciana cogiéndola de la mano ante la visible emoción de la chica al resolverle aquella situación tan incómoda. ¿Quién iba a dejar que el hijo de una empleada estuviese en su puesto de trabajo? En su mundo, la vida funcionaba de otra forma y, en la rueda

en que se sumía la rutina de la ciudad, los niños eran más un estorbo que una alegría. En su colmado eso no iba a ocurrir—. En Cid estaréis bien. Es vuestro nuevo hogar. Os ayudaremos.

Tony, que aún no tenía ninguna certeza sobre lo que sucedía, pero sí intuía por dónde podían ir los tiros y sospechaba las circunstancias por las que estaba atravesando aquella familia, observó a doña Remedios mientras ésta lo miraba de reojo con seriedad.

Tenía mucha complicidad con aquella mujer desde pequeño y, si ella había dicho esas palabras, era porque así debía ser.

Mentalmente se sumó a aquel «os».

Estaban en su casa, y en su casa la seguridad era sagrada para cuantos habitaran bajo su techo, fuera cual fuese la amenaza.

CAPÍTULO 4

El primer día de estancia en Cid había resultado agotador.

Tras la visita al colmado, dieron una vuelta por el pueblo con su casero mientras éste realizaba algunos recados. Fue la ocasión ideal para conocer un

poco las tiendas y a algunos vecinos.

Gracias a aquel *tour,* Diana se enteró de que allí no había cuartel de la Guardia Civil, ni policía alguna, pero que todos se sentían seguros desde el regreso de Tony y la apertura del hotel. Él había sido militar y para ellos era como si la ley patrullara por sus calles.

Sólo habían tenido un par de altercados.

Una vez un toro se escapó de una finca y llegó a entrar en la población. Con su puntería y un arma de dardos aturdidores, consiguieron dormir al morlaco y lograron que no causara más que daños materiales.

En otra ocasión una banda de ladrones intentó robar, una tras otra, todas las casas del pueblo una noche de invierno de especial frío. Los lugareños se habían encerrado en sus casas, al calor de la calefacción y las chimeneas, acostándose pronto, y los que sólo acudían los fines de semana habían decidido no ir debido al mal tiempo anunciado.

Tony los cogió con las manos en la masa en el bar de Eulogio. Estaban reventando la máquina tragaperras que el propietario había colocado medio obligado para añadir un poco de modernidad al local. Desde entonces, no

había ninguna máquina, ni siquiera la de tabaco, en su local. Así los ladrones no tendrían nada que robar allí y no le destrozarían el escaparate ni la puerta para entrar; éstos eran muy caros, y él, muy mayor para esos gastos.

Diana descubrió mucho de Tony en aquel pequeño lapso de tiempo, no sólo por los comentarios de los vecinos, las bonitas palabras o las sonrisas que le dedicaban cuando lo veían acercarse, sino también por el cariño con el que él trataba a todo el mundo, cómo los ayudaba en un minuto a cambiar una bombilla de una lámpara de techo, a apretar el tornillo de una silla vieja que

bailaba o a abrirle una cafetera a una anciana que llevaba todo el día intentando hacerse un café.

Era el hijo del difunto médico —el que tenían en la actualidad no vivía allí; ofrecía sus servicios a cuatro pueblos y acudía a realizar sus visitas para después irse a su casa en una población mucho mayor que Cid—, y a don Antonio, su padre, todos lo recordaban con respeto, cariño y admiración. Hablaban tan bien y con tanta consideración de su familia que Diana se emocionó, aunque no fuera la suya. A ellos nunca los recordarían así. Su marido, el maltratador, y ella, la

prófuga... Menuda herencia iban a dejarle al pequeño Quique.

—Veo que eres un hombre popular —le comentó al llegar a casa, mientras dejaban las compras sobre una mesa vacía del salón cercana a la puerta de la cocina. No había tenido oportunidad de decírselo en el trayecto. Todos se acercaban a ellos para preguntarle cualquier cosa y, con la excusa, enterarse de quiénes eran los forasteros que lo acompañaban.

—Como has podido comprobar, el popular era mi padre. Siendo el doctor, era el hombre más querido, mencionado y solicitado del pueblo. Yo soy el hijo

del médico y lo más parecido a un defensor que hay a unos cuantos kilómetros a la redonda —explicó cogiendo las bolsas más pesadas y metiéndolas en la cocina. Regresó—. A mi padre no le gustó nada que decidiese ser militar, pero al final está siendo útil a todos los vecinos, aunque sólo sea para que se sientan seguros.

—Y a ti también —apreció Diana. Hubo algo en aquellas palabras, en la actitud de la gente, que le hizo pensar que él también regresó a Cid después de haber dado algún que otro tumbo en la vida, y que allí encontró su remanso de paz o, al menos, lo más parecido a eso.

—Sí. Es agradable que los demás crean que eres útil... A veces estar solo pasa factura, y ellos me recuerdan que la profesión que elegí tiene cosas buenas y no todo es tan duro como pienso.

Diana se dio cuenta de que había mucho trasfondo en aquello. Estaba convencida de que habría tiempo para averiguar más... sobre todo con doña Remedios; no tenía pinta de ser de ese tipo de mujeres que se callan detalles.

—¡Ya era hora! —exclamó mirando a alguien tras ella—. Tenemos hambre, ¿sabes?

Quique miró enseguida a la persona que acababa de entrar. Sin duda se

trataba de la cocinera.

Era una mujer de unos sesenta años, delgada, con el pelo cano a pesar de que no era muy mayor y que traía unas bolsas con comida.

—Ay, hijo mío, de verdad, ¡cómo eres! Ni buenas tardes, Adela, ¿qué tal estás?, ni *na*...

Tony rio por no llorar. Todos los días tenían la misma conversación y todos los días le contestaba igual.

—Buenas tardes. ¿Ponemos la mesa? —preguntó sin darle más opción a replicar. Era casi la una y media, había huéspedes y había que respetar los horarios.

—Sí, hijo, sí. Pon la mesa —afirmó mirando al niño, que la observaba—. Y tú, ¿quién eres, jovencito?

El niño se presentó y tras él lo hizo Diana.

—Se van a quedar una temporada. Ari trabajará en la tienda de Reme —explicó Tony—. Ya te lo conté.

La cocinera lo miró, asintiendo sin palabras, y después se fijó en la mujer.

—Va a ser un verano interesante —murmuró paseando los ojos de uno a otro, estudiándolos con detalle a pesar de la rapidez con la que cambiaba de objetivo, antes de acceder a la cocina—. ¿Me ayudas, Quique?

El chiquillo buscó el permiso mirando a su madre, que aún estaba sorprendida del descaro en aquella mirada que les había echado la cocinera, sin duda calculando las posibilidades de que cuajara algo entre ellos. Se lo había visto hacer a su abuela mil veces años atrás. Ella asintió de inmediato. Las mujeres se miraron. Adela le guiñó un ojo y se llevó al muchacho al interior de la cocina. Diana se quedó sin saber si aquel gesto se refería al niño, a Tony o a ambos.

El hombre, aún incrédulo con lo que acababa de presenciar, miró hacia la puerta por la que había desaparecido y

después a Diana.

—¿Tu entiendes algo? —preguntó negando con la cabeza.

Diana sonrió divertida.

—Creo que un poco —contestó.

Estaba claro que él era la comidilla del pueblo y que no lo iba a ayudar en nada el hecho de que una mujer que pudiese entrar en su radar masculino se alojara en su hotel. Lo iba a salvar que su situación ya tenía demasiados escollos como para añadir alguno más. Tenía mucho de qué ocuparse, a lo que se sumaba la mala experiencia con Miguel. No sabía si en el futuro algún hombre despertaría en ella algún

sentimiento que no fuese miedo o rechazo. Era duro, pero lo tenía asumido. El tiempo diría.

—Bien —soltó riéndose también—. Por fin alguien se entera de algo en esta casa. Eso está pero que muy bien. Espero ser yo algún día —declaró entrando en la cocina con el resto de bolsas.

Diana se carcajeó mientras éste desaparecía tras la puerta.

Se sorprendió. Aquel hombre era divertido, y hacía mucho tiempo que ninguno la había hecho reír. Hacía demasiado tiempo que no tenía motivos para estar contenta, sin contar a Quique,

claro.

Trasladarse a aquel pueblo, instalarse en esa casa, parecía haber sido todo un acierto. Ojalá no fuese un espejismo pasajero.

* * *

La comida fue distendida, aunque un interrogatorio por parte de la cocinera.

La ayuda de Tony para salir de alguna que otra pregunta comprometida había resultado inestimable, y las ocurrencias del pequeño Quique la habían salvado de más de una.

Por la tarde se dedicó a colocar las

pertenencias que habían podido sacar de la casa en el espacio del que disponían en la habitación. Al día siguiente ya debía ir a trabajar con doña Remedios y no tendría tiempo para ello.

Quique jugaba a las cartas con Tony en el salón. Éste había decidido enseñarle a jugar a la escoba, para poder hacer una competición esa misma noche.

A ella le vino perfecto aquel rato a solas para ordenar el cuarto y la mente.

Aquel sitio sin duda parecía agradable. Los lugareños los habían recibido con los brazos abiertos; eran amables y se habían ofrecido para

cualquier cosa que necesitasen, como recordaba que eran las cosas cuando tenía la edad de su hijo y no como en ese momento, cuando todo el mundo iba con prisas por la vida sin mirar al que tenían al lado ni aunque se estuviera muriendo.

Allí el ritmo era diferente; las prioridades, otras, y las necesidades, menores.

Se asomó al tiro de la escalera para cerciorarse de que el niño estaba bien.

La risa retumbaba por toda la casa. Diana sonrió. Parecía que su hijo estaba a gusto y tranquilo allí. Eso era todo lo que precisaba saber.

Entró de nuevo en la habitación y

sacó los sobres con el dinero para los pagos semanales, así como todo lo que había retirado Esteban de los bancos en su nombre. No era mucho, pero lo suficiente como para vivir una temporada si tenían que desaparecer. De momento vivirían con lo que doña Remedios le pagara por su colaboración en la tienda. Buscó un escondrijo en el armario, y decidió que la parte de atrás del altillo, tras unas mantas y colchas, sería un buen escondite.

Regresó a la escalera. Las risas seguían en la planta baja. Cerró los ojos, disfrutando de esos momentos de su hijo. Los echaba de menos. Sonrió

agradecida.

Decidida a aprovechar aquella soledad pasajera, fue de nuevo a su cuarto, cogió su bolso y sacó el móvil que Esteban le había entregado. Marcó su número. Al segundo tono, él descolgó.

—¿Qué tal, preciosa? —preguntó de inmediato—. ¿Cómo te ha tratado Tony? ¿Has conocido ya a la señora Remedios?

Diana sonrió. Oír una voz amiga entre tanto caos era lo que necesitaba.

—Hola —susurró en un hilo de voz. La emoción pudo con ella. La tensión acumulada por la huida le hizo

romperse.

—Eh, vamos... —Esteban intentó animarla—. Lo más difícil ya lo has hecho. Ahora sólo tienes que vivir; de lo demás, me encargo yo.

—Gracias por todo. No te imaginas lo que es oír cómo se ríe Quique después de tantos días preocupada.

—¿Con Tony?, ¿con mi amigo Tony? —planteó sorprendido.

—El mismo —contestó un poco más animada al hablar de esa parte—. Lo está entreteniendo un rato, enseñándole a jugar a la escoba, para que yo pueda organizar la habitación.

El abogado enarcó las cejas.

Su amigo era un hombre serio, taciturno y solitario. La última vez que lo vio en persona, antes de pedirle el favor para Diana, fue en Madrid. Acababa de dejar el ejército tras un incidente que no se había esclarecido y resuelto como él esperaba. Le alegraba saber que su ánimo había cambiado.

—Es un buen tipo, aunque está acostumbrado a la soledad, por eso me sorprenden tus palabras. No se lo tengas en cuenta si es un poco borde a veces.

—Entendido —respondió sin darle más detalles del trato que les había dado. El primer día había ido todo muy bien, pero la convivencia y la confianza

marcarían el verdadero día a día.

—Por ahora todo está en calma —informó de lo que sabía que ella quería noticias—. Está en el operativo. Hasta dentro de unos días no volverá a casa... y será entonces cuando empezará el movimiento, aunque tengo mis dudas de que monte mucho escándalo. Al menos, no de momento.

—Ok —contestó cogiendo aire. Lo difícil estaba por llegar.

—He hablado con tu madre, pero se ha quedado preocupada. No sé si se cree lo que le he contado. Sería conveniente que hablaras con ella, para que esté tranquila y sobre aviso de lo que está

por venir.

—¿Consideras que es mejor que lo sepa? —preguntó dudando.

—Sí, desde luego que sí. Si se lo cuentas, podrá decidir qué contestarle a Miguel cuando llegue el momento, meditar sobre cómo le va a transmitir el mensaje. Él no creerá que ella no sabe nada y el enfrentamiento puede ser duro.

Diana lo pensó unos segundos.

Podía tener razón.

—Voy a llamarla aprovechando que todo está en calma y Quique entretenido. Llámame en cuanto él ponga un pie en Madrid y empiece a buscarme. Quiero saberlo. Quiero estar preparada.

—Lo haré —prometió—. Cuídate mucho. Hablaremos pronto —dijo a modo de despedida.

Tras colgar, marcó el otro número que había en la agenda.

—¿Mamá? —preguntó en cuanto descolgaron.

—¡Diana! —exclamó Elsa al oír la voz de su hija—. ¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Quique?

—Tranquila —intentó sosegarla—. Esteban no te ha engañado, estamos bien, pero nos hemos ido de casa.

—¿Qué ha ocurrido para tomar una decisión así? —inquirió la mujer, preocupada. Sabía que Miguel hacía

daño a su hija psicológica y sentimentalmente, pero Diana no le había contado nada más. Hacía algunos días que no la veía.

—Miguel me pegó hace poco —relató intentando templar la voz—. Uno de esos golpes fue a parar a Quique y ya no pude más... —La voz se le quebró, y el corazón también, porque sólo se lo había contado a Esteban, y lo había hecho en caliente, cuando pasó y luego Miguel se fue de fiesta o con alguna de sus amigas, para que la ayudara a salir de allí. Informar a su madre era otra historia.

—Diana... —susurró Elsa a duras

penas.

Ésta cogió aire y se recompuso como pudo. Su madre estaba lejos y no podía transmitirle tanta pena; debía contarle lo a gusto que estaban lejos de la ciudad.

—Estamos perfectamente, mamá. Esteban me ha ayudado y nos hemos mudado a un sitio muy bonito, con gente muy agradable. Mañana empiezo a trabajar y a Quique le encanta que vivamos aquí. —Cogió aire—. No te preocupes por nada, de verdad que estamos muy bien.

Elsa intentó no llorar.

—¿Quién va a cuidar de mi niño? —

preguntó pensando en el más vulnerable.

—Yo, mamá. No te preocupes. Puede estar conmigo en el trabajo y, además, la gente que nos ha acogido me va a echar una mano.

Hubo un silencio que le partió el alma a Diana. Su madre y ella nunca se habían separado por una larga temporada. Hablaban cada día por teléfono y siempre estaban disponibles una para la otra. Aquello iba a ser muy duro para ambas, pero para su progenitora, esperando en casa y soportando los envites de su marido, iba a resultar muy complicado. Tenía que estar preparada.

—¿Cómo ha podido? ¿Cómo es posible que haya llegado a esto? —preguntó refiriéndose a su yerno.

—No lo sé, mamá... La enfermedad de su madre, que lo sumió en aquella locura, el trabajo, no querer ser monógamo... —Guardó un silencio lleno de tristeza. Lo había querido hacía mucho tiempo y la infidelidad le dolía todavía. La traicionó y a partir de entonces todo se resquebrajó. Apartó esos pensamientos. No solucionaban nada—. Ya no me importa. Ya no es el hombre que conocí, sólo se le parece por el nombre y porque sigue siendo policía. Dejé de quererlo hace tanto que

ni lo recuerdo. —Se hizo la dura—. Sólo quiero que no nos haga más daño y, mientras las leyes y la justicia sean lentas e insuficientes, esto es lo único seguro.

—¿Huir? ¿Lo estás diciendo en serio? —insistió, incrédula por el giro que habían dado sus vidas en unas horas.

—Si lo denuncio, me matará de una paliza. Ver su nombre ensuciado por mí sería, sin duda, mi sentencia de muerte, y si no lo hago pero quiero divorciarme, pedirá la custodia del niño, y no voy a permitir que me quite a Quique... Es lo mejor.

—¡Maldita la hora en que te casaste

con él! —gritó Elsa, muy alterada.

A Diana le dolía en el alma ver así a su madre, pero se merecía saber lo que estaba pasando, y prepararse para ello.

—Miguel no era así, mamá —le dijo entre lágrimas—, pero ya da igual. No lo quiero en mi vida ni en la de mi hijo. Estaremos bien. —La mujer guardó silencio, incapaz de contestar a su hija. Era horrible lo que le contaba—. Tienes que ser fuerte, ¿de acuerdo? Va a preguntarte por nosotros, nos va a buscar... No puedes decirle nada. Debe creer que no sabes nada, que nos hemos esfumado sin decírtelo, ¿lo has entendido? Y, sobre todo, no le abras la

puerta, no dejes que entre en tu casa.

—No te preocupes, mi vida. No os encontrará —sentenció con determinación, aunque la tristeza la asolaba—. Tú resiste. Vive. Te quiero, cariño, y dile a Quique que lo quiero con toda mi alma, que la abuela lo ama.

Diana no pudo contener un sollozo al oír aquella declaración de amor.

—Te quiero, mamá. Te quiero mucho. Te llamaré cuando pueda. Si necesitas algo, llama a Esteban, él te ayudará.

—Cuídate, mi niña. Cuídate mucho.

Diana colgó la llamada entre lágrimas.

No había podido ir a despedirse de su madre porque no hubiese podido hacerlo... no lo habría soportado...

Tenía la esperanza de volver a verla pronto; confiaba en que, en algún momento, Miguel se cansaría de buscar y podrían reencontrarse. Para algunas cosas éste no era tan valiente como decía ser. Barajaba la posibilidad de que la vergüenza que le daría denunciar el abandono del hogar y la desaparición hiciera que los buscase por su cuenta, sin recurrir a los juzgados ni a la propia policía, permitiendo que Esteban encontrase un plan alternativo y aceptar una negociación sobre su divorcio y el

alejamiento del menor. No quería nada, ella se valdría por sí misma para sacar al niño adelante y sobrevivir, como había hecho siempre, a base de trabajo. Lo único que necesitaba era que los dejara en paz y no volver a verlo, pero para eso quedaba mucho y por ahora sólo tenía aquel móvil con el que oír la voz de su madre de vez en cuando.

¿Cuándo se había convertido Miguel en un monstruo? No estaba segura... pero había cambiado a raíz de la presión en su trabajo y cuando su madre cayó enferma de cáncer y no lo supo afrontar, a pesar de que ésta se recuperó y aún vivía, pero muy debilitada por los

tratamientos tan duros que se sumaban a la edad...

El nacimiento de Quique, en lugar de suponer una época de alegría y hacer feliz a la pareja —ya que llevaban un par de años en los que todo iba bien, como si hubiese vuelto a ser el hombre que conoció, y por ello se animó a tener el bebé—, fue un lastre para ellos. Estaba celoso de todo y de todos, le molestaban los lloros, las risas, las canciones susurradas... Por suerte, Miguel pasó mucho tiempo fuera de casa, en intervenciones especiales, y poco a poco se calmó cuando el niño empezó a crecer, dijo sus primeras

palabras y comenzó a interactuar con él. Fue como si eso lo ablandara, como si le apaciguara el mal genio... hasta que de nuevo un día, sin venir a cuento y mientras el niño estaba en el colegio, la fue a buscar al trabajo consumido por los celos, a pesar de que no tenía por qué tenerlos. Otra vez empezaron las agresiones, los miedos, hasta que finalmente fue capaz de salir de allí, en aquella fuga que de momento estaba saliendo bien.

Cogió aire, intentando recomponerse.

Se levantó de la cama donde se había sentado para guardar el teléfono

en su bolso y cambiar el chip antes de bajar a ver a Quique.

El pequeño ya tenía bastante con el desarraigo al que lo había sometido. No podía verla sufrir más. Debían ser valientes.

CAPÍTULO 5

No le resultó nada fácil ocultarle a Quique el resto del día la tristeza que le había provocado la llamada a su madre, pero finalmente salvó la papeleta.

Para Tony, las cosas fueron diferentes. En cuanto la vio entrar en el

salón, la miró preocupado, pero no preguntó. Era un hombre prudente y discreto.

La cena resultó tranquila y, tras pasar un rato hablando con Adela y Tony sobre curiosidades del pueblo sentados en los escalones de entrada a la casa y el banco, madre e hijo se retiraron a dormir. Estaban agotados.

* * *

En esa anestesiada realidad convivieron un par de días, mientras Diana se hacía a la nueva rutina e intentaba que Quique se adaptara a su

vida en Cid.

La amabilidad de Remedios, Adela, Tony y el resto de los vecinos que poco a poco iban conociendo resultó de una gran ayuda.

De momento no había ni rastro de Miguel. Todo estaba en relativa calma.

Esa mañana, al levantarse, Diana vio que Tony había dejado el desayuno sobre la mesa junto con una nota.

Había ido a montar en bicicleta al amanecer. Le pedía que, si no había regresado antes de que se marcharan, cerrase la puerta con llave. Un juego descansaba junto al papel. Las jornadas anteriores él siempre había estado allí,

cerca de ella y del niño, como si supiera que necesitaban protección; no sabía explicar cómo había deducido eso, pero no le importaba, más bien lo agradecía. Aquel hombre no tenía nada que ver con su ex; eran como la noche y el día, y no había sido necesario disponer de llaves.

Diana miró el camino de entrada a través de la ventana, buscándolo en la lejanía, mientras cogía el llavero, agradecida por la confianza.

—Vamos, Quique, desayuna, que mamá no puede llegar tarde —le indicó al pequeño acariciándole la cabeza con una mano, mientras que con la otra guardaba el llavero en el bolsillo de su

pantalón vaquero corto.

El crío cogió su tazón de leche y se lo bebió de un solo trago.

Diana apuró su café con leche, recogió la mesa y fregó con rapidez lo que habían ensuciado, como acostumbraba a hacer en casa. Ambos cogieron un cruasán de chocolate y, tras cerrar la puerta con llave, se marcharon a la tienda de doña Remedios, felices mientras disfrutaban del dulce.

La anciana los recibió contenta.

—No sabéis lo que agradezco vuestra compañía y ayuda. Estaba harta de hablar con las mismas cotillas de siempre, que además me cuentan los

mismos chismes una y otra vez.

Diana sonrió. Llevaba dos días diciendo frases parecidas. El nivel de aburrimiento cuando no había nada de lo que cotillear o especular debía de ser estratosférico.

Le recordaba a su abuela cuando le hablaba de los forasteros que llegaban al pueblo y eran la comidilla del lugar durante al menos una semana.

—Dígame con qué quiere que empiece hoy —le pidió intentando desviar el tema.

—Por contarme qué te ha parecido mi Tony. Ya has podido conocerlo un poco en estos días —la avasalló sin

miramientos—. Como habrás apreciado, es el soltero más cotizado del pueblo y hay unas cuantas lagartonas dispuestas a echarle el guante. Pero, mientras yo viva, ¡que no se les ocurra! —sentenció mientras Quique la miraba asombrado.

—Hijo, pinta un poco mientras organizamos el trabajo, ¿vale? —le propuso, aguantando la risa por los comentarios de su patrona, la cual aguardaba la contestación de inmediato. Diana se volvió hacia ella—. Doña Remedios, Tony es un hombre muy atento, resolutivo y trabajador. No me extraña que las mujeres solteras lo... pretendan —dijo recordando aquella

palabra que siempre le había gustado y de lo que nunca había disfrutado. Sólo había estado con un par de chicos antes de Miguel. Cuando lo conoció, se gustaron, comenzaron a salir enseguida, se casaron, nació Quique y se acabó su relación de exclusividad. Ojalá hubiese tenido dónde elegir. Se cegó con aquel hombre del que se enamoró perdidamente hasta que un bofetón le mostró la realidad, aunque no fuese capaz de salir huyendo por el amor que le profesaba. Un grave error que ya no tenía solución—, pero a mí no me interesa —añadió apartando a su marido de su mente—. Ya tengo conmigo al

hombre de mi vida: mi hijo.

La anciana la miró de arriba abajo, pestañeando muy rápido.

—Tú y yo tenemos que hablar, jovencita —la reprendió negando con la cabeza y alternando la mirada entre ella y el niño, que no perdía detalle de nada. No quería hablar delante de él.

Diana asintió, sonriendo.

Las campanillas de la puerta sonaron, anunciando la entrada de un cliente.

Remedios se giró para darle los buenos días.

—¡Dios de mi vida, criatura! ¿Qué te ha pasado? —gritó caminando lo más

rápido que pudo hacia Tony.

Diana se giró con rapidez.

Éste, con el traje de ciclista hecho jirones en uno de sus costados y con el casco en una mano, cojeaba intentando caminar hasta el mostrador.

—Un coche me ha tirado de la bicicleta en la costanilla y ni siquiera se ha detenido —explicó refiriéndose a una de las pocas cuestas del pueblo, en concreto, una situada casi a las afueras, mientras la señora rebuscaba en una estantería—. Como estaba en bajada, he rodado por el asfalto por la inercia de la caída, hasta que me ha frenado el campo de trigo de Anselmo.

—Madre del amor hermoso. ¡Podrías haberte matado! —vociferó la mujer, furiosa, con un bote de agua oxigenada en la mano—. ¿Quién ha sido el malnacido? Como pille a ese desgraciado, ¡lo capo! —aseguró entregándole el dichoso bote a la chica.

Diana no sabía qué hacer. El cuerpo de Tony estaba magullado desde la clavícula hasta el tobillo.

—No sé por dónde empezar —susurró asustada, mirando las heridas y con el bote del desinfectante sujeto con una de sus temblorosas manos.

Tony cogió su muñeca con suavidad, procurando que se serenara.

—Tranquila. He sufrido heridas peores, créeme. Esto es sólo un rasguño.

Diana soltó el aire de los pulmones mientras Remedios metía una pastilla en la boca del muchacho. La joven arrugó el ceño.

—Es sólo un calmante —explicó mientras lo obligaba a tenderse en el mostrador de madera—. Le va a doler todo el cuerpo en cuanto se le enfríen los músculos. Es de libro.

Diana la miró estupefacta, y después a Tony, quien sonreía ante la frase, ya tumbado.

—Todo tuyo —susurró éste con seguridad, erizándole la piel de forma

inesperada con aquel tono de voz—. Y no tardes o lo hará ella. No lo permitas —añadió divertido, tratando de sosegarla.

Ambos rieron. Él, porque era una situación surrealista; ella también, pero más por los nervios que le producía la tesitura y, sobre todo, por lo que había sentido un momento antes.

Diana cogió una gasa y la impregnó con agua oxigenada. Con temor, bajó la mano hasta su piel y, con cuidado, tocó un extremo de la enorme herida de su costado.

Él se movió instintivamente, evitando el contacto por un segundo.

Ella paró de inmediato.

—Sigue. Es sólo la primera impresión.

La mujer cogió aire, tragó saliva y retomó la tarea.

Con delicadeza, fue curando la herida y él aguantó sin rechistar.

La anciana contemplaba la escena con impaciencia. Así no iban a acabar nunca.

Sin previo aviso, cogió el bote de antiséptico y lo roció por todo el lateral.

El grito de dolor inesperado de Tony por el escozor que le provocó el desinfectante hizo que Diana soltase todo lo que tenía entre las manos,

alarmada. Temblaba de pies a cabeza.

Él se dio cuenta de su miedo.

No había querido gritar, pero la impresión había sido tal que no había podido reprimirlo.

Sus miradas se encontraron. Ambas respiraciones estaban aceleradas, pero por motivos muy distintos.

—Mamá... —dijo Quique asustado.

Ésta rompió el lazo visual con él y se giró para atender al pequeño.

—No pasa nada, sólo ha gritado debido a la impresión. Escuece, ¿sabes? —le comentó mientras Tony aún resoplaba por el picor.

El niño asintió más tranquilo.

Tras calmarlo, miró a la anciana con gesto enfadado. Había sido una muy mala idea lo que había hecho.

Viendo cómo estaba la situación, se le ocurrió una solución.

—Remedios, ¿podría quedarse con Quique un rato? Esta herida es una quemadura muy grande. Además, está llena de tierra y necesita más que esto —indicó señalando el botiquín. Doña Reme asintió.

—Mi vida, mamá vuelve enseguida. Voy a llevar a Tony a casa para curarlo —le explicó después de ponerse de rodillas en el suelo para mirarlo a los ojos y que él hiciese lo mismo. Debía

ver que no había peligro alguno y que todo estaba bien.

El pequeño aceptó.

—Pero no tardes —pidió.

Diana lo besó en la mejilla, tras susurrar un «lo prometo» tranquilizador.

Cogió al herido con decisión por el brazo para ayudarlo a incorporarse en el mostrador y luego a levantarse.

Echándole una mano en lo que pudo, consiguieron marcharse y llegar al hotel.

Diana abrió la puerta con sus llaves y lo acompañó hasta su habitación.

Era un espacio ordenado, con pocas pertenencias. Tony se fijó en cómo lo analizaba todo.

—El ejército te enseña a necesitar lo imprescindible y a tenerlo en su sitio —aclaró ante tanta pulcritud.

—Desde luego —murmuró asombrada por aquel minucioso trabajo—. Cuando quieras puedes enseñarle eso a Quique, a ver si a ti te hace caso. ¿Dónde tienes el botiquín? Iré a buscarlo mientras te duchas. Tienes que lavar bien la herida con jabón, está llena de arena y residuos del asfalto. Después eliminaré los restos.

El accidentado asintió con una sonrisa divertida por el comentario relativo a su hijo.

—Está en el salón, en el armario que

hay sobre la televisión, pero no creo que haya lo necesario. Baja a la plaza y coge la calle de la izquierda; enseguida verás la farmacia —la orientó para que fuera a adquirir los suministros.

Lo dejó en la ducha para ir a por las medicinas. Tenía un botiquín bastante completo, pero no lo suficiente.

No tardó más de un cuarto de hora en ir a comprar a la botica del pueblo y volver.

Enseguida subió a la planta superior.

Llamó a la puerta con suavidad.

—Adelante —oyó cómo le daba permiso.

Cuando entró, deseó no haberlo

hecho tan decidida. No estaba preparada para contemplar aquella imagen.

Tony, de pie en el baño frente al espejo, estaba terminando de colocarse la toalla de ducha alrededor de la cintura.

Era muy fuerte. Su cuerpo estaba trabajado y cuidado. A pesar de ello, tenía muchas cicatrices... Apostaría a que no sólo por accidentes de bicicleta.

De nuevo sus miradas se encontraron, esta vez a través del espejo.

Era un hombre difícil de ignorar. La señora Remedios tenía razón, pero no se la iba a dar.

—He traído algunas cosas. —Intentó que su voz sonara con convicción, pero las palabras se le atascaron por culpa de lo evidente y de lo que su mente pensaba —. Espero que sea suficiente para que no se infecte la herida.

Tony asintió mientras veía cómo ella evitaba volver a mirarlo. Se giró para ir a su encuentro con media sonrisa en los labios, que borró antes de llegar a su lado.

Le gustaba aquella mujer. Tenía algo que no le terminaba de encajar, pero era de las pocas que habían llamado su atención.

Diana estaba abriendo envases y

colocándolo todo sobre la mesa para poder usarlo con rapidez y comodidad.

—El asfalto te ha quemado la piel —apreció a la vez que se ponía unos guantes de nitrilo para manejar los medicamentos. Quería curarlo lo antes posible y regresar al trabajo. La tienda era una zona segura, donde su cabeza no debía pensar más allá de la organización de la misma, y eso estaba bien. No quería ni una preocupación más—. Hay que limpiarlo a fondo. Sacaré los restos que hayan quedado tras la ducha y luego te pondré esta crema antibiótica que me han recomendado en la farmacia para este tipo de lesiones. Debemos taparlo y

repetir la operación esta noche.

Él asintió. Estaba dolorido y esperaba que aquello le diera alivio, pero no tenía prisa. Le gustaba estar con ella, aunque fuese en aquella tesitura.

Con cuidado, Diana fue analizando cada parte de la gigantesca herida del lateral, que abarcaba parte del torso, el hombro y la clavícula. Ésta estaba bastante limpia, pero quedaba algún resto de arena incrustado. Con suma atención y delicadeza, los fue retirando con unas pinzas previamente esterilizadas con alcohol.

Fue entonces cuando vio que, en el otro lado del pecho, entre la axila y la

cadera, tenía tatuado tres pájaros, parecían golondrinas; dos tenían las alas abiertas, estaban volando, y la otra aparecía con ellas recogidas y una letra. Tony buscó su mirada al no sentir el tacto de los guantes en su piel. Vio lo que estaba observando, pero no dijo nada, sólo se quedó quieto, esperando.

Diana no tardó mucho en volver a la tarea. Poco a poco y con cuidado fue limpiando con Cristalmina la herida y, después, extendiendo la crema antibiótica.

—Eres buena enfermera —la alabó buscando sus ojos. Las curas no le habían dolido tanto como había previsto.

Sus manos eran delicadas.

Ella se guardó para sí el comentario que le pasó por la mente contestar. Se curaba a sí misma cuando Miguel le causaba heridas... y habían sido unas cuantas. Había aprendido a hacerlo con delicadeza y en silencio para que Quique no se enterara o asustara... así que aprendió de la peor forma posible.

—Gracias —se limitó a decir mientras colocaba el último apósito en la parte superior de su cuerpo.

Tony abrió la toalla lateralmente para mostrarle la cadera lesionada.

—Ésta duele más —dijo mirándola a los ojos.

Diana apartó la vista, dirigiéndola hacia la mesa para preparar una gasa nueva, y aprovechó para coger aire.

Una cosa era no querer enredarse sentimentalmente con nadie y otra muy distinta ser de piedra.

Desde luego ella no supo verlo venir. Estaba segura de lo que sentía por Miguel —es decir, nada— y también tenía claro en su mente lo que quería sentir por otros hombres —esto es, cero—, pero no se pueden medir las consecuencias de toparte con una persona atractiva, trabajadora y amable como él. Ah, y soltero.

Parecía no haber aprendido nada en

todo ese tiempo. Igual que pasas del amor al odio en un solo segundo, también saltan las mariposas en el estómago con una sola mirada. Le acababa de ocurrir, igual que le pasó con Miguel, sólo que no recordaba esa maravillosa sensación.

Ignoró todo eso. Cogió el desinfectante y procedió a limpiar lo que restaba de la herida, de la cintura al tobillo. Aún quedaba bastante y su pequeño la esperaba en la tienda. Pensar en Quique le resultaba de una gran ayuda, aunque no era suficiente.

Tras media hora más de trabajo en su cuerpo, toda la herida estaba cubierta

con apósitos e impregnada en antibiótico.

—Tendremos que repetir las curas un par de veces al día, según me ha indicado el farmacéutico. Espero que evolucione bien. Si se infecta, tendrás que ir al hospital.

Tony asintió dolorido, pero relajado por fin al no sentir más escozor.

Diana recogió todo el material con diligencia, separando los residuos del material estéril y, cuando todo estuvo guardado de forma correcta, se quitó los guantes.

—Debo regresar a la tienda. Si necesitas algo, llama allí —se disculpó.

Quería salir del hotel y que le diera el aire. Por mucho que teóricamente no quisiese saber nada del sexo contrario, al estar en la misma habitación que él, con esa mirada tan intensa que empezaba a hacer mella en ella tras aquel tiempo juntos atendiéndolo, sumado a los días anteriores, en que se habían conocido un poco más, su cuerpo reaccionaba sin poder evitarlo.

—Márchate tranquila. No pienso ir a ninguna parte. Además, Adela vendrá en un rato. No te preocupes.

Vio cómo se acostaba en la cama con la toalla sobre su sexo como única prenda para que nada le oprimiera los

vendajes y las heridas.

Diana cogió aire, cerró los ojos, se giró apretando los labios y se marchó antes de decir o hacer algo de lo que luego pudiera arrepentirse.

CAPÍTULO 6

Diana estuvo luchando toda la mañana para concentrarse en la tienda.

Doña Remedios, que conocía a la perfección los atributos físicos del dueño del hotel, no perdía ojo a las meteduras de pata de la muchacha.

La animó diciendo que había sido un día un tanto extraño. Entre que aún no conocía todos los productos, dónde estaban ni cómo se acostumbraba a servir en la tienda y el accidente de Tony a primera hora, resultaba lógico que estuviese despistada.

Tras la comida, durante la cual no lo vieron porque, según contó Adela, estaba descansando, Quique y ella regresaron con doña Remedios.

No es que se despejase mucho allí, el tema de conversación de todo el pueblo era el atropello del hijo de don Antonio y quién sería el insensato que lo había abandonado en la carretera.

—Ari, ¿qué tal está, Tony? —inquirió la anciana al rato de estar en el colmado tras el almuerzo.

A Diana casi se le cayeron los carretes de hilo que llevaba en las manos para colocar en el expositor al oír la pregunta.

—Espero que bien. No ha comido con nosotros.

—¿No has pasado a verlo? Igual necesitaba una cura —comentó la tendera—... y no de la herida precisamente —añadió en voz muy baja, pero Diana llegó a captarlo.

—No he querido molestarlo —murmuró sonrojada.

La anciana negó con la cabeza, pensando que así no iban a llegar muy lejos.

—Anda, ve a ver qué tal está y así te despejas un rato —propuso quitándole los hilos de las manos.

—Pero... —intentó rebatir la decisión.

—Ni pero, ni pera. Te mando yo y punto pelota —ordenó de improvisto—, así de paso le traes la merienda al muchacho —dijo señalando a Quique—, que aquí sólo hay bollos y chucherías. Una frutita o un bocadillo son mucho mejor. Anda, anda... —La obligó a quitarse el delantal blanco con una

puntilla alrededor que llevaba puesto, deshaciéndole antes el nudo—. Venga, que Quique y yo tenemos cosas que hacer.

Cuando se quiso dar cuenta, estaba en la calle.

Tocó el bolsillo trasero del pantalón vaquero corto para asegurarse de que llevaba las llaves y se encaminó hacia la plaza para subir la cuesta que daba al hotel.

Aún no había casi gente por la calle. Eran las seis de la tarde de principios de verano y el sol era de justicia. Todos se refugiaban en el fresquito de sus casas, en las piscinas privadas o en la

municipal. El murmullo de las partidas del bar de Eulogio era lo único que rompía el silencio de la tarde.

En cuanto divisó la fachada del hotel calle arriba, notó cómo las mariposas se adueñaban de su estómago y se le aceleraba el corazón.

Cogió aire, sacó las llaves, caminó los pasos que quedaban para llegar y abrió la puerta. Cerró tras de sí.

Parecía que no había nadie.

Iba a llamarlo en voz alta, pero pensó que quizá estaba durmiendo.

Subió la escalera, se situó frente a su puerta y llamó.

No obtuvo respuesta.

Insistió.

Nada.

Respiró. En parte sintió alivio al no encontrarlo, pero por otro lado experimentó decepción.

Entró en su habitación, para ir al aseo un minuto, y salió, dispuesta a marcharse.

Unos ruidos la pusieron en alerta. Eran metálicos y procedían de la planta baja.

¿Se había dejado la puerta abierta? Juraría que no. Cuando entró estaba cerrada y echó la llave antes de subir.

Con sigilo, bajó poco a poco, pues desde allí no veía nada.

De nuevo captó ruidos en la parte trasera del salón, la que daba al jardín.

La puerta principal estaba cerrada.

Había ocupado esos días en pensar en Tony, en esquivar las preguntas comprometidas de Remedios y Adela, en conocer a la gente que entraba a la tienda... tan evadida de la realidad, que se había olvidado de por qué estaba allí... de la amenaza que pendía sobre ella, del peligro que corría.

La puerta trasera estaba abierta.

Entró en la cocina a por la escoba. La cogió con ambas manos y caminó con cuidado hasta la salida al patio.

El sol la cegaba. Soltó una mano del

arma rudimentaria que se había buscado y se la puso de visera para poder ver algo.

Chocó con alguien que estaba de espaldas a la puerta.

Chilló mientas levantaba el palo para dar un batacazo al intruso.

—¡Ari! ¡Soy yo! —gritó Tony—. Para, para —pidió esquivando los escobazos.

Ella, con la respiración entrecortada, dejó de atizarlo.

Era cierto. Se trataba de Tony.

—Lo siento, lo siento, lo siento —se disculpó innumerables veces por los golpes, mientras él se cogía el costado

lesionado por la caída de la mañana con una mano. Soltó el palo como si le quemara en las manos y se apresuró a mirarle las heridas.

Él, aún dolorido por los trastazos, se apoyó en el brazo de un sofá del jardín y se dobló sobre sí mismo para recuperar el aliento, mientras ella acariciaba las heridas como si quisiera librarlo del malestar.

Diana estaba muy avergonzada. No lo había oído al llegar, tampoco se había dado cuenta de que la puerta del jardín estuviese abierta..., quedaba lejos de la entrada principal y no pensó en ello... Todo estaba en silencio y creyó que no

había nadie.

Tony levantó la vista hacia ella y se quitó la gorra negra de Nueva York que llevaba puesta, regalo de un gran amigo.

—Hoy no es mi día, ¿verdad? —preguntó recuperando todavía el aliento e intentando sonreír.

La mujer no sabía dónde meterse.

—No sabes cuánto lo siento —susurró mientras le pegaba un poco de esparadrapo suelto del costado y la espalda.

Notar sus dedos tocándole la piel le provocaron un escalofrío que lo hizo gemir.

Diana apartó la mano al instante. No

quería hacerle más daño.

Se incorporó y se alejó.

El exmilitar, sintiendo aún la resaca de esa caricia en su piel, entrecerró los ojos, confuso por ese gesto de huida.

Buscó su mirada. Estaba muy asustada, al borde de las lágrimas.

Se había llevado un buen susto, eso estaba claro, pero en cuanto descubrió que se trataba de él, la situación debería de haberle resultado de lo más cómica, y no era así. Algo iba mal.

—Ari, ¿estás bien? No te preocupes, no es nada. De verdad que me encuentro bien. No me has hecho daño.

Pero ella sólo podía respirar, y

respirar, y respirar, intentando recuperar el control de sí misma.

Tony no estaba seguro de cómo reaccionar.

Después de que lo curase y se marchara, había tenido mucho tiempo para reflexionar.

Lo más práctico para apaciguar el dolor era evadirse con otras cosas. La distracción es el mejor calmante, y no encontró otro entretenimiento que pensar en la mujer misteriosa que de la noche a la mañana había aparecido en su vida, algo que había alterado su paz mental.

Se había ido a aquel pueblo toledano en busca de calma y algo que hacer que

le diera una vida tranquila tras abandonar el ejército, pero ahora la presencia de aquella fémina empezaba a alterar su... ánimo.

—Lo siento —dijo con un hilo de voz, intentando controlar su ataque de ansiedad, cada vez más fuerte. No podía respirar.

Tony se levantó y en dos zancadas se situó frente a ella, quien tenía las manos en el pecho; éste subía y bajaba a un ritmo frenético nada saludable.

No le pidió permiso; sin decir ni media palabra, la cogió entre sus brazos, ignorando el dolor de las heridas, y la metió dentro del salón, al resguardo de

la sombra.

La tumbó en el sofá y se marchó.

Diana estaba aturdida. Sentía una mezcla de miedo, alivio y nervios que no era capaz de dominar, y aún estaba asumiendo el comportamiento de Tony atendiéndola de inmediato.

Éste regresó enseguida con un vaso de agua.

—¿Estás mejor? —preguntó arrodillándose a su lado.

Ella lo miró asintiendo.

Diana vio el alivio en sus ojos al recibir ese «sí» sin palabras y cómo soltaba el aire que había retenido en sus pulmones a la vez que relajaba los

músculos.

Cerró los ojos para intentar retomar las riendas de su ánimo y poder incorporarse.

Tony vio cómo se recomponía ante sus ojos en muy poco tiempo.

En un par de minutos estaba sentada frente a él, que continuaba arrodillado.

—¿Habías tenido un ataque así antes? —preguntó curioso, observando cómo el color sonrosado había regresado a sus mejillas y su respiración se había normalizado a la velocidad de la luz. Era raro.

—Alguna vez —contestó. No podía mentir, pero no le iba a decir hasta qué

punto los había sufrido. Habían sido muchos durante mucho tiempo pero, por Quique, había aprendido a controlarlos con rapidez, a controlarse...

—¿Qué te ha pasado, Ari? —preguntó con la esperanza de que ella le explicara mucho más, no sólo lo que había ocurrido minutos antes, dudando entre tocarla o no. Quería secarle las lágrimas, apartar los mechones que le caían sobre la cara, cogerle la mano... pero no estaba seguro de que fuese buena idea.

—No lo sé... Me he asustado... Lo siento... —contó dubitativa.

Tony no quería hacérselo pasar mal.

Todo había quedado en una anécdota y, de momento, lo dejaría pasar.

—¿Necesitabas algo? ¿Por qué has vuelto a casa? No te esperaba hasta las ocho, como pronto. —Intentó llevar la conversación por otro camino.

—Venía a buscar algo de merienda para Quique y, de paso, ver cómo estabas. No bajaste a comer... —El hombre la miró sonriendo al oír esa respuesta—. No imaginé que estarías trabajando —añadió al ver herramientas por el suelo del jardín. Además, observó que él estaba sudando y su piel y sus apósitos estaban un poco sucios.

—Me aburría y, como el dolor había

menguado, trataba de dejar decente el jardín trasero para los huéspedes que vendrán la próxima semana. Compré esos muebles de exterior, pero aún no los había colocado.

Ella asintió, devolviéndole la sonrisa.

—Debes tener cuidado con las heridas, pueden infectarse. Además, hace demasiado calor aún para andar trabajando fuera.

Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras reía.

—Sí, mamá —contestó bromista.

A Diana le cambió la cara al oír aquella apreciación.

—Perdona... Paso demasiado tiempo hablando sólo con un niño... —se disculpó por la regañina mientras se ponía de pie.

Tony levantó la vista buscando sus ojos mientras se incorporaba lentamente, procurando que los vendajes no se despegasen.

Diana sintió cómo sus ojos observaban cada milímetro de su cuerpo en ese ascenso, hasta que sus miradas se cruzaron.

—Eso tiene fácil solución —susurró muy cerca de ella, con sus cuerpos separados por pocos milímetros—. Te invito a una copa esta noche.

En cuanto lo propuso, los nervios se apoderaron de él. ¿Qué estaba haciendo? Era un huésped, amiga de Esteban y encima sospechaba que guardaba algún secreto... pero no podía perder la oportunidad de conocer a la única mujer que le había llamado la atención en los últimos... ¿cinco años?, ¿seis? Comenzaba a parecer un monje en continuo retiro espiritual. ¡Ya era suficiente!

Diana no sabía qué decir. Había huido buscando seguridad y, aunque hacía años que no sentía nada por Miguel, ni había tenido relaciones con ningún otro hombre, no quería enredarse

con un desconocido, por muy amigo que fuese de Esteban y por más que pareciera muy buen partido.

Tenía que pensar en el pequeño, en protegerlo.

—No creo que sea posible —contestó sin dar un no rotundo—. No puedo dejar solo a Quique.

Él sonrío. No pensaba llevarla muy lejos, así que eso no iba a resultar un problema.

—Lo sé. Sólo tienes que acostarlo y bajar al nuevo jardín —dijo señalando la puerta que daba a la parte trasera—. Podrás oírlo desde aquí, incluso verlo a través de la ventana de tu habitación si

se levanta. Prometo conversación y buen vino.

Diana bajó la mirada con media sonrisa en los labios.

Era imposible no ilusionarse con un hombre tan imponente como él, con esa voz segura invitándola a una noche diferente, de esas que ya había olvidado... No sabía si sería capaz de mantener una conversación interesante.

Lo había pasado tan mal en los últimos años... tanto... que ya ni recordaba esos buenos ratos... Era como si se los hubieran borrado, y en realidad así había sido. Se los borró el malnacido de su marido uno a uno, golpe

a golpe.

—¿A qué hora? —preguntó con el corazón en la boca. Esperaba que él no lo notara, pero estaba asustada; no creía que fuese el momento, pero ¿cuándo iba a serlo?, ¿por qué no entonces? Desconocía hasta cuándo duraría aquella paz, cuándo tendría que huir de nuevo dejándolo atrás o si Miguel los encontraría y se los llevaría de regreso a Madrid... si tenía suerte... Se merecía, al menos, una hora en la que pudiese volver a ser ella y, sobre todo, ser feliz.

CAPÍTULO 7

Si durante el día había estado despistada, lo que quedó de tarde fue como para enmarcarlo.

No quería comentarle a nadie los planes que tenía con Tony para esa noche, pero a doña Remedios no se le

escapaba nada.

En cuanto vio lo alterada que llegaba, incluso despeinada, pensó que algo de lo que ella había pretendido enviándola al hotel había sucedido, pero, cuando se enteró de la verdad, sólo pudo llevarse las manos a la cabeza.

—Madre del amor hermoso, para haberos matado. Virgen del Carmen, ¡qué susto! —exclamaba llevándose las manos a la medalla que le colgaba del cuello.

—Por suerte sólo ha sido eso, un susto. Y todo por su insistencia en que fuese al hotel... —le recriminó.

—Ay, hija mía, ¡yo qué sabía! —La mujer eludió responsabilidades.

Diana negó con la cabeza mientras se daba la vuelta para colocar los pasatiempos en el escaparate, para que los vieran los veraneantes, como los llamaba Remedios. Era un poco alcahueta y debía andarse con ojo con ella. Sabía que no lo hacía de mala fe, al contrario, adoraba a aquel hombre y sólo quería verlo contento y feliz, pero a ella la iba a matar de los nervios.

Como estaba previsto, a las ocho cerraron el colmado y Diana y Quique se encaminaron a su nueva casa.

El olor a croquetas caseras se

percibía desde cuatro casas más abajo.

—¡Qué bueno, mamá! —gritó el crío en cuanto vio con sus propios ojos que el olfato no le había fallado—. ¡Qué hambre!

Las dos mujeres se reían mientras lo veían saltar con los brazos en alto en medio de la cocina.

—Me alegra que te guste la cena, jovencito —dijo Adela, feliz de verlo así.

—Le encantan y hace tiempo que no se las hago —confesó la madre.

—Bueno, ahora estoy yo para hacerlas, no tienes que preocuparte por eso —se ofreció la cocinera—. ¿Has

pensado qué vas a hacer con Quique todo el verano? La tienda de la Reme está muy bien para un rato, pero toda la temporada allí metido, el zagal... no creo que sea saludable.

Diana se sentía culpable de tenerlo encerrado tantas horas en aquel comercio, pues, aunque era divertido y él se lo pasaba bien, no era un sitio para un niño.

Lo que no sabía era si estaba preparada para separarse de él, aunque fuese tan sólo por unas horas, dejándolo con desconocidos. Cuando el pequeño iba al colegio, Miguel jamás se preocupó de ir a buscarlo ni a llevarlo,

ni colaboró nunca en alguna actividad relacionada con el mismo... ni siquiera se había leído un boletín de notas... nada, y ella se sentía segura dejándolo allí porque, para su agresor, era como si el chiquillo no existiera. Además, era un entorno conocido para el pequeño... Sin embargo, después de huir... ¿estaban preparados para separarse? Era consciente de que en cualquier momento podía saltar la noticia de su fuga en la prensa, en la televisión, que Servicios Sociales o una delegación judicial podía presentarse a por el niño... o peor... podía aparecer Miguel y que ocurriese una desgracia...

—De momento seguirá conmigo en el colmado. No me puedo permitir pagar una canguro. Más adelante veremos cómo van las cosas —explicó, eludiendo la mirada de la cocinera—. Para que esté aquí o en casa de alguien, prefiero cuidarlo yo.

Adela intuía que había más, mucho más. Esa muchacha estaba continuamente alerta.

En cuanto Tony le contó lo que había sucedido en el jardín esa tarde, supo que su instinto no iba por mal camino, pero ¿qué le habría pasado a aquella criatura?

—Si alguna tarde necesitas que me

quede con él, lo haré encantada. Me lo llevaré con mis nietos y listo.

Diana sonrió, agradecida.

—Por ahora me tiene que ayudar a decorar el jardín, así que... mañana, si no te importa, se quedará aquí conmigo —dijo Tony, apoyado en la puerta, vestido con un pantalón corto de algodón y nada más. Había estado escuchando toda la conversación, pero no había querido intervenir hasta ese momento.

La chica asintió, agradecida de nuevo, aguantando la respiración al verlo imponente y medio vestido. Apenas los conocían y, aun así, todos

querían echarles una mano.

—¿No tienes ropa que ponerte? —preguntó la cocinera señalándolo con el cuchillo que tenía en la mano—. Una camiseta no te vendría mal.

El hombre negó con una sonrisa. Todas las mujeres mayores de sesenta años del pueblo se habían convertido en su madre cuando regresó tras el fallecimiento de sus padres, pero entre Adela y Remedios lo tenían más derecho que una vela.

—Sí, tengo ropa, pero me roza las heridas. Además, están supurando y voy a marcharla.

—Tengo que curarte —interrumpió

Diana, recordando las recomendaciones del farmacéutico—. Si quieres podemos limpiar las heridas mientras Adela termina de preparar la cena y así podrás... vestirte.

Tony asintió, levantando los brazos al aire en señal de rendición.

Estaba seguro de que la cocinera no lo dejaría sentarse a la mesa si no era de forma decente y decorosa. Aunque ella no se quedase a cenar, lo sabría, lo leería en sus ojos a la mañana siguiente, y se lo reprocharía.

—Quique, ¿me ayudas con la ensalada? —llamó Adela al niño para quedarse con él y dejar que la pareja se

marchara. Entre aquellos dos había pasado algo, lo intuía por la actitud de Tony, a quien conocía como a sus propios hijos, pero es que la muchacha también era diferente a la del día anterior, incluso a la de la hora de la comida. Había visto algo distinto cuando él apareció en la cocina... ¿Ilusión? Eso le había parecido—. Lávate las manos, cielo —le pidió observando cómo la pareja subía la escalera.

* * *

—Necesito que me quites esto para

poder ducharme y luego me haces la cura.

Diana asintió.

Había estado trabajando en el jardín y debía refrescarse antes de aplicar de nuevo la crema antibiótica.

Con mucho cuidado, fue despegando los vendajes de su piel.

Lo veía aguantar el dolor en algunas ocasiones, con las heridas más profundas.

—Si necesitas que pare, dímero y lo haré —le dijo sentada en la bañera del aseo de su cuarto de baño, mientras retiraba uno de los apósitos de la cadera y él mantenía el pantalón bajado sólo en

aquella zona para que ella pudiese trabajar con comodidad.

—No. Sigue, por favor —murmuró entre dientes, sosteniéndose en la puerta de la mampara de cristal con la otra mano. Los vendajes de la pierna habían sido fáciles de quitar, pero aquellos lo estaban machacando.

Como le había pedido, Diana continuó retirando con sumo cuidado los vendajes del torso y la espalda.

Él soltó el pantalón, dejándolo bien colocado en su sitio, y levantó ese brazo para agarrarse al cristal de la mampara, bajando el otro.

Ella sentía su respiración

entrecortada a milímetros, captaba los gemidos que no quería emitir y se tragaba para sí, y sufría cada uno de ellos. A veces cerraba los ojos como le veía hacer a él para coger aire y seguir, para terminar con aquel sufrimiento lo antes posible.

El vendaje más cercano a la axila le hizo resoplar mientras bajaba la cabeza e incluso se mordía el brazo. No era la peor herida, pero se trataba de una zona muy sensible.

Ella masajeó la piel de alrededor, intentando hacer bajar el dolor más rápido.

Tony no se lo esperaba. La agarró

por la cintura, era lo que tenía más cerca, y gimió con una mezcla de dolor y alivio a partes iguales.

—Lo siento, de verdad que intento hacerlo lo más despacio y suave que puedo —susurró Diana, concentrada en el siguiente vendaje—. Sólo quedan dos.

Él lo sabía. En un hospital, o el médico del pueblo, no hubiesen tenido la misma consideración. Hubieran dado un tirón y listo.

—Eres la mejor enfermera del mundo, créeme —le dijo con la voz entrecortada mientras ella quitaba la penúltima venda.

Diana sonrió, mirándolo a los ojos

por primera vez en todo ese tiempo mientras lo asistía.

Estaba pegado a ella. Aún no había soltado su cintura.

No le había dicho nada porque no le molestaba; al contrario, le gustaba la sensación que le producía.

Cogió aire, rompió el contacto visual con él y puso la mano en el siguiente vendaje.

Tony, incapaz de pasar por alto la atracción que sentía por Ari y la que intuía que ella sentía por él, tocó su rostro con dos dedos y lo giró con suavidad para que volviese a mirarlo.

Diana lo hizo, con el corazón a mil

por hora y la boca seca.

Hacía tanto tiempo que no sentía nada, que no experimentaba esa sensación de caer al vacío y volar, de la piel erizándose de anticipación, que dejó que todo eso sucediera con aquel desconocido que provocaba su cuerpo con tan sólo una mirada.

Él, nervioso, acercó su boca a la que, desde esa tarde tras el ataque de ansiedad, había deseado besar.

El mero roce de sus labios hizo que ambos suspirasen, sintiendo una atracción todavía mayor que la que intuían.

Con cuidado, Tony introdujo la

lengua dentro de su boca, en busca de la suya. Diana se enredó en ella con suavidad, ambos con la respiración entrecortada, manteniendo un ritmo lento en sus movimientos, como si temieran dar un mal paso que asustase al otro.

Tony deslizó una mano por la cintura de Diana, mientras que con la otra cogía su nuca y la acercaba más a él. Ella pasó los brazos por su masculino cuello, intentando no hacerle daño.

Acercaron sus caderas. Gimieron.

Él gruño por el dolor de las heridas, pero no dejó de besarla.

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás, para que profundizara ese beso.

¿Cómo había podido olvidar algo así?

Muy sencillo, nunca había conectado con alguien de esa forma con tan sólo un beso. Nadie había despertado sus sentidos tan sólo con una mano sobre la cintura y su boca.

—Mamá —la llamó Quique desde la puerta abierta.

Diana dio un respingo en el sitio e inmediatamente se alejó de Tony.

—Dime, cielo. ¿Qué sucede? —contestó como si nada, acercándose al pequeño e ignorando al hombre que, dolorido, intentaba recomponerse física y psicológicamente de lo que acababa

de suceder.

—La cena está lista —anunció muy serio, mirando a la pareja con gesto enfadado.

—Enseguida bajamos —declaró ella, sintiéndose culpable por aquel estado de ánimo del crío.

Sin decir nada más, el chaval dio media vuelta y bajó la escalera.

Diana, agarrada a la madera de la puerta, cogió aire para girarse en busca de Tony.

Éste la esperaba sentado en el borde de la bañera con gesto comprensivo.

—Lo siento —se disculpó, cogiéndola de la cintura para acercarla a

él.

Ella no quería apartarlo, se sentía bien con él, pero Quique estaba por encima de cualquier cosa.

—No, soy yo la que lo siente —contestó con tristeza mientras quitaba el último apósito y salía del baño, dejándolo allí sin saber qué hacer.

CAPÍTULO 8

Cuando el niño interrumpió aquel beso, Diana regreso a la realidad, a su realidad; una dura y difícil de asumir.

Durante la cena casi no hubo conversación. Quique no quería hablar.

Ella, que lo conocía bien, intuyó que

era porque no entendía qué hacía su madre besándose con un hombre cuando huían de otro.

Era normal, aún era muy pequeño y no se trataba de una situación que esperasen ninguno de los dos; de haber sido así, habría mantenido una conversación previa con él, para prepararlo.

Diana intentaba lidiar con la mezcla de sentimientos que la invadía, y no tenía fuerzas para ello.

Tony se mantuvo en silencio, observándolo todo.

—Supongo que la copa la dejamos para otra ocasión —le dijo a Diana

mientras recogían la cocina.

—Sí, será lo mejor —contestó sin mirarlo. No era el momento para algo así.

—Siento que Quique nos sorprendiera, pero no el haberte besado. Quería hacerlo y… me ha gustado.

Diana, al oír esa declaración, levantó la cabeza de los platos que estaba terminando de secar.

—Yo también lo siento —contestó guardando para sí lo que sentía respecto al beso.

—Quiero volver a besarte —susurró más cerca de ella tras comprobar que el crío miraba la televisión en el salón y no

podía oírlos.

Ella cogió aire mientras sus sentidos se disparaban en todas direcciones.

Le gustó saberlo, escuchar cómo lo dijo, con ese tono de voz cadente y profundo que le erizaba la piel, pero el miedo también estaba allí presente para aguarle la fiesta.

—Esta noche no —murmuró a media voz, mirándolo a los ojos con una combinación de pena y deseo difícil de entender.

Se marchó de allí sin demora, recogió a Quique del salón y ambos se retiraron a su habitación.

Tony, confuso por lo acontecido, se

sirvió una copa de vino frío de la nevera, apagó la luz de la cocina, la televisión y todas las lámparas que quedaban encendidas en la planta baja. Salió al jardín y se sentó en su nuevo sofá, a oscuras, pensativo, disfrutando del manto de estrellas en todo su esplendor debido a la luna nueva.

Cuando se trasladó al pueblo, consideró que estar allí era una buena opción para no pensar en mujeres ni en el ejército. Necesitaba paz mental, estar ocupado y ser feliz a su manera.

La idea de rehabilitar la antigua casa de sus padres para convertirla en hotel rural le pareció una salida más que

satisfactoria para conseguirlo tras heredarla. Estaba a tan sólo setenta kilómetros de Madrid, lo suficiente como para estar alejado, pero a la vez, si se arrepentía de su decisión o no se adaptaba, lo bastante cerca como para poder controlar el negocio sin estar presente cada día.

Era la casa más grande del casco antiguo de la población —sólo algún chalet moderno situado a las afueras la superaba—, y sin duda era más que viable para el proyecto que tenía en mente. Al alcalde le sedujo la idea y los vecinos estaban encantados de tenerlo por allí.

Así había pasado los últimos años, perdido entre aquella gente que lo trataba como al hijo pródigo, uno que no regresó cuando su padre se lo pidió, uno que se marchó para dedicarse a una profesión que no era la esperada y que sus progenitores no entendieron ni compartieron... y cuando todo había vuelto a la calma, llegaba ella y lo descabalaba todo...

Dio un trago a su copa analizando cómo había quedado aquel espacio. Era bonito, más hogareño y personal, pero le faltaba un toque floral. A la mañana siguiente, si Quique quería quedarse con él y continuaban con sus planes, irían al

invernadero a comprar y, al regresar, las plantarían.

Estaría perfecto para cuando viniesen los huéspedes en unos días. Las fiestas se acercaban y todo debía estar perfecto.

Respecto a Ari, ya desde un principio consideró que era una mujer diferente, misteriosa y fuerte; no se había equivocado. Ahora tendría que ir con pies de plomo. Si volvía a pasar algo similar a lo sucedido esa tarde en el baño, estaba perdido.

Suspiró recordando la escasa intimidad compartida mientras se colocaba los auriculares del iPod,

dispuesto a disfrutar de un rato de música mientras se tomaba el vino.

Wild Thoughts, de DJ Khaled, Rihanna y Brison Tiller, fue lo primero que escuchó.

Una luz le llamó la atención. Levantó la vista hacia las ventanas de la habitación de Ari. Tenía abiertas las puertas del balcón y se veía casi toda la estancia.

Desde su posición, observó cómo salía del baño y dejaba la puerta entornada para poder ver sin iluminar el cuarto, aprovechando la luz procedente del aseo. Dedujo que el pequeño ya estaría dormido.

Vio cómo cogía ropa del armario y regresaba al baño.

—Mamá, no apagues. Abre la puerta —pidió Quique con voz soñolienta.

—No apago, pero duérmete ya. Sólo voy a ducharme y enseguida me acuesto.

Abrió más la puerta para que el niño viese la luz. No se oyó nada más, sólo el sonido del agua cayendo en la ducha.

Tony se removió en el asiento. No estaba bien espiarla en un momento tan íntimo, pero... iba a hacerlo.

Vio cómo se desprendía de la ropa y la colgaba cuidadosamente tras la puerta mientras daba un trago a su copa y Rihanna seguía cantando la sensual

canción.

Diana se metió en la ducha.

Desde allí podía apreciar cómo su cuerpo se relajaba bajo el agua.

Se acomodó de nuevo y bebió. Empezaba a calentarse y luego se iría solo a la cama... quizá no era tan buena idea seguir allí.

Pensó en marcharse, pero la curiosidad, el deseo de verla, hizo que se quedara donde estaba.

Diana salió de la ducha con calma y cogió la toalla.

Un reflejo en el exterior llamó su atención y aguzó la vista sin dejar de secarse, tapándose instintivamente.

Allí sólo estaban ellos dos y Tony. Tenía que ser él.

Por un momento sintió miedo. No lo conocía y su experiencia personal no le hablaba precisamente de las gentilezas de los hombres, pero... la forma de besarla, de tratarla en esos días, su instinto protector, no parecían de un hombre malo. No todos eran como Miguel; los tipos como él eran una minoría que no podía condicionarle la vida.

Aun sabiendo que él la observaba, siguió su rutina como cada día. La atraía y, por alguna extraña razón, le gustó que la mirase. Nunca antes se había expuesto

así.

Tras secar su cuerpo, extendió crema por éste para hidratar la piel y después se la aplicó en la cara. Se peinó, se puso un camisón de algodón de tirantes y apagó la luz mirando hacia el exterior.

Tony había visto cada detalle, incapaz de apartar la mirada.

Estaba convencido de que ella sabía que él estaba allí. Hubo un instante en que algo lo delató, seguro que fue la copa, y Ari lo supo, pero continuó desnuda, disfrutando de su momento de relax del día y dejando que él lo compartiese.

Nunca una mujer le había regalado

algo así. Era cierto que había empezado robando su intimidad, que eso estaba mal y que sin duda se iba a arrepentir, pero después, cuando ella fue consciente de ello, se lo dio.

Cuando Diana apagó la luz del baño para meterse en la cama, todo se quedó a oscuras, pero enseguida se hizo a la penumbra y lo vio sentado fuera.

Se miraron en la distancia... ambos con deseo, pensando en el momento de volverse a tener cerca y en cómo iban a dormir sabiendo que sólo los separaba un pasillo de metro y medio y un par de puertas.

CAPÍTULO 9

Ninguno de los dos durmió mucho esa noche pero, aunque el cansancio era patente en sus caras, no lo confesaron.

Coincidieron en el desayuno; se cruzaron muchas miradas, pero casi no hablaron.

Por suerte, Quique quiso ayudar a Tony con el jardín. Debía gustarle más la idea de estar al aire libre que encerrado con ella y doña Remedios.

A Diana aquella decisión de su hijo le venía bien, así podría tener un respiro durante la mañana y aclarar sus ideas. Era el día en que Miguel regresaba a casa después de la operación fuera de Madrid que les había permitido huir, y se daría cuenta de que se habían marchado...

Tenía miedo y no quería que el pequeño lo notara. Éste se había vuelto muy sensible y lo detectaba al instante.

—Pórtate bien, cielo —le pidió

arrodillándose para despedirse de él antes de ir a trabajar—. Haz caso a Tony y, si necesitas algo, le pides que me llame, ¿de acuerdo?

El niño asintió y después abrazó a su madre.

—Todo irá bien; de todas formas, si cambia de opinión, lo llevaré a la tienda —prometió Tony mientras el crío dejaba un beso en la mejilla de su madre y se apartaba de ella. El hombre lo cogió por los hombros—. Va a ser muy divertido, ya lo verás. ¿Nos vamos? —le propuso cogiendo las llaves del todoterreno.

Diana se incorporó para recoger sus gafas de sol, las llaves del hotel y el

pequeño bolso donde llevaba la cartera, la documentación falsa y el móvil. Estaba convencida de que ese día tendría que usarlo.

Le dio las llaves de su coche.

—Cambia la silla de Quique a tu coche o llévate el mío —pidió Diana hablando con él por primera vez en todo aquel rato que habían pasado en la misma estancia.

—Cambiaré la silla. Necesito el todoterreno —explicó cogiendo las llaves de su mano, rozando su piel a propósito.

Ella asintió, apretando los labios al notar el contacto. Le encantaba que lo

hiciera. Se apartó con un suspiro en la boca para dar un nuevo achuchón al pequeño y despedirse con una sonrisa.

Tony contempló la escena esbozando media sonrisa, preguntándose por primera vez dónde estaría el padre de Quique y cómo era posible que se perdiera a una mujer y a un niño tan alegres y cariñosos.

¿Estaría separada?, ¿sería viuda?, ¿quizá era madre soltera? Las opciones eran diversas. Se marchó con la duda.

Cuando Diana llegó sola a la tienda de doña Remedios, la anciana se sobresaltó.

En cuanto le aclaró que el niño

estaba con Tony porque tenían planificado arreglar el jardín, ella aprovechó para hacer lo que no había podido en los días anteriores.

—¿Sabe ya tu marido dónde estás? —preguntó sin miramientos en cuanto los primeros clientes de la mañana se marcharon.

Diana no supo qué contestar.

Cogió aire, terminó de colocar los cuadernos en el estante de papelería y la miró.

—No lo sé. Espero que no lo averigüe nunca, aunque, siendo policía, no creo que podamos quedarnos mucho por aquí.

La confesión no sorprendió a la anciana —pues el muchacho que días atrás había ido a hablar con ella del trabajo para Ari ya la advirtió de que la situación era grave—, pero sí lo hizo el hecho de que ella hablase del asunto.

—Ya veo —comentó a media voz con pena—. ¿Se lo has contado a él? —inquirió, refiriéndose a Tony. Diana negó con la cabeza—. Deberías —aconsejó levantando un dedo para enfatizar su opinión al respecto.

No sabía qué había sucedido con exactitud, pero no hacía falta ser muy listo para deducirlo. Una mujer no coge sus cosas y se va a otro lugar con un

niño de corta edad si tiene otra salida.

Si la amenaza era grave, sólo la podría proteger Tony y, si ella no se lo contaba, tendría que tomar cartas en el asunto.

Diana no dijo nada más. Se dedicó a trabajar durante toda la mañana, mientras daba vueltas a las palabras y la mirada de la anciana, hasta que llegó la hora de la comida y se encaminó al hotel.

Cuando estaba llegando a la plaza, el teléfono sonó en su pequeño bolso.

Lo sacó con los nervios a flor de piel. Le temblaban las manos.

—Esteban, ¿cómo va todo? —

preguntó en cuanto descolgó, con el corazón en la garganta.

—Bastante movido —fue la respuesta que la puso en alerta.

Asustada, miró a su alrededor buscando la amenaza, como si Miguel estuviese allí, en las calles del pueblo, espiándola, acechándola.

—Cuéntamelo —rogó bajando el ritmo de sus pasos. Esperaba esa llamada en cualquier momento, pero no estaba preparada para recibirla.

—Ya está de vuelta —explicó sin decir ningún nombre. No era preciso. Ambos sabían de quién hablaban y el motivo de esa llamada—. Ha

telefoneado a tu madre y, como ella le ha dicho que no sabe nada, se ha presentado en su casa. —Diana se tapó la boca con la mano. No quería ni pensar en lo que podía haber sucedido si le había abierto la puerta.

—¿Mi madre está bien?, ¿le ha hecho algo? —susurró casi sin voz por la tensión. Detuvo en seco sus pasos en la calle que subía hacia el hotel.

—Sí. Está bien. Un poco nerviosa y, no te voy a engañar, asustada, pero bien. No le abrió la puerta. Fingió no estar en casa.

Diana respiró. Se apoyó en la pared.

—¿Qué más? —demandó aterrada.

Aquel tipo era capaz de cualquier cosa.

—Como no ha conseguido nada con tu madre, ha venido aquí. Es listo y sabe dónde tiene que preguntar.

—Es policía, ¿recuerdas? Sabe lo que tiene que hacer y cómo. Ése es mi problema.

—Bueno, de momento no ha conseguido nada. Hemos tenido un enfrentamiento bastante feo, pero por suerte se lo ha pensado mejor y se ha largado.

—¿Estás bien? —preguntó, intranquila y sufriendo por haberlos metido en medio de todo ese asunto. Él y su madre eran quienes daban la cara,

mientras ella se escondía lejos.

—Sí, no te preocupes. No me ha tocado, ya sabes que físicamente soy más grande que él y sus palabras no me afectan, pero no me ha gustado nada su actitud desafiante. Esto no pinta muy bien. Debes estar preparada.

Diana cerró los ojos, rendida.

—Quizá deba volver y plantearme esto de otra forma... No quiero que os ocurra nada...

—De eso ni hablar, Diana. Estás muy bien donde estás. Sólo necesito tiempo para demostrar que habéis huido para proteger vuestra vida y no os pasará nada.

—Él ganará... de una forma u otra, ganará —murmuró dando por perdida la batalla. Quizá no merecía más en la vida...

—¡Ni hablar! ¡No lo pienses siquiera! Eres muy valiente. Has decidido salvarte de ese malnacido y, lo más importante, salvar a tu hijo. No lo olvides. Todo se arreglará. Lo prometo —la animó.

—No sé cómo... —sollozó.

—Por ahora, disfrutando de tu hijo y de tu nueva vida. No va a llamar la atención acudiendo a los medios de comunicación, porque no le interesa. Se ha abierto una investigación judicial

contra él y otro policía de su unidad por los métodos que utilizaron en una de las últimas intervenciones antidroga. Le van a abrir un expediente y no puede hacer ruido con vuestra huida... pero ya lo conoces, a la mínima oportunidad, te buscará.

—¿Una investigación?, ¿por qué? —se interesó, intentando ganar tiempo para controlar sus nervios. Tenía que encontrarse con Quique en unos minutos y el niño no podía verla así.

—En los juzgados se habla de todo y… bueno... parece ser que no entregó toda la droga decomisada, o eso es lo que dicen un par de testigos.

A Diana esa noticia la pillaba por sorpresa. Miguel era muy meticuloso en su trabajo, pero también era verdad que, en los últimos años, desde que su madre estaba delicada de salud, había cambiado su actitud en muchos aspectos, quizá también en el terreno laboral. La corrupción estaba a la orden del día.

—Entendido —susurró.

—Cuéntaselo todo a Tony. Él sabrá qué hacer cuando sea preciso —le recomendó el abogado, consciente de lo que podía suceder en los días venideros.

No era que no se lo quisiera contar, la cuestión era que no lo conocía y no quería involucrar a nadie más, por muy

amigo que fuese de Esteban.

—Me lo pensaré —contestó antes de despedirse.

—Hazlo —insistió, severo—. Debes hacerlo. Él te protegerá.

Se despidió sin dar una respuesta a su exigencia. Estaba desconcertada por la premura que pedía. Aunque intentase suavizar las cosas, sus palabras hablaban de peligro inminente.

Se sentó en el bordillo de la acera, temblando.

Sabía que no iba a ser tan fácil, que no pararía hasta que los encontrara y que intentaría hacer daño a las personas que los protegían para provocarla, pero,

aunque creía que estaba preparada para ello, no era verdad.

—¿Ari? —oyó. Al principio no se percató de que era a ella a quien llamaban. Cuando se dio cuenta de que se trataba de su falso nombre, se levantó de un salto mientras miraba en todas direcciones, para ver quién la llamaba.

Tony bajaba corriendo la calle.

Había estado jugando al balón con Quique en el patio y la pelota salió disparada hacia la calzada. Entonces fue cuando la vio, a pocos metros del hotel, y fue testigo de cómo se derrumbaba, sosteniéndose en la pared.

Hablaba por teléfono y estaba

pálida.

Le pidió a Adela que vigilase al pequeño y corrió a por ella.

Cuando la llamó y vio cómo su estado se alteraba hasta el pánico buscando una amenaza, comprendió que Esteban no la había llevado hasta allí por casualidad.

Aquella mujer y su hijo huían de alguien o de algo, y él debía averiguar de qué.

CAPÍTULO 10

Adela comió con Quique mientras Tony intentaba calmar a Diana en el garaje. No era un sitio muy cómodo, pero allí no los oiría ni vería nadie.

Esperaba que ella le diese la información que necesitaba para poder

ayudarlos.

Estaba sentada encima de la mesa de trabajo. Tony la había desalojado y colocado una toalla sobre la madera para que no se manchara y estuviese más cómoda. Era el único lugar decente donde sentarse.

Él se acomodó en la vieja y destartalada silla de despacho que usaba cuando tenía que soldar alguna pieza. Le faltaban los reposabrazos y parte del respaldo, y además estaba decorada con diversas quemaduras de estaño y restos de pintura de otros arreglos. Estaba bien para trabajar en lugar de hacerlo de pie, pero no le pareció apropiada para ella.

Recogió de sus manos la botella de agua que le había dado para que no se derramara. Temblaba como una hoja a merced del viento.

Suspiró buscando su mirada mientras se impulsaba con los pies para deslizarse sobre las ruedas del asiento y acercarse a ella.

Cogió un mechón de pelo que se había soltado de su coleta y se lo metió detrás de la oreja. Ella tembló de nuevo ante aquel gesto, aun siendo cuidadoso.

—Cuéntamelo —pidió con voz queda. Era horrible ver sufrir tanto a una persona.

—Mantente alejado de mí. Es lo

mejor —fue su respuesta, dicha mientras se secaba las lágrimas con las manos.

—Eso lo decidiré yo —replicó buscando sus ojos de nuevo, aunque ella trataba de esconderlos—. Dime qué sucede —insistió.

—No puedo —susurró con un hilo de voz—. No quiero involucrar a nadie más. Nos iremos esta misma tarde. Volveré a la ciudad —aseguró como si fuese la mejor solución, aunque sabía que sería su sentencia de muerte.

—No vas a ir a ningún sitio hasta que no me cuentes qué pasa. Quieras o no, ya estoy metido en el ajo. Te alojas en mi casa, ¿recuerdas? —insistió otra

vez, usando una nueva vía para persuadirla.

Lo miró sintiéndose culpable. Tenía razón. Debían irse ya o le causaría problemas.

Hizo el amago de bajar de la mesa, pero él no se lo permitió.

Cogió su cintura con delicadeza, pero también con la suficiente firmeza como para impedir que se fuera.

—Te matará —confesó ella entre lágrimas—. Nos matará a todos. Debo irme lejos.

La dureza de aquellas palabras no fue por el hecho de oírlas, sino por lo asumidas que ella las tenía.

Tony tuvo que coger aire y aguantar mil preguntas que se le agolpaban en la cabeza y en la garganta. Debía contarlo ella. A su ritmo.

—¿Quién?, ¿quién no te deja vivir?

Levantó la vista para mirarla a los ojos.

Esa pregunta, que lo resumía todo, no se la había planteado nadie en todo ese tiempo. Solían preguntar «quién es tu agresor», «quién te pega», pero lo que ella estaba sufriendo no consistía sólo en violencia física, había mucho más y nadie le había preguntado quién le estaba robando su vida.

—Miguel, mi marido... el padre de

Quique —contestó enseguida. Hacía mucho tiempo que no lo consideraba su pareja, pero, ante la ley, lo era.

—Sigue —pidió antes de soltar una palabra inadecuada.

—Me pegaba habitualmente —comenzó a contar, encogiéndose de miedo, como si decirlo en voz alta fuese un pecado—, pero la última vez también agredió al niño. Con Esteban, que es amigo mío desde la infancia y también mi abogado, conseguí prepararlo todo para huir. Si no llega a ser por él... —Se limpió las lágrimas de nuevo—. Así fue cómo llegamos a tu hotel.

Tony asintió analizando cada frase.

—¿Qué lo hace tan peligroso? ¿Te puede localizar? —prosiguió con las averiguaciones.

—Es policía —susurró ella cerrando los ojos para templar los nervios y poder continuar—. Ya sabes, contactos, bases de datos, favores... Hemos intentado hacerme desaparecer: ni redes sociales, ni tarjetas de crédito, ni móviles... pero en la era de la tecnología resulta muy difícil hacerse invisible para una persona con los recursos que él puede manejar. Tarde o temprano encontrará algún rastro que lo traiga hasta nosotros. Me denunciará. Me acusará de secuestro y me quitarán a

Quique.

Poner sus miedos y pensamientos en palabras la rompió en mil pedazos. No lo soportaba más. Demasiada carga, demasiada angustia que durante unos días había sido anestesiada por el cariño con el que los habían acogido y la seguridad de que su maltratador no tenía conocimiento de sus intenciones, pues estaba trabajando fuera de la capital por unos días.

La vuelta a la realidad había sido dura. Ahora las cosas eran diferentes. La amenaza era real e inmediata.

Tony se levantó con la pena dejándole un nudo en la garganta. La

atrapó entre sus brazos. ¿Cómo podían existir hombres así? ¿Por qué?

Guardó silencio mientras se calmaba, y la mantuvo junto a él, como si con ese abrazo pudiese arreglar su vida y recomponer su alma dañada hasta lo más profundo.

Conocía esa sensación de vacío, aunque no por el mismo motivo.

Cuando se fue del ejército, se enfrentó a otro tipo de maltrato. Lo acusaron de matar accidentalmente a un compañero durante una refriega en Irak. Lo denominan «fuego amigo», pero la culpa que te machaca cada día el corazón, la pena que te come, incapaz de

ser aplacada con nada, y que algunos compañeros te acusen de negligencia es tan brutal, que piensas que no mereces estar ahí, que tú también deberías morir...

Alguien tenía que tenderle una mano a aquella mujer o se derrumbaría sin salvación posible.

Él encontró la paz en aquel pueblo que maldecía en la adolescencia porque no le daba la vida que entonces deseaba y en la actualidad se había convertido en su refugio.

Encontrarse con aquella casa tras la muerte de sus padres había sido su bote salvavidas. Ella necesitaba otro, porque,

agarrarse a la necesidad de salvar a un niño de seis años, no era suficiente como para salvarse a sí misma.

—¿Te llamas Ari? —preguntó encajando piezas.

Ella lo miró avergonzada.

—Me llamo Diana —confesó con los ojos llenos de culpabilidad.

Tony sonrió.

—Encantado de conocerte, Diana —susurró acariciando su rostro con ternura, secándole las lágrimas con la yema de los dedos.

La mujer cerró los ojos, sintiendo la caricia.

—No quería mentirte... No quiero

mentir a nadie, pero, si usamos nuestros nombres reales, él nos encontrará y...

—Nadie va a encontrarte. No lo permitiré —prometió cortando su discurso. No quería que entrase de nuevo en ese bucle negativo en el que se había instalado minutos atrás. Debían pensar juntos—. Tienes que actuar con normalidad. Nadie debe saber lo que me has contado. Es nuestro secreto y tu ventaja sobre él.

—Doña Remedios sospecha qué puede suceder —declaró con miedo a haber hablado demasiado un rato antes en la tienda, aunque no le había contado nada concreto.

—A Remedios déjamela a mí. No te preocupes por ella.

Lo miró cogiendo aire. Hablar con él la había ayudado a quitarse un peso de encima o, al menos, a compartirlo con alguien con quien pudiese hablar cara a cara. Saber que, si le pasaba algo, Quique estaría seguro con él significaba tener un lastre menos, pero eso no lo expresó en voz alta.

—La anciana insistió en que te lo contase, aunque no sabe la verdad —le dijo deslizando sus manos por los hombros, deshaciendo un poco más el abrazo que él quería mantener.

—Tiene una intuición increíble.

Hubiese sido una gran policía —la defendió con media sonrisa—. No suele equivocarse. Fíate de ella sin reparos. Nunca te hará daño, ni a tu hijo.

Diana asintió mirándolo de nuevo a los ojos durante unos segundos, para luego desconectar de aquella mirada tan profunda que también la observaba.

Tony no la dejó desengancharse de él.

Colocó la boca sobre sus labios con suavidad sin cerrar los ojos. Quería ver su reacción, saber qué decía su mirada.

Lo dejó hacer.

No entraba en sus planes ningún hombre. Su única prioridad se llamaba

Quique y su meta era sobrevivir, pero Tony era sensual, atractivo y atento con ella, algo que nunca había tenido, ni siquiera en sus mejores tiempos con Miguel, y resultaba difícil resistirse.

Envalentonado al descubrir que no lo rechazaba, deslizó una mano con suavidad para coger su nuca y, con la otra, la acercó a él por la cintura. Ella no se negó, sino que lo abrazó, participando del momento.

Ambos se miraron unos segundos, como si se estuviesen dando permiso para seguir por ese camino. Contando que un día antes no pudieron terminar lo empezado debido a la interrupción de

Quique, poco tenían que dudar, pero aun así...

Retomaron el beso. Tony, se colocó entre las piernas de Diana, quien continuaba sentada en la mesa de trabajo. Ella gimió al sentirlo y lo agarró con fuerza del cuello para acercarlo más. Él gruñó por el roce en las heridas del día anterior, pero ese dolor era insignificante en comparación con el deseo que crecía entre ambos.

Después de lo que había dejado que viese la noche anterior desde el jardín y tras aquella reacción, decidió alzarla; luego se sentó en la silla, dejándola descansar sobre él a horcajadas.

Un gemido de placer se escapó de la boca de Diana en cuanto sintió su miembro erecto apretado contra su sexo. Tembló por la sensación. Ya no recordaba lo que se sentía con un hombre que sabía qué hacer para llevarla al clímax.

Tony intentaba ser delicado, pero verla tan activa y disfrutando lo encendía cada vez más.

Rompiendo el beso, bajó los labios por su cuello hasta llegar a sus pechos y atrapar un pezón con la boca. Mientras, ella se asía a su nuca, cogiendo aire entre gemidos que intentaba acallar. Allí, bajo la casa, estaban alejados de la

calle, pero no quería que nadie pudiese oírlos.

Tony, que entendía sus miedos, regresó a su boca y la besó, mientras sus sexos se apretaban el uno contra el otro.

Se miraron y lo que leyeron en sus respectivos ojos era deseo y complicidad.

No era el momento ni el lugar para terminar lo que habían empezado. Llevaban allí un buen rato y el niño preguntaría por su madre en cuanto acabara de comer. Adela no lo podía distraer eternamente, pero, aunque él no pudiese aliviar su propio deseo, a ella no quería dejarla a medias.

Deslizó sus manos hasta las caderas y de ahí hasta su sexo... primero sobre el pantalón vaquero, después sus dedos entraron a la pernera corta de la prenda de verano, tocando su ropa interior. La apartó y con delicadeza tocó su clítoris.

Diana dio un respingo en cuanto lo notó. Se miraron de nuevo a los ojos, él apretó con suavidad su sexo y ella se quedó sin respiración.

—Te prometo que te haré el amor como mereces, pero ahora disfruta de esto, por favor —susurró con voz sensual mientras la observaba con la respiración entrecortada y buscando el orgasmo.

En cuanto llegó al clímax, lo besó.

Hacía mucho tiempo que no se sentía mujer... sólo madre, objeto y saco de boxeo.

Tony había despertado una parte de ella que durante años creyó que había perdido para siempre porque no se la merecería nunca más.

¡Qué equivocada estaba! Miguel no había matado su deseo, sólo el que en algún momento de su vida pudo sentir por él.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas a la vez que sonreía.

Aún había esperanza para disfrutar de una vida plena.

CAPÍTULO 11

Quique había estado pendiente de ella cada segundo después de que regresara del garaje con Tony.

No sabía qué pasaba, pero sí que su madre tenía miedo. Ya lo había visto otras veces, sólo que no lo tenía del

hombre que ahora los atendía y protegía. Ella se acercaba a él y no al contrario, como con su padre. La amenaza no estaba allí.

No se quiso separar de Diana ni un segundo en los siguientes dos días. Había ido a la tienda con ella a trabajar, comía a su lado, la acompañaba a los recados, incluso al baño... Era su sombra.

—Está asustado —le explicó ella a Tony, observando desde la cocina al pequeño, que miraba la tele en el salón. Estaban recogiendo los platos de la cena —. Ya ha ocurrido otras veces.

—Procuré que no te viera cuando me

di cuenta de tu estado, ni que escuchara nada —dijo el hombre refiriéndose al día en que ella le confesó sus problemas —. Quizá no fue suficiente.

Ella acarició su brazo herido por la caída con la bicicleta, que ya estaba bastante mejor, dejándole un cosquilleo en la piel.

—No es culpa tuya. Él sabe leer mi miedo y yo ya no sé escondérselo —contó sin dejar de prestarle atención a Quique, que reía viendo los dibujos. Tony la miraba a ella. Admiraba su valentía, su forma de proteger a su hijo sin pensar en ella misma.

—No tienes que tenerlo. Estáis aquí,

conmigo. No dejaré que os suceda nada.

Diana lo miró con media sonrisa y el corazón a mil por hora.

Lo creía, claro que sí; desde que le había contado su problema, Tony se había convertido en un guardaespaldas que no les quitaba ojo durante las veinticuatro horas del día. Incluso pasaba muchas horas en la tienda de doña Remedios realizando algunos arreglos que llevaba tiempo posponiendo y así los tenía más controlados, haciendo que se sintiesen seguros.

Sólo dos calles separaban el hotel del colmado, pero si, como Esteban le

había contado durante la conversación que mantuvieron al día siguiente de la confesión de Diana, aquel tipo se presentaba allí con alguna arma o en uno de sus estados de enajenación mental, a él no le daría tiempo a llegar. Lo sabía y era lo que más temía.

Esa misma noche, tras compartir aquel encuentro en su sótano, Tony regresó allí abajo, movió algunas cajas, apartó más de un trasto viejo y sacó dos pistolas que tenía abandonadas desde que se marchó del ejército. Las limpió y engrasó, para tenerlas dispuestas para su uso.

Una estaba escondida dentro de la

casa, en su dormitorio; la otra la llevaba encima.

Esteban agradeció que Diana se hubiese decidido a contarle su situación al exmilitar. Eso le facilitaba mucho las cosas porque, si algo sucedía, habría una reacción instantánea. Si tuvieran que esperar a que se personase la Guardia Civil o la policía en el pueblo, habría escasas posibilidades de que todo saliera bien.

—Eres un regalo —le dijo Diana con seguridad, una que hacía tiempo que no sentía—. Encontrarte ha sido lo mejor que nos podía pasar a Quique y a mí, pero sé que no es suficiente. Eres

nuestro ángel de la guarda, pero no nuestra solución. Eso es algo que no sé si conseguiré antes de que me mate.

Tony la miró, asimilando cada palabra.

Tenía razón. Él no era la solución, pero al menos les daría un lugar seguro mientras pudiese.

Durante muchos años había protegido algo abstracto: la patria, el país... Ahora tenía algo muy real que salvaguardar y, lo más importante, algo que le importaba de corazón.

Se acercó a sus labios con decisión, dejando un beso en ellos que la hizo suspirar como cada uno de los que le

había dado en esos días, despertando en él un sentimiento creciente que no pensó sentir jamás.

La deseaba tanto que no podía dormir esperando a que se decidiera a entrar en su habitación y compartir la noche con él, pero el niño estaba inquieto y las circunstancias no habían acompañado.

Estaba convencido de que llegaría el momento que tanto anhelaba y ella estaría segura de quererlo también. Entonces sería perfecto.

—Mamá, ¿nos podemos ir ya a dormir? —los interrumpió Quique muy serio, con el ceño fruncido, esperando la

respuesta en la puerta de la cocina.

Diana miró a Tony con una disculpa impresa en el rostro. De nuevo se avecinaba otra noche en la que no se podría escapar un rato a su dormitorio.

—Dame cinco minutos para terminar, ¿de acuerdo? —le pidió con una amplia sonrisa.

El pequeño aceptó no demasiado conforme, pero, en cuanto se giró y vio en la tele un nuevo episodio de su adorada «Patrulla canina», se le pasó el enfado.

—Empieza a cogerme un pelín de manía —apreció Tony en un susurro, rozando con la boca la piel de su oreja.

Diana cerró los ojos al sentir el cosquilleo. Sonrió.

—Creo que no se trata de eso. Es miedo, aunque lo oculte con sus enfados. Le caes bien, pero su experiencia le dice que la pareja de mamá pega, y estoy segura de que cree que va a volver a ser así.

A Tony le dolió oír aquella explicación. Que Quique lo viese como un posible maltratador resultaba demoledor. No había hecho nada para que el chiquillo pensara algo así. Su mirada se entristeció y su expresión se tornó seria.

Diana vio con claridad su cambio de

emociones y lo sintió en el alma, pero lo que había dicho era la verdad.

Era mejor que se hiciese a la idea de que con el niño lo tenía difícil, aunque éste participara de sus propuestas, lo ayudara en el jardín y a veces jugaran juntos.

Acarició su barba de tres días mirándolo a los ojos. No era culpa suya y no tenía que sentirse mal.

—No te preocupes. Es muy inteligente y sabe que no eres como su padre, pero dale tiempo... Son muchos cambios en muy poco tiempo. Hasta a mí me cuesta acostumbrarme.

Él se relajó ante aquella caricia.

Desde que compartieron el encuentro en el garaje, ella se había mantenido físicamente distante. Hablaban, se miraban, pero no lo tocaba, como si se estuviese replanteando las cosas o no supiera qué hacer. Le supo a gloria sentirla.

Quería darle su espacio y no presionarla, pero estaba confundido y lo desconcertaba.

Cogió con suavidad la muñeca de la mano que lo estaba tocando, la dirigió a su boca y besó la palma.

Diana le sonrió, sintiendo las mariposas que le provocaba en el estómago. Ojalá un hombre como él

fuese el padre de su hijo... trabajador, cariñoso, atento... pero no había tenido esa suerte...

—Tiene todo el tiempo del mundo. Estoy aquí para vosotros.

Ella le dio un dulce beso en los labios mientras le acariciaba el cuello.

—Gracias —susurró al pasar junto a él para ir a buscar al pequeño y subir a su habitación.

Tony se sirvió una copa de vino muy frío, como acostumbraba a hacer cada noche, y en lugar de salir al jardín, bajó al sótano.

Llevaba tiempo con una idea rondándole por la cabeza y, tras la

conversación que acababa de mantener, en la que Diana le había dejado claro que tenía asumido que su destino estaba en manos de aquel bestia que tenía por marido, decidió ejecutarla de inmediato.

Allí, lejos de oídos indiscretos, marcó un número de teléfono.

—¿Qué pasa, Tony? ¡Cuánto tiempo, amigo! —contestó Nick O'Connor, Delta Force de las fuerzas especiales norteamericanas destinado en Madrid desde hacía una larga temporada, junto a un grupo de SEALS, con base en Torrejón de Ardoz.

—Hola, Brooklyn. ¡Qué alegría oírte! ¿Cómo va todo? ¿Muchos altos

secretos? —se interesó.

Ambos habían coincidido en un par de misiones en Oriente Próximo, donde entablaron una gran amistad que jamás se había roto, a pesar de los acontecimientos y a pesar de que a Tony le costara mantener contacto con el ejército y su entorno.

Nick siempre lo apoyó en su carrera profesional hasta el final. Hacía tiempo que no hablaban, pero era como si lo hubiesen hecho pocos días atrás.

—Demasiadas misiones secretas —contestó resoplando—, pero dime, ¿cómo estás tú? ¿Va todo bien?

—Estoy bien. Todo marcha genial en

el hotel. Estoy esperando a que lleguen los primeros huéspedes de la temporada alta la próxima semana. Empiezan las fiestas y tengo muchas reservas hechas.

—¡Cuánto me alegro, Tony! Ésas son muy buenas noticias, tío. Tengo que ir a verte para que me enseñes todo aquello.

—Eres bienvenido cuando quieras. Aquí seguro que descansas de tanto estrés —lo animó.

—Me va a hacer falta... ya te contaré... —murmuró como si dudara en decirle más a su amigo o no— pero, cuéntame, ¿en qué puedo serte útil? Estoy seguro de que me llamas por algo importante.

Brook lo conocía muy bien y no se había equivocado.

—Necesito que me facilites una información. Es para ayudar a una amiga, pero no puedes dejar ningún rastro ni levantar sospecha alguna al respecto de lo que estamos buscando.

—Dispara. Cuento con el hombre perfecto para eso. ¿Te acuerdas de Spy? Lo tengo a dos metros. Con él todo será *top secret* —le contó.

Tony no se demoró más en explicarle la situación. El tiempo era oro.

* * *

Mientras tanto, en Madrid, Miguel daba vueltas por la ciudad perdiendo la paciencia.

Había preguntado a la madre de Diana, a su insoportable amigo Esteban, a las pocas amigas que le quedaban a su mujer —con las que ya casi no tenía contacto—, a las antiguas compañeras de trabajo... pero nadie sabía nada. Era como si se la hubiese tragado la tierra.

Aquello podía con su paciencia, muy mermada en los últimos días debido no sólo a la desaparición de Diana y el niño, sino también a la investigación que lo involucraba en la desaparición de parte de una partida de droga

decomisada.

No podía haberse esfumado tan fácilmente. Estaba seguro de que su abogado la tenía escondida en algún sitio... y tarde o temprano encendería el móvil, haría algún pago con la tarjeta o dejaría algún rastro que lo llevase hasta ella, y cuando eso sucediera, le daría su merecido por dejarlo en ridículo.

Si no tenía ninguna pista en pocos días, interpondría una denuncia por el secuestro del pequeño.

Se le iba a borrar de un plumazo la sonrisa, a ella y a ese abogado arrogante al que nunca había soportado.

Podía ver sus caras con claridad.

Sonrió con malicia.
Nadie se la jugaba.
Nadie estaba por encima de él.

CAPÍTULO 12

Faltaban dos días para las fiestas del pueblo y todos engalanaban sus casas, sus negocios y las calles.

En los balcones había guirnaldas; las lugareñas sacaban sus mejores geranios a las ventanas; la plaza lucía con las

farolas encendidas y la fuente limpia y llena de agua cristalina, esperando los puestecillos donde se venderían bebidas, bocadillos y tapas; allí se instalaría el escenario para la orquesta y la churrería, que los deleitaría con churros y porras recién hechos, y el tradicional algodón de azúcar.

Tony había trabajado mucho para que cuando llegaran los huéspedes se sintieran cómodos en su hotel rural.

El jardín había quedado precioso con el nuevo y moderno mobiliario y las flores que había plantado, además de las sombrillas, que les permitirían usarlo a pesar del sol a cualquier hora, incluso

para comer fuera durante el buen tiempo.

Remedios, que sabía de la ilusión de Tony por aquel espacio, a falta de la construcción de su ansiada pero costosa piscina, le había dado la tarde libre a Diana para que lo ayudara con los últimos retoques al hotel.

La tienda casi no tenía clientes debido a que todo el pueblo se encontraba sumido en la misma tarea, dejar bonito cada rincón, y los que acudían eran algunos despistados que habían olvidado pequeños detalles de última hora y, por regla general, se trataba de cosas sencillas con las que ella podía apañárselas sola. Diana había

aceptado sólo porque doña Remedios le había prometido que, si necesitaba algo, la llamaría y ella acudiría de inmediato.

Quique estaba muy aburrido y harto de obedecer los mandados de su madre y de Tony.

Después de almorzar se había negado a ayudarlos más y permanecía sentado en los dos peldaños que daban al jardín, mientras ambos colocaban las últimas sombrillas. Diana le había perdonado el trabajo, pero a cambio debía estar allí sentado sin hacer nada, y a eso se dedicaba.

—¡Pero qué preciosidad! —exclamó Adela detrás del niño.

La pareja se giró para saludarla.

Venía acompañada de sus dos nietos, que rondaban la edad de Quique.

—Gracias —dijo Tony acercándose mientras se limpiaba las manos con la camiseta que se había quitado por el calor y que colgaba enganchada al bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Aquí tienes las macetas que me has pedido. Creo que son lo que necesitas —le indicó tendiéndole una bolsa. Él se asomó para ver el interior. Había una docena de pequeños cuencos de barro de distintos colores. Sonrió.

—Son una maravilla, Adela. Eres una artista —le agradeció dándole un

beso en la mejilla.

La cocinera sonrió mientras cogía el rostro del muchacho entre sus manos. Hacía tiempo que no lo veía tan dichoso.

Cuando llegó al pueblo para hacerse cargo de la casa con la idea de reconvertirla en hotel rural, le gustó su actitud, pero resultaba evidente que no era feliz. Simplemente había tomado aquella decisión, alejándose de la ciudad, porque necesitaba tener la mente ocupada. Se había quedado solo en el mundo. Sus padres habían fallecido, no tenía hermanos ni más familia y al ejército tampoco podía regresar... Estaba dejando escapar su juventud

metido en un pueblo lleno de viejos gruñones, pero era inútil hablarlo con él. Era testarudo como una mula.

Desde que aquella chica y su hijo habían llegado, le había cambiado la cara. Sonreía muy a menudo; no es que antes no lo hiciera, pues era amable y no le costaba regalar sonrisas, pero no eran de felicidad como en la actualidad.

Los ojos le brillaban cuando ella le hablaba o lo miraba, y estaba continuamente pendiente del pequeño, aunque al chiquillo le costase asimilar que aquel hombre desconocido le diera tanto cariño. Por suerte poco a poco iba cambiando su actitud desafiante con él.

En definitiva, había empezado a vivir otra vez y eso era un gran logro que hacía inmensamente feliz a las personas que lo querían.

—Ari —la llamó—, ¿dejas que Quique se venga a casa a jugar con mis nietos?

Diana miró a Tony instintivamente, aunque, por lo que había podido conocer a esa mujer, se fiaba de ella. Éste asintió con media sonrisa tranquilizadora. Los nietos de Adela eran buenos chicos. Estaría bien y entretenido con niños de su edad.

—De acuerdo —accedió—, si él quiere.

El pequeño, que aguardaba en silencio, sonrió asintiendo. Estaba muy cómodo junto a su madre, pero trabajaba mucho y no había tenido oportunidad de jugar con otros niños. Le apetecía mucho.

Adela le sonrió feliz a su madre.

—No te preocupes por él. Estará fenomenal con mis nietos. Puedes ir a por él cuando desees pero, si te parece bien, prepararé algo de cenar y comerá con nosotros. Así tendrás algo más de tiempo para... —miró a Tony, quien, a un par de metros alejado de ellas, sacaba las macetitas de la bolsa y las alineaba en una de las mesas, haciendo como que

no escuchaba nada, aunque se estaba enterando de todo—... hacer lo que necesites —terminó señalando con la barbilla en dirección al hombre. Diana la miró agrandando los ojos y apretando los labios en señal de que se callara—. Y tú —le gritó a él; Diana negó sutilmente con un gesto de cabeza—, no trabajes tanto, que no es bueno para la salud —le pidió señalando a la mujer con el mentón.

Diana, intentando esconder el rubor de su rostro, se dirigió a su hijo.

—Disfruta mucho con tus nuevos amigos, ¿de acuerdo? Podrás jugar y cenar con ellos, ¿vale? —El niño asintió

feliz—. Adela cuidará de ti mientras mamá y Tony acaban de arreglar el jardín. Después iré a buscarte, pero si me necesitas, Adela llamará por teléfono a casa. Sólo tienes que decírselo.

La cocinera sonrió satisfecha. El pequeño estaba cómodo con la propuesta, aunque también vio el miedo de Diana al dejarlo marchar, a pesar de que lo disimulaba bastante bien. No sabía qué le pasaba, pero fuera lo que fuese, necesitaba respirar un poco.

—Tranquila, cielo. Estamos a dos calles de aquí. Puedes ir a por él cuando tú quieras o él lo pida —le recordó con

dulzura, procurando comprender su posición.

Quique se presentó a Iván y a Óscar, los nietos de Adela, y los tres, junto a la abuela, salieron del establecimiento.

Tony, tras despedirlos, echó la cortinilla que evitaba la entrada de insectos y, tras ella, cerró la puerta con llave.

No sabía qué podía suceder a partir de ese instante, pero tenía esperanzas puestas en aquel rato a solas que les habían regalado.

Se giró dubitativo. Estaba nervioso.

Nunca habían estado solos de verdad...

Diana miraba la puerta preocupada. Era la primera vez que se separaba del pequeño, excepto cuando lo dejaba con Tony, un hombre fuerte que podría protegerlo en caso de necesidad y, aunque le había dejado ir pues confiaba en la cocinera, el niño deseaba hacerlo y, además, no había noticias de Miguel, el miedo estaba instalado en ella a perpetuidad.

Tony se dio cuenta de su estado en cuanto la miró a los ojos.

—Estará genial con Adela. Lo cuidará como a un nieto más y a Quique le vendrá muy bien jugar con niños. Tiene que estar harto de adultos.

—Lo sé —aseguró bajando la mirada al suelo. Era consciente de ello.

El hombre caminó los escasos pasos que los separaban hasta llegar a ella. Con suavidad, cogió su barbilla e hizo que elevara el rostro para mirarlo.

—A ti también te vendrá bien un respiro, ¿no crees? Casi no os habéis separado ni un segundo desde que estáis aquí. Podrás hacer lo que quieras en este rato. Aprovéchalo. Yo terminaré de acomodar el jardín —propuso acariciando su mentón y una mejilla.

Diana cogió aire. Así era, podía subir y relajarse en su habitación, darse un baño, leer, pero no era eso lo que le

apetecía.

Asintió mirándolo a los ojos con un sentimiento de seguridad que hacía tanto que no sentía que se asustó un poco, pero siguió adelante con su idea.

Quizá no volvería a tener una oportunidad como ésa y, si de algo servía toda aquella locura, permanecer lejos de su casa y su familia, era para vivir cada instante aprovechando cada segundo; si no, ¿para qué tanto esfuerzo y sacrificio?

Sin una palabra más, se aproximó a su boca, se prendió de su cuello y lo besó.

Tony no se lo esperaba. Lo deseaba,

claro, pero resultó una sorpresa que ella tomara tan rápido la iniciativa.

Se apretó contra él con deseo, mientras deslizaba las manos acariciando sus fuertes hombros desnudos intentando no hacerle daño en las heridas que ya curaban, con un suspiro sonoro que lo excitó.

Después del episodio en el taller del garaje, le dijo que esperaría hasta que ella estuviese preparada y quisiera estar con él. Ahí tenía su señal.

Con decisión, la elevó del suelo agarrándola por las nalgas e hizo que enganchase las piernas a sus caderas. Entonces la acercó hasta la pared y fue

él quien se apretó contra ella, provocándole un gemido que explotó en su boca.

Sonrió prendado de su deseo. Era mutuo y por fin parecía que podían disfrutarlo.

Se besaron apoyados contra la pared un buen rato, hasta que Tony la llevó hasta el salón y se sentó en una silla, colocándola sobre él y excitándose ambos. Estaban nerviosos e inquietos, sus cuerpos, mojados por el sudor y el calor, pero no importaba nada más que su deseo.

Él sabía que no podían terminar allí lo que habían empezado. Adela podía

volver con el pequeño y abrir la puerta con su llave en cualquier momento o alguien podría verlos a través de las ventanas abiertas. La calle estaba llena de gente.

Apartó su rostro con cariño, cogiéndolo con ambas manos, la miró para cerciorarse de que era real lo que sentía y, tras comprobar que así era, la puso de pie ante él para incorporarse también.

—Vamos —susurró con voz profunda y sensual, impregnada de deseo. La cogió de la mano y, tirando de ella con suavidad, hizo que subiese tras él a la planta de arriba.

No era la primera vez que estaban en su dormitorio, cuando le curó las heridas de la caída en bici estuvieron allí, pero parecía que habían pasado meses en vez de días desde entonces. Las cosas habían cambiado, su relación había cambiado...

Tiró de su mano hacia el interior, empujó la puerta con el talón mientras la cogía con suavidad del cuello y devoraba sus labios.

Diana había pensado mucho en ellos dos.

Cuando llegó a aquel hotel rural, su último pensamiento era encontrar a un hombre que le pudiese interesar. Tenía

que cuidar de un niño que no necesitaba más inestabilidad en su vida y muchos problemas por resolver, pero Tony no era cualquier hombre, se lo había demostrado cada día de los que llevaban allí de mil formas distintas, aunque al principio no parecía que fuesen a congeniar.

De nuevo, el sentimiento que la invadía desde unos días atrás regresó. Si las cosas se iban a complicar más en las próximas semanas, quería conocer a aquel hombre hasta el final. Al menos se llevaría eso.

Le devolvió el beso con pasión mientras intentaba desabrocharle el

pantalón vaquero.

Tony desanudó la camisa tejana que llevaba Diana y tiró de ella hacia los lados, haciendo que se abrieran los corchetes.

Bajó la boca por su cuello hasta los pechos.

Los besó, los devoró por encima del sostén negro, haciéndola gemir y apretarse contra él.

Tony se quitó las zapatillas tirando de ellas con los talones, al igual que los pantalones.

Metió la mano por la cinturilla de los vaqueros de Diana, desabrochó el botón y los deslizó con suavidad por sus

caderas. Cayeron al suelo en un segundo.

La miró a los ojos, rompiendo el beso.

Ella sonrió, se soltó de su cuello y se quitó la ropa interior sin dudar.

Tony cogió aire. Hacía calor, y no por las altas temperaturas que ya azotaban la zona; era esa clase de calor interno que sólo se aplaca de una forma.

Se quitó su *slip*.

Fijaron los ojos el uno en los del otro mientras se acercaban para un nuevo beso.

Diana tenía claro que allí empezaba una nueva etapa en su vida. Desconocía

si sería con el hombre con el que iba a compartir el primer encuentro sexual sincero y consentido desde que Miguel perdió el norte, pero lo que sí sabía era que sería el más libre de su vida adulta, y esperaba que el primero de muchos más.

—Hace mucho tiempo que no estoy con alguien —se excusó nerviosa. Todo el ímpetu inicial se estaba desinflando debido al temor a no ser lo que él esperaba.

Tony la cogió por la cintura mientras arrastraba la otra mano por su cuello, recogiéndole el pelo.

—Shhh, tranquila. Estás perfecta.

Eres preciosa —la animó con media sonrisa sensual—. Yo tampoco he estado con nadie desde hace varios años; no encontré quien me hiciese desear estar con ella hasta que apareciste en mi casa... —Cogió aire—. Si no quieres que tengamos sexo, no lo tendremos. No hay prisa. Yo...

Diana no lo dejó acabar.

Le gustaba Tony, se entendían, la cuidaba, estaba pendiente de Quique y, además, la atraía sexualmente. No iba a perder la oportunidad de estar con alguien a quien importaba y que la hacía sentir tan bien.

Lo besó con pasión, con el deseo

acumulado de tanto tiempo sin sentirse amada por un hombre, de tantos días junto a él.

Tony la acercó a él. Estaba temblando, su piel se erizaba por donde pasaban sus manos y gemía al sentirlo.

Con delicadeza, la tumbó sobre la cama, se colocó sobre ella y, cuando creyó que estaba preparada, introdujo su pene con cuidado.

Diana agradecía la sensibilidad con la que la trataba, pero en aquella postura no estaba cómoda. Le recordaba a otros tiempos nada buenos.

Lo empujó para separarlo de ella, liberándose un poco de su peso.

Él, que no conocía los detalles de sus relaciones íntimas anteriores, pero sí algunas cosas que le había hecho su marido, se retiró de inmediato.

—Tranquila. Tú mandas —le dijo arrodillándose sobre el colchón, esperando a que ella decidiese.

Le sonrió agradecida. La entendía tanto y tan bien en ese breve espacio de tiempo que hacía que se conocían que sólo esperaba que la vida le dejase descubrir un poco más de él.

Se arrodilló también sobre la cama. Abrió las piernas para colocarse a horcajadas sobre su miembro y dejó que la penetrara.

En cuando lo sintió dentro de ella, suspiró con una mezcla de deseo, liberación, alivio y excitación que la arrolló por completo.

Tony, comprendiendo que ella necesitaba su espacio, la dejó moverse a su antojo sobre él, permitiendo que fuera ella quien marcara el ritmo mientras la acariciaba, besaba y tocaba su sexo.

Estaba contemplando el fin de una etapa y viviendo el comienzo de otra. La mujer que había entrado en esa habitación era muy diferente a la que llegaba al clímax entre sus brazos, y había sido un espectáculo maravilloso que estaba convencido que no volvería a


ver nunca más.

CAPÍTULO 13

Tras aquel encuentro mientras Quique disfrutaba jugando con los nietos de Adela, vinieron un par más en la habitación de Tony, tras dormirse el niño.

Diana estaba en una nube. No podía

creer que hubiese perdido tanto en la vida en muchos aspectos, demasiados... Aquella huida estaba significando mucho más de lo que cabía esperar. Ahora sólo quedaba ver si acababa bien.

Las fiestas habían comenzado ese día en Cid y los huéspedes llenaban el pequeño hotel rural.

Todo era perfecto. La gente del pueblo se divertía feliz y los forasteros se mezclaban con ellos en el bullicio de sus calles engalanadas, Diana, Tony y Quique incluidos.

* * *

Mientras tanto, en la ciudad, Miguel, suspendido de empleo y sueldo hasta que se terminase la investigación por la desaparición de parte de la droga decomisada en una de sus operaciones, se sentía como un león enjaulado en casa.

No paraba de darle vueltas a los posibles paraderos de Diana. Había estado haciendo averiguaciones e intentado encontrarla por todos los medios, pero sin hallar ni rastro de ella; sin embargo, no había denunciado la desaparición. Tras pensarlo detenidamente llegó a la conclusión de que, si ella hablaba, estaba perdido, y ya

tenía suficiente con las acusaciones laborales.

Puso las noticias para saber si se decía algo de la investigación en curso en la que lo implicaban. Había demasiados acusados como para no llamar la atención de los medios de comunicación, pero de momento la policía había conseguido mantenerlo en secreto.

Volvía de la cocina, de recoger el envase de pasta preparada que había calentado en el microondas, cuando oyó que hablaban sobre las fiestas patronales que plagarían los pueblos de toda España durante el verano.

No era ningún tema relevante que le llamara la atención, así que sólo levantó la cabeza de la comida por curiosidad. Fue entonces cuando uno de los niños que salía al fondo de una de las imágenes sí lo hizo.

En cuanto se dio cuenta de lo que podía haber visto, puso a grabar el programa.

Rebobinó la imagen al menos tres veces, hasta que confirmó lo que sospechaba. Anotó el nombre de la población que aparecía en el faldón inferior de la noticia y lo tecleó en el móvil.

Era un pueblo situado a pocos

kilómetros de Madrid.

—Te encontré —dijo al televisor con una sonrisa cargada de malicia.

* * *

Tony no lo hacía habitualmente pero, en ocasiones especiales, cerraba la puerta del hotel y daba llaves a sus huéspedes. Era el caso de aquellos días. Las personas que se alojaban en su establecimiento eran familiares de vecinos del pueblo que habían venido a pasar unos días junto a ellos para las celebraciones y a los que conocía desde hacía muchos años.

Era viernes y el día grande de fiestas. Esa tarde tendría lugar una bonita procesión por las calles del pueblo, a la que solía ir casi todo el mundo para, después de encerrar la imagen de san Antonio en la iglesia, celebrar el baile en la plaza.

Eulogio había sacado una barra de bar fuera de su local, en la puerta que daba a la plaza, para atender al público sin que éste tuviese que entrar dentro mientras esperaba la llegada del santo y disfrutar de la orquesta que tocaría después.

Según le había explicado doña Remedios a Diana un par de días antes

en la tienda, había una tradición en Cid por la que pasaban todos los niños nacidos durante el año, así como los que asistían de fuera del municipio, siempre que sus padres lo desearan.

Se levantaban dos arcos de romero, uno en la puerta de la iglesia y otro en el centro de la plaza. Este último era el más especial, puesto que lo formaban cuatro arcos o puertas de acceso, dejando un espacio amplio en el centro bajo el que el santo realizaba una larga parada en su recorrido y sobre el que se colocaba, en el centro, una cruz de cristales de colores.

El arco estaba decorado con limones

y rosquillas que colgaban de él, en referencia a la realidad agridulce de la vida. Los cítricos se usaban como símbolo de fertilidad, pureza y fidelidad, además de asegurar pareja si se pasaba por debajo estando soltero o soltera. Los dulces representaban el trabajo y la prosperidad, una ofrenda al santo para que al pueblo y a sus gentes no les faltase el sustento.

Diana escuchó cada detalle con suma atención y decidió llevar a Quique a verlo para no perderse aquella tradición tan curiosa y bonita.

Era creyente, aunque no muy devota, y de un tiempo a esta parte sí pensaba en

Dios y en su providencia para que le echase una mano. Falta le hacía si quería salir del lío en el que estaba metida.

Remedios se había encargado de contarle a Tony el interés de la chica por disfrutar de sus tradiciones y él, que cada día se estaba enamorando más de ella, no dudó en acompañarla junto al pequeño para explicarle cuanto acontecía.

Se habían vestido de forma elegante para la ocasión, como hacían los vecinos.

«Tienes que ponerte la ropa de los domingos, hija. Quique también. No olvides *aviaros* bien, que todo el mundo

va muy *arreglao»,* le había ordenado la anciana.

Y allí estaban Quique y Tony en vaqueros y camisa a pesar de las altas temperaturas veraniegas de La Mancha. El hombre doblaba las mangas de tela azul celeste del crío hasta casi el codo, para aliviarlo un poco del calor, cuando la vio bajar.

—Mamá —susurró el niño, admirando a su progenitora—. ¡Qué guapa!

Tony no tenía palabras. Acostumbrado a verla vestida de manera informal, con aquel vestido ligero de flores de colores, abotonado de arriba

abajo, con pequeño escote de pico, vuelo en la falda, ajustado en el talle y manga corta caída sobre el hombro, le pareció ver a una mujer diferente. Calzaba unos divertidos zapatos de cuero oscuro con suela de esparto y plataforma, y llevaba un pequeño bolso cruzado a juego.

Se había dejado suelto el pelo y se apreciaba un ligero maquillaje muy natural en su rostro, pero que resaltaba sus ojos, delineados con lápiz negro y con rímel en las pestañas.

—Guau —murmuró el hombre cogiendo aire.

Diana sonrió, mordiéndose el labio

inferior tras dar una vuelta sobre sí misma al bajar el último escalón, para tontear con el vuelo del vestido.

Tony le devolvió la sonrisa. Estaba preciosa, radiante, feliz.

—Espero que a Remedios y Adela les parezca suficiente —contestó a los halagos en un suspiro.

En la huida de su hogar había dejado atrás muchos vestidos, trajes, zapatos... Lo material no tenía sentido en la vida si no lo podías disfrutar, así que se había llevado lo justo y necesario para vivir.

—Lo es —afirmó Tony acercándola hasta él, pero justo antes de besarla se contuvo. El chaval los observaba y no

quería provocar un conflicto innecesario. Esa noche era para pasarlo bien los tres juntos.

Diana, que había hablado con Quique durante los días posteriores a que los encontrara en actitud cariñosa, le había hecho ver la diferencia entre su padre y aquel buen hombre que lo ayudaba, lo acompañaba y hacía sonreír a su mamá.

El crío era muy listo y sabía de sobra todo eso, sólo que tenía miedo a que les hicieran daño otra vez, nada más. Tony le gustaba.

Ella se acercó a su boca y lo besó. La risa del niño los hizo reír también.

Parecía que las cosas se asentaban y tomaban forma poco a poco.

—¿Preparados? —inquirió el hombre mientras el aviso de las campanas de la iglesia repiqueteaba por todo el pueblo—. Tenemos que caminar un ratito.

Madre e hijo asintieron y, tras cerrar la puerta del hotel con llave, se marcharon.

* * *

La carretera de acceso al pueblo estaba cortada. Según la policía, al menos durante una hora.

La procesión de san Antonio estaba saliendo de la iglesia, situada a la entrada de la población y junto a la calzada, por lo que, debido a la afluencia de público, tanto de Cid como de los pueblos de alrededor, era mejor parar el tráfico hasta que el recorrido se adentrara en el municipio, evitando así cualquier percance.

Miguel, cansado de esperar en la fila de coches, imitó a un par de ellos, que hicieron un cambio de sentido para adentrarse luego por un camino que iba al cementerio, y aparcó en un lateral.

Se bajó del vehículo nervioso. Estaba deseando encontrar a su mujer y

llevársela a casa fuera como fuese. ¿Quién se había creído que era? ¿Por qué se empeñaba en dejarlo en ridículo una y otra vez? Estaba harto de su actitud combativa. Lo que aún no se explicaba era cómo se había atrevido a irse con el niño sin su permiso, cómo había tenido la osadía de desaparecer de su vida.

Sus sentimientos se debatían entre la ira —por su marcha, por la tesitura en la que lo había puesto ante la gente que los conocía, en su trabajo, obligándolo a inventar excusas y dar explicaciones— y los celos, que siempre estaban presentes, fueran infundados o no...

Se aseguró de llevar el arma reglamentaria con el seguro puesto en la cinturilla del pantalón, tapada con la camisa que llevaba suelta para disimular.

Se pasó las manos por la cara, después éstas por los vaqueros para secarlas, cerró la puerta del coche, guardó las llaves en el bolsillo y siguió a la multitud.

* * *

Tony, Quique y Diana caminaban por la calle que llevaba al parque anterior a la plaza de la iglesia, cuando vieron

cómo el santo salía porteado en su carroza, aunque el hombre les había contado que antiguamente lo llevaban los anderos sobre los hombros.

Una banda de música acompañaba el paso, así como los hermanos de la cofradía, que se aseguraban de que la marcha fuese bien mientras esperaban su turno para, por orden de lista, hacer el relevo para empujar la carroza con el altar sobre el que descansaba san Antonio.

Cuatro lámparas clásicas, parecidas a las de mesa, con pie corto que se abría en seis brazos decorados con tulipas de cristal, iluminaban las cuatro esquinas

del pequeño altar, así como una corona de luz que nacía del pedestal de la imagen y rodeaba al santo.

Acompañado de exquisitos arreglos florales, san Antonio llevaba delante un asiento decorado con cojines rojos de seda con los bordes ornamentados con hilo dorado.

—¿Para qué son los cojines? —preguntó Diana admirando el paso.

—Ya lo verás —contestó Tony, mirándola feliz por su interés.

Hacía muchos años que no iba a la procesión de la que su madre era ferviente devota. Creía que, si Dios hubiese existido, lo habría ayudado

cuando Sebas murió por su «fuego amigo», y no lo hizo... ni tampoco cuando sus padres fallecieron con dos meses de diferencia por sendos cánceres cuatro años atrás... Pero Diana le había dado la ilusión que le faltaba para disfrutar de lo que un día fue su hogar, su sitio y sus tradiciones.

El olor a incienso quemado, al romero del arco de la iglesia que lo impregnaba todo, así como la música de la banda lo llevaron de un recuerdo a otro haciéndolo sonreír.

Podía ver a su madre entre la multitud, aunque ya no vivía; podía oler su perfume, oír sus cánticos susurrados

porque creía que desafinaba; podía percibir cómo le apretaba la mano para hacerle parar sus pasos para asistir a las *posas*, las paradas que durante el recorrido se hacían para relevar a los anderos y que descansaran sus hombros dejando el altar sobre palos, algo que en la actualidad suplía la carroza que ahora empujaban por las calles del pueblo los hermanos cofrades.

El paso caminó hasta el arco en la entrada de la iglesia y, tras superarlo, un señor comenzó a nombrar a personas que iban apareciendo entre la multitud y cambiándose con los que habían llevado el paso el tramo anterior.

Diana, Quique y Tony asistían al acontecimiento como si de cualquier otra familia de la localidad se tratara. Ella, cogida de la mano de él; el niño, delante de ambos, mientras Tony le acariciaba un hombro y el pequeño se recostaba contra su pierna y cadera, levantando la cabeza para preguntar todo cuanto deseaba saber sobre lo que veía.

Miguel, oculto entre la multitud, estaba cegado de ira.

Diana estaba feliz, sonriente, acariciando a aquel tipo como nunca lo había hecho con él —algo que no era cierto, pero que sus actos y palabras

habían borrado de la memoria de todos, sobre todo de la suya— y su hijo estaba con ellos como si no fuese grave su comportamiento.

Se apartó un poco para templar los nervios y no ver más.

Los había localizado porque estaban apartados del gentío, subidos a la acera frente a la iglesia.

Respiró hondo un par de veces y volvió a espiarlos.

Él le pasó la mano por la cintura a Diana, ella lo miró con sensualidad y se besaron.

Miguel sintió cómo la traición le rompía el corazón.

Ella era su mujer, suya y de nadie más. Si lo quería o no, no importaba. Se habían casado y el matrimonio era sagrado.

—Juntos hasta que la muerte nos separe —susurró mezclándose entre la gente para no perderlos de vista cuando vio que se incorporaban al paso.

CAPÍTULO 14

Tras acompañar al santo desde su salida de la iglesia, Tony abandonó el paso un tramo antes de llegar a la plaza junto a Quique, dejando a Diana con Adela y doña Remedios. La plaza estaría a rebosar y debía adelantarse para avisar

a don Eulogio de la llegada inminente de la procesión, para que quitase la música ambiente del bar y recibir al santo con el respeto que merecía.

El pequeño se aburría un poco, ya que el recorrido se le estaba haciendo algo pesado una vez descubiertos los secretos que envolvían la tradición.

Miguel vio cómo aquel tipo se marchaba con su hijo mientras ella se quedaba con las mujeres.

Estuvo a punto de ir tras él y arrebatarle al niño, pero lo pensó mejor y decidió esperar otra oportunidad para llevar a cabo su plan inicial.

Aguardó a pocos pasos de ella,

llegando incluso a poder escuchar la conversación que en voz baja mantenía con las dos lugareñas.

—Entonces, ¿eres feliz? Es el mejor hombre que podrás encontrar en la vida. Te lo digo yo, que lo conozco como si lo hubiera parido —decía la más joven de ambas, dando una palmadita cariñosa a la mano que se sostenía en su brazo. La habían colocado entre las dos para hacerle un buen interrogatorio.

—Lo sé. Lo vivo —contestó escueta, porque le daba vergüenza hablar de aquello y más en la procesión. No era el momento.

—Ese hotel resultó su salvación,

pero le faltaba vivir. Ahora ya lo tiene todo, si decides quedarte. Te aseguro que él cuidará de ti como te mereces —añadió Remedios, emocionada.

Diana se sonrojó bajando la cabeza, antes de girar el rostro para mirar a la anciana con una gran sonrisa.

A Miguel aquellas palabras lo dejaron sin aliento. ¿Estaba pensando irse con ese tío? ¿Quedarse allí con su hijo y vivir con él?

Se salió del recorrido y, por la primera calle que encontró, echó a correr. Necesitaba desfogarse y pensar. Aquello de lo que hablaban esas mujeres no iba a suceder mientras él

viviera. Quique y Diana volverían a casa con él. Punto final.

Llegó a un callejón sin salida y, tras dar un puñetazo a la pared que le amorató de inmediato los nudillos y lo hizo gruñir de dolor, se dejó caer en el suelo para recuperar el aliento.

Diana no podía dejarlo. Sin ella no era nada, la vida no funcionaba. Sólo se le había ido la mano un par de veces, quizá alguna más... Durante la última se le fue la cabeza y golpeó también al pequeño... Eso no se lo perdonaría jamás, pero ella no fue capaz de callarse, se enfrentó a él y lo sacó de sus casillas.... Tenía que perdonarlo. Debía

perdonarlo y regresar...

En medio de todos esos pensamientos y sentimientos, recordó la conversación que acababa de escuchar y la analizó como hacía con los datos de cualquier caso policial que tuviese entre manos.

Aquel tío tenía un hotel. En un pueblo como aquél no debía de haber muchos alojamientos.

Viendo una salida a su locura, sacó el teléfono móvil y buscó los datos hosteleros en Cid.

Como sospechaba, sólo había uno. Buscó la ruta en Google Maps.

En la plaza, ajenos a todo aquello,

Quique y Tony llegaban al bar de Eulogio.

—¡Tony! Qué bien te veo, chaval —lo saludó el anciano a la vez que levantaba la mano desde el otro lado de la barra.

—Eulogio, en cinco minutos los tienes aquí —lo informó de la proximidad de la procesión mientras le estrechaba la mano.

—¡Niño! —gritó éste al camarero, que atendía al fondo a unos clientes—. Quita el *Despacito* ese de una vez, que me tienes frito, y que no se te ocurra poner nada más, que ya vienen.

El muchacho, riéndose por el

comentario, apagó la música y continuó atendiendo.

—Quique, ¿quieres un zumo? —preguntó Eulogio al niño. Éste asintió—. Marchando un zumito para el tunante.

Tony y el chiquillo se rieron. Era costumbre de los ancianos usar esa palabra para referirse a la gente espabilada, y al pequeño le encantaba que se lo dijeran desde que había descubierto su significado.

Cada vez más gente llegaba a la plaza y Tony, sabiendo lo que se avecinaba, cogió a Quique en brazos, lo sentó en una esquina de la barra y se colocó junto a él.

—Desde aquí lo veremos todo sin molestar a nadie —le comentó señalando la arcada de romero que presidía la plaza y donde colocarían a san Antonio cuando llegase. Quique le sonrió. Tony le devolvió el gesto—. ¿Te están gustando las fiestas? —le preguntó mientras le cogía a Eulogio el zumo de la mano y se lo entregaba al niño.

—Sí. Me lo estoy pasando superbién aquí. No me quiero ir nunca —confesó como si no fuese importante, pero para él lo era, y mucho.

Si era feliz, Diana también lo sería, y era probable que pudiesen plantearse juntos una vida, si ambos querían. Él

estaba deseando hacerlo, poder cuidarla como se merecía, apoyarla, mimarla, amarla...

Cuando tienes veinte años parece que todo tiene que ir despacio, ser cauto, pensar en el qué dirán los demás, no saltarte las normas... Acercándose a la cuarentena y sin tener que dar explicaciones a nadie, no tenía ganas de perder el tiempo. Bastante lo había hecho ya. Se hacían felices el uno al otro, ¿a qué iban a esperar?

—No sabes lo que me gusta oír eso —le susurró mirándolo a los ojos.

—Sí que lo sé. Te gusta igual que a mamá, porque así podréis estar juntos.

Tony rio a carcajadas ante la lógica del muchacho, provocando que Eulogio y unos cuantos ancianos más del pueblo se girasen para mirarlo.

Hacía tantos años que no era feliz que tenía a todo Cid pendiente de lo que acontecía en su vida en las últimas semanas, como si de la telenovela de las tardes se tratara. Era consciente de ello y, aunque en parte le daba vergüenza, lo hacía sentir bien saber que tanta gente lo quería, lo cuidaba y lo acompañaba en la vida, a pesar de estar solo.

Así son los pueblos. Casi todos son una familia y se cuidan como tal, aunque no lo sean de sangre.

—Quién te ha visto y quién te ve —le dijo otro viejo que, tras coger su botellín, le tocó el hombro con cariño—. Me alegro de que esa forastera y este mozalbete te hagan feliz. A tu madre le encantará verlo desde ahí arriba.

Dicho esto, se marchó, dejándolo reflexivo. Desde hacía días le dedicaban frases parecidas que lo habían hecho pensar mucho en sus padres, en sus raíces, y arrepentirse una y otra vez del tiempo perdido con ellos, enfadándose por no tener los mismos puntos de vista... No iba a permitir que le sucediese de nuevo con quienes amara.

—Allí está mamá —anunció el

pequeño, sacándolo de sus cavilaciones.

Tony miró en la dirección que señalaba Quique.

Diana caminaba junto a Adela y Remedios, cogida de sus brazos, como si perteneciera a las gentes del pueblo y hubiese compartido con ellas más tradiciones como aquélla.

—Es preciosa —le dijo Eulogio tras la barra, pegándose a su oído— y lo más importante, una buena madre. No dejes que se te escape, porque a la mujer de tu vida la encuentras tan sólo una vez.

Tony asintió sin apartar la vista de Diana. Sus miradas se encontraron a pesar de la distancia.

No la retiraron el uno del otro hasta que el paso llegó al centro de la plaza y colocaron al santo en el medio de la arcada de romero.

Aprovechando que todos los asistentes se situaban alrededor de aquel lugar, Diana fue a su encuentro.

Le sonrió al llegar hasta él. Tony la cogió de la cintura y, sin esperar su permiso, la besó.

Ella le devolvió el beso cogiéndose también de su cintura, aun sabiendo que todos los allí congregados la tenían bajo vigilancia continua, pero era sólo por el amor que le tenían al hijo de don Antonio. No querían ver sufrir más al

hijo del médico.

Ese beso fue diferente. Diana sintió su fuerza, la decisión en su aliento. Abrió los ojos para mirarlo sin romper el beso. Él también, como si lo supiera. El fuego de sus iris marrones clavados en los suyos la sacudió de arriba abajo.

Cuando estuvieron satisfechos, se apartaron ligeramente.

—¿Estás bien? —le preguntó sintiendo el cosquilleo en la piel donde sus manos la acariciaban sobre el ligero vestido.

—Mejor que nunca —susurró con un sensual tono de voz lleno de promesas.

Diana cogió aire, intentando

disimular su excitación. Quique estaba pendiente de todo, no sólo los vecinos.

—¿Me invitas a una cerveza? —le preguntó acariciando su rostro con barba de un par de días como siempre lucía.

Tony dejó un rápido y dulce beso en sus labios antes de pedir las bebidas en la barra.

—¿Qué hacen ahora? —preguntó el niño, señalando el lugar donde se congregaba la gente.

—Colocan a los bebés que han nacido a lo largo de este año en ese asiento de cojines para que san Antonio los bendiga —explicó recordando las fotos que en todas las casas de Cid

presidían los salones. Los pequeños de la casa vestidos de gala y subidos a aquel altar ante la imagen del santo—. Además, el arco está decorado con limones y rosquillas que significan fertilidad, prosperidad, trabajo y pureza. Es una tradición que todos los niños de Cid se sienten bajo el arco para que tengan un futuro de bien. Es el acontecimiento más importante del año para todos.

—¿Y ese niño? —preguntó Quique viendo que unos padres ayudaban a subir a uno de una edad similar a la suya.

—Todos los papás que no son de

Cid y vienen a ver la procesión por devoción al santo pueden subir a sus hijos, tengan éstos la edad que tengan —le contó sonriéndole. Le gustaba el interés que mostraba por sus tradiciones. Era un niño curioso con su entorno y quería conocerlo.

—Mi mamá no me puede subir —apreció con visible tristeza—. Está muy alto.

Diana miró a su hijo y después a Tony.

—¿Quieres subir, Quique? —le preguntó él, interesándose por su inquietud.

—¿Quieres subir? —insistió Diana

—. Es una tradición religiosa y nosotros, aunque somos creyentes, no solemos acudir a las celebraciones ni eucaristías.

—Pero quiero subir. Necesitamos ayuda por si acaso nos tenemos que volver a ir deprisa... Tony me gusta. No me quiero marchar de aquí. Súbeme y así seguiremos teniendo suerte.

Diana lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

Era pequeño, pero su mentalidad había madurado demasiado rápido debido a las circunstancias. Había conocido una parte de la crueldad de la vida que ya no podían obviar y eso la

desgarraba el alma.

Tony vio cómo se quedaba helada ante las palabras de su hijo, sin saber qué decir. Era muy duro escuchar aquello desde fuera. Siendo su madre, no quería ni imaginarlo.

—Yo te subiré, si tu madre quiere —se ofreció haciendo que el chiquillo le sonriera y se abrazara a él. El gesto lo emocionó. Lo cogió en brazos—. Te prometo que yo no os abandonaré y siempre podrás contar conmigo, aunque los adultos dejemos de querernos, ¿vale, campeón? —le susurró, emocionado, al oído. Quique se apretó a él, abrazándolo más fuerte.

—Vamos —dijo Diana con un nudo en la garganta, dando su consentimiento para acudir a los pies del santo.

Los tres caminaron hasta el altar. Quique, subido en un brazo de Tony, y Diana, de la mano del exmilitar.

Todo el pueblo los observó durante el breve recorrido, incluso les dejó paso hasta que llegaron a la altura de don Ramón, el párroco de la iglesia.

—Adelante, Tony —le indicó el clérigo con una amplia sonrisa, animándolo a dejar a Quique sobre los cojines.

Así lo hizo. Con cuidado, dejó al niño allí sentado, mientras que con una

mano lo sostenía de la cintura para evitar que se cayera.

El pequeño miró alrededor, observando los cítricos y dulces que colgaban de la arcada, tal como Tony había contado, así como la cruz de colores que refulgía en lo alto de los arcos y la corona que brillaba tras él rodeando al santo.

Miró a su madre y sonrió.

Diana lo observó, contenta de verlo feliz, aunque le hubiesen dolido las palabras que le había escuchado decir momentos antes.

Se fijó en la mano fuerte que lo sostenía para no dejarlo caer y, por

primera vez en mucho tiempo, no se sintió culpable de privar a su hijo de la compañía de su padre. Miguel no lo era, aunque fuese quien lo engendró. No lo respetaba, ni jugaba con él, ni le enseñaba a crecer como persona. En cambio, aquella mano que lo sostenía, lo había hecho durante aquellos días de huida. Tony había sido más padre que Miguel en ese corto período de tiempo, a pesar de que al principio Quique sintiese cierto recelo por él debido a su experiencia anterior.

Observó su rostro sonriente, con su mirada y la del niño conectadas, y supo que aquél era su lugar en el mundo.

Tony era su lugar en el mundo.

CAPÍTULO 15

La procesión había continuado hasta la iglesia. Después de la congregación en la plaza, todos acompañaban hasta allí a san Antonio y, dentro de ella, realizaban su peculiar recorrido hasta el altar. Los cofrades empujaban la carroza dos

pasos hacia delante y uno hacia atrás, haciendo aquel momento dentro del santuario muy especial y emotivo, acompañando el paso con la banda de música, que no paraba de tocar hasta que lo colocaron en el altar.

A la salida, el pequeño Quique se encontró con sus amigos Óscar e Iván, y todos juntos regresaron a la plaza, donde el baile estaba a punto de comenzar.

En cuanto pusieron un pie en ella, las mujeres se llevaron a Diana a un lado junto con los niños. Los hombres hicieron lo mismo con Tony. Todos querían saber de ellos, preguntarles sobre sus planes y por qué el chiquillo

había decidido subir a las andas del santo.

A Diana la situación le pareció divertida. Adela y Remedios llevaban mucho tiempo intentando que estuviesen juntos y ahora se sentían un poco propietarias de la relación. Su niño y la forastera juntos. Todo era de telenovela.

El hombre, cansado de beber cerveza, se escapó de su propio interrogatorio y, al ritmo del pasodoble que sonaba, cogió a Diana por la cintura.

—Señoras, con su permiso me llevo a mi chica a bailar. Quique, pórtate bien y haz caso a Adela, ¿vale? —le pidió;

éste levantó el pulgar conforme para, al segundo, regresar al juego de canicas que había montado con sus amigos en un rincón de la plaza libre de paso y de cualquier peligro, con las mujeres vigilándolos sentadas en un poyete de azulejos cercano.

Sin más, la cogió de la mano y tiró de ella mientras oyeron un «disfrutad tranquilos» relajante.

En mitad de la plaza, Tony hizo dar una vuelta sobre sí misma a Diana para después coger su cintura y comenzar a bailar el pasodoble clásico español, que no podía faltar en ninguna fiesta.

Ella, que hacía años que no bailaba

con una pareja cómplice y mucho menos un pasodoble, disfrutó de cada paso, de cada caricia de las fuertes manos del hombre que le robaba el aliento sobre su piel y, sobre todo, de la libertad que sentía estando con él, ajena a la realidad que se precipitaba a su alrededor.

Después de aquel pasodoble vino otro, pero después la orquesta cambió a la música latina, deleitando al público con bachatas y salsa para continuar con la fiesta.

Les acercaron unas cuantas cervezas para que bebieran, así como alguna bota de vino tradicional para calmar la sed entre canción y canción.

Quique, que jugaba con sus amigos, levantó la cabeza al escuchar *Hey Ma,* canción que a su madre le encantaba y bailaban juntos, descalzos en el salón, a pesar de saber que su padre podía aparecer en cualquier momento y quitársela.

Estaba feliz, radiante, divertida, mientras la cantaba y bailaba junto a Tony. Remedios y Adela se daban codazos sin quitarles ojo de encima.

—¿Lo habías visto alguna vez así? —preguntó la cocinera refiriéndose al hombre.

—No. ¿Y tú?

Ambas se miraron, sonrientes. ¡Por

fin había encontrado a alguien!

La pareja bailaba muy bien y todos los observaban. Ellas, envidiando a la chica que había seducido al soltero de oro, y ellos, sorprendidos con Diana. Parecía más tímida tras el mostrador de la tienda.

Tony cogió aire cuando Diana bailó muy sensual la estrofa de Camila Cabello. Sabía que lo era, pero, verla siguiendo el ritmo de la música tan desinhibida y feliz, resultó todo un espectáculo.

Todos los aplaudieron al acabar esa canción, para con rapidez sumergirse en otra.

Entre risas y música fue pasando el tiempo y Diana necesitaba ir al hotel a cambiarse de zapatos. Con aquellos ya no aguantaba, a pesar de no ser demasiado altos.

Quique decidió quedarse a jugar con sus amigos bajo la vigilancia de doña Reme y Adela. A ella le pareció bien. Tony se dispuso a acompañarla al hotel con la promesa de estar un rato a solas antes de regresar a la fiesta.

Se alejaron en dirección a la calle que subía a la gran casa.

Cuando él supo que no los verían, tiró de su mano hasta un escondite tras una farola y un hueco en una pared.

Necesitaba besarla sin interrupciones, sin presión, con calma, y allí estaban a oscuras.

Cogió su cintura entre risas y besos.

—¿Qué haces? —susurró Diana en sus labios.

—Aquí no nos verá nadie y puedo tenerte sin ser espiado —confesó cogiendo una de sus largas piernas desde el muslo y, sosteniéndola junto a su cadera; apretó su sexo contra el de ella.

Diana gimió sintiendo su excitación y lo asió de la nuca con fuerza para no caer.

Tony la miró con media sonrisa

traviesa en los labios mientras su boca descendía hasta uno de sus pechos. Lo mordió con cuidado sobre la ligera tela del vestido.

La mujer, con la respiración entrecortada, jadeó dejándolo hacer.

—No hagas nada que no puedas acabar. No te dejaré ir hasta que termines —lo amenazó.

Él sonrió lascivo mientras se incorporaba para volver a besarla. Giró sus posiciones y la apoyó contra la pared.

Se desabrochó el cinturón, los pantalones y, tras dejarlos caer, se bajó los bóxers negros.

Ella rio ante la escena. Estaba muy nerviosa y él era capaz de cumplir, aunque fuese allí, así, como hubieran hecho en su juventud a falta de una cama, un coche o una casa donde practicar sexo.

Con ambas manos acariciando los muslos de Diana, fue subiendo el vestido poco a poco hasta que llegó a su ropa interior. La bajó hasta la rodilla.

—Sólo sácala de un pie —le dijo refiriéndose a las braguitas.

Ella obedeció y, cuando dobló la pierna para sacar la prenda, él aprovechó para acercar el pene excitado a su sexo.

La penetró con suavidad las primeras veces, para después corresponder a las exigencias que le susurraba al oído.

—Más, más, más... —le pedía con deseo.

Tony obedeció hasta que ambos llegaron al clímax, sosteniéndose el uno al otro.

Sus respiraciones excitadas se mezclaban con risas espontáneas que intentaban que no se oyeran en el silencio de la calle. Nadie los podía ver, pero sí oírlos, y ya eran adultos como para comportarse así.

Él se agachó para ayudarla a

colocarse la ropa íntima en su sitio. Cuando se incorporó, Diana cogió su rostro entre las manos, acariciándole el pelo y la barba, las orejas, el cuello... Tony cerró los ojos, disfrutando de ello. Se sentía como un veinteañero descubriendo el amor, porque en parte así era. La vida militar le había quitado muchas cosas de su juventud, a pesar de que entrar en el ejército fue una decisión personal. Esa noche había recuperado algunas.

—Te quiero —le susurró observando su expresión gracias a la luz de la luna que comenzaba a iluminarlos. Quería ver cómo cambiaba cuando la

oyera declarar eso.

Tony abrió los ojos de golpe. Cogió aire y lo soltó como si fuese lastre del que se deshacía.

Llevaba días pensando que era una locura lo que sentía por aquella mujer en tan poco tiempo, pero allí estaba la respuesta. No estaba loco o lo estaban ambos.

La vida tiene etapas y no a todos nos vienen en el mismo orden. Eran adultos que estaban cerca de la cuarentena, con una vida a cuestas o heridas que los habían cambiado, enseñado, curtido. ¿Para qué esperar a vivir?

—No sé qué va a pasar cuando mi

situación estalle pero, por si no vivo para contarlo... te quiero y, aunque no estés preparado para asumirlo, necesito decirlo en voz alta...

—No digas eso... no... —la interrumpió incapaz de soportar esa idea. Aquel tipo no iba a hacerles daño. Ya se había encargado de ello. Debía calmarse para decir lo que deseaba—. Debo estar igual de chiflado que tú... —dijo acariciándole las mejillas, aún cubiertas del rubor del sexo—. Yo también te quiero.

Se sonrieron el uno al otro. Él, por encontrar con quién caminar en la vida; ella, por vivir por fin el amor de verdad,

la conexión con la persona que te complementa y te hace crecer, creer en ti mismo.

Se besaron de nuevo, sellando sus palabras, abrazados hasta que unas voces los alertaron de que alguien se acercaba.

Con cautela pero deprisa, Tony cogió a Diana de la mano y la sacó del escondite simulando que daban un paseo en dirección a casa.

—¡Tony! —llamó alguien que corría desde la plaza hacia ellos. Se giró para ver de quién se trataba.

—¿Qué pasa, Andrés? —preguntó al camarero del bar de Eulogio.

—¿Puedes venir un momento? Se ha descolgado un extremo de la barra del pedestal donde estaba colocado por culpa de un par de gilipollas que casi nos desarman el chiringuito. Dice Eulogio que tú sabes cómo volver a subirla sin tener que desmontar nada.

Tony asintió. No era la primera vez que pasaba desde que estaba allí.

—Voy a echarles una mano antes de que se les rompa el grifo de cerveza. Enseguida voy a buscarte. ¿Estarás bien?

Diana, que se sentía segura desde que estaba con él, pronunció un «sí» decidido que hizo que se separasen a

unos pocos metros del hotel tras un rápido beso de despedida.

Feliz por lo que se acababan de confesar y hacer en aquel escondite improvisado, caminó sonriente hasta los peldaños de entrada a la gran casa.

Abrió la puerta.

En cuanto puso un pie dentro, supo que no estaba sola. Aquel olor a perfume masculino sólo podía pertenecer a una persona.

Miguel.

CAPÍTULO 16

Tony empleó toda su fuerza para sostener aquella mole, mientras Andrés seguía sus instrucciones y conseguía ensamblar la pieza que hacía que no volcara la barra de bar de Eulogio.

Cuando todo encajó, se sentó en el

suelo pare reponer fuerzas, a la vez que el anciano se acercaba a él con un botellín bien frío de cerveza.

—Los años no perdonan, Tony. Te veo resollando por un esfuerzo de nada. ¿Demasiado ejercicio hoy? —preguntó socarrón, mientras levantaba las cejas repetidas veces, refiriéndose a los bailes que le había visto disfrutar junto a Diana en la plaza.

—Eulogio, no te contesto una grosería porque te quiero mucho —le dijo pensando más en el encuentro del escondite del callejón que en las bachatas, antes de dar un buen trago a la bebida para calmar la sed del esfuerzo.

El viejo se carcajeó.

—Gracias, niño. Sin ti esto no funcionaría. No sé cómo lo hicimos los años que nos faltaste por aquí. Siempre estás cuando se te necesita, igual que tu padre.

Él, emocionado por la mención a su progenitor, negó con la cabeza. Era un exagerado. Siempre se las habían arreglado a la perfección y seguirían haciéndolo con su ayuda o sin ella.

Reía mientras se levantaba, cuando su móvil comenzó a vibrar en el pantalón.

Lo sacó alegre y despreocupado del bolsillo.

Miró la pantalla.

Su semblante cambió en cuanto vio el nombre de la persona que llamaba.

—Dime —contestó con seriedad, dejando la cerveza sobre el mostrador que acababa de reparar para separarse del gentío.

—Ha salido de la ciudad. Instalamos un *rabo* de seguimiento en su coche y lo hemos detectado a las afueras de Cid. Siento no haberte llamado antes, pero estaba en un operativo y no disponía aún de la información —explicó Nick con precisión, pero muy preocupado por su amigo. Sabía en propia piel lo que se sentía cuando estaba en peligro alguien a

quien amabas y, por lo que le había contado en la conversación de días atrás, estaba muy enamorado del objetivo—. Está ahí, Tony. ¿Dónde se encuentra ahora su blanco? —preguntó intranquilo—. ¿Está contigo?

El exmilitar enmudeció al instante, mientras el corazón se le disparaba a toda velocidad.

—Son dos blancos —lo corrigió buscando entre el gentío. Localizó a Quique, que jugaba tranquilo con los nietos de Adela, flanqueado por todas las ancianas del pueblo. Era mejor no alarmarlos.

—¿Están contigo? —insistió el

Delta Force.

—Ella no —dijo en un susurro, asumiendo la realidad.

—Tienes que encontrarla de inmediato. La policía tiene el aviso, pero tardará en llegar. Nunca lo denunció y no hay constancia de malos tratos, por lo que no hay activado ningún protocolo para repeler la agresión. No hay medidas tomadas al respecto. No te demores. Me ha comentado mi contacto en la policía que está bastante nervioso por los últimos acontecimientos de su vida laboral. Debéis protegeros de él. Puede cometer una locura en cualquier momento.

—Copiado —le contestó como acostumbraban en el ejército en otros tiempos.

—¿Tienes armas? Va armado, Tony —lo alertó—. Lleva la reglamentaria, como poco —informó refiriéndose a la pistola que llevaban todos los policías.

—Están en el hotel. No llevo armas encima. No era necesario —intentó excusarse. Los recuerdos de lo que le pasó, la muerte de su compañero por culpa de un disparo que quizá no debió efectuar, lo azotaron en cuanto asumió que debía empuñar un arma para defenderse.

—Puedes hacerlo, Tony. Eres un

gran soldado, siempre lo has sido, y ella te necesita ahora. Fija el objetivo, no pienses más que en poneros a salvo y haz lo que sea preciso.

No contestó, un nudo en la garganta se lo impedía.

Nick sabía el efecto de aquellas palabras y no esperó la respuesta. Un simple «llama cuando esté resuelto» finalizó la conversación, mientras Tony seguía revisando su alrededor a la vez que se alejaba de la plaza y subía al hotel en busca de Diana.

Cabía la posibilidad de que aquel tipo aún no hubiese dado con el paradero de su mujer, pero debía

ponerse en lo peor. Sabía de lo que era capaz y ella estaba sola en casa.

Aquella subida hasta la vivienda se le hizo eterna. Era como si corriera a cámara lenta, como si le alejaran el edificio y no pudiese llegar.

Su mente lo martilleaba con escenarios, posibilidades, situaciones en tiempo récord, pero él sólo quería que todo pasara.

Se acercó con sigilo a la fachada lateral. La luz de la entrada era la única que estaba encendida y le resultó extraño que no hubiese ninguna más cuando ella debía subir la escalera hasta su habitación.

Un zapato abandonado en la entrada y unas manchas de sangre en el suelo lo advirtieron de que llegaba tarde.

Cogió aire un par de veces mientras templaba los nervios e intentaba bajar las palpitaciones del corazón, que parecía querer salir de su pecho de un salto.

Agachado y pegado a la pared, entró en el vestíbulo. Cerró la puerta con sigilo y en silencio fue hasta la cocina.

Dentro de uno de los aparadores estaba escondida una de sus pistolas, la que había dejado de cargar encima para que ella no se diese cuenta de que la llevaba cuando lo tocaba, cuando lo

abrazaba... Estaba lista para ser utilizada, a falta de retirarle el seguro. También había un cargador extra.

Montó el arma y guardó la reserva en el bolsillo trasero del pantalón. Caminó muy despacio, intentando percibir algún sonido que delatase la posición de la pareja en la enorme casa.

El sudor por la tensión y la ansiedad lo empapó.

Si aquel tipo perdía el norte sólo un segundo, Diana no sobreviviría.

Tras inspeccionar el salón, oyó un ruido que le pareció un mueble cayendo en la planta superior.

Con rapidez, se dirigió a la escalera

y subió los peldaños con premura. Aguzó el oído. Siguió los sonidos y las voces.

La luz de la mesilla de noche de la habitación de Diana los delataba. Era la única encendida en aquella zona, por eso no lo había visto desde la calle.

Fue paso a paso, en silencio, hasta la puerta entreabierta.

Se asomó a la abertura.

Se quedó sin respiración ante la imagen.

La tenía atada a la cama con lo que parecía una cuerda de las que usaba Adela para reponer las del tendedero del patio.

Aquel tipo sabía lo que quería hacer y había buscado lo necesario para llevarlo a cabo mientras la esperaba. El material de las ataduras que había usado no estaba a la vista, sino en la cocina, dentro de un cajón.

Ella intentaba respirar, pero la boca de ese malnacido le tapaba la suya, besándola con fuerza mientras tiraba de los laterales de su precioso vestido y lo rompía para abrirlo. Los botones saltaron en todas direcciones por toda la habitación, tintineando y rodando por el suelo.

Diana respiraba muy deprisa y con dificultad. No se movía, incapacitada

por el terror que le tenía a aquel hombre.

—¿Te lo has pasado bien con ese tipo? —preguntó ciego de ira—. Pues recuérdalo bien, grábatelo en la memoria, porque nunca más vas a estar con él ni con ningún otro. ¿Qué te crees que haces? ¿Sabes quién soy yo? ¡¡Tu marido!! —le gritó, provocando que cerrase los ojos aterrorizada, mientras su cuerpo se encogía intentando protegerse, pero las cuerdas no se lo permitían.

A Tony le partió el corazón aquella escena. Diana estaba sometida a aquella bestia y no se parecía en nada a la mujer

que había conocido durante esas semanas, la que bailaba sensual entre sus brazos, no había ni la sombra de la que lo había besado apasionada en el callejón. La transformación era tan brutal que las lágrimas brotaron de sus ojos.

Estuvo a punto de entrar y dispararle a bocajarro sin pensar, pero eso sólo le acarrearía problemas y un posible trauma a Quique.

No podía matar a un hombre porque fuera un hijo de puta degenerado, aunque ganas no le faltaran. Debía pensar rápido cómo apartarlo de ella y retenerlo hasta que llegase la policía y

se encargara de él. Eso era lo correcto.

Pero, en cuanto vio cómo intentaba tocar su sexo aunque ella luchaba para que no lo hiciera, reaccionó.

—Suéltala —bramó desde la puerta, apuntándolo con la pistola.

Diana lo miró con una mezcla de sentimientos difíciles de describir: aliviada porque estuviese allí para ayudarla y protegerla, pero a la vez aterrorizada por ponerlo en peligro, y avergonzada y muy triste de que la viese así.

Tony cruzó una ligera mirada con ella intentando tranquilizarla, pero no podía permitirse quitarle el ojo de

encima a aquel tipo. También iba armado.

—Mira quién está aquí. El que falta para la fiesta —soltó Miguel mirándolo con asco—. ¿Te gusta mi mujer, cabrón? ¿Te has divertido con ella? Seguro que sí, es buena amante cuando quiere, pero no la tendrás más. Es mía.

Casi no había acabado la frase cuando Miguel sacó su pistola de la cinturilla del pantalón y disparó a Tony sin previo aviso.

El exmilitar no esperaba que los acontecimientos sucediesen tan pronto, pero, siendo alguien tan inestable como le había avisado Nick que era, no

resultaba de extrañar que disparase en cuanto tuviese oportunidad.

Tony estaba pendiente de cualquiera de sus movimientos, así que disparó al mismo tiempo antes de tirarse al suelo.

Diana gritó.

No podía ver a Tony. Sí a Miguel, que herido buscaba el arma.

—Si no la tengo yo, no la vas a tener tú, hijo de puta. ¡¡Es mía!! —vociferó empuñando de nuevo la pistola y apuntando a Diana.

Las sirenas de la policía se empezaron a oír a lo lejos, pero Tony era consciente de que no había tiempo que perder.

Diana lo miró de una forma que le heló la sangre. Sintió como si se estuviese despidiendo de él.

—¡No! —gritó mientras disparaba en repetidas ocasiones contra el hombre que amenazaba de muerte a la mujer que se había refugiado en su casa huyendo del infierno al que la sometía.

Tres detonaciones fueron suficientes.

Tony miró su mano. Temblaba como un flan. No había querido matarlo, ni siquiera disparar aquella pistola, pero las circunstancias lo habían obligado.

Miró a la cama, asustado. ¿La habría matado?

Diana lloraba mirando al techo.

Se aproximó con rapidez. Había sangre y no sabía a quién correspondía. Tras comprobar que su cuerpo no tenía ningún disparo, soltó los nudos de las cuerdas entre lágrimas y nervios.

—Ya estás a salvo —le susurraba repetidamente, intentando calmarla, mientras la desataba y le quitaba la mordaza que le impedía hablar.

—Gracias, gracias, gracias —decía una y otra vez sin apartar la mirada de él, sólo para tener la certeza de que era quien estaba allí con ella.

En cuanto la liberó, se lanzó a sus brazos, fundiéndose con él.

Tony la apretó contra su pecho, aún

conmocionado por los acontecimientos.

—Pensaba que te perdía, que nunca más te iba a oír reír —dijo apartándole el pelo del rostro y masajeándole la piel allí donde la mordaza había dejado marcas rojas.

—Me has salvado la vida, pero sobre todo la de Quique. Nunca podré pagarte todo lo que nos has regalado, Tony —le dijo emocionada.

—Encontrarte ha sido el mayor regalo que me ha dado la vida. Estamos en paz.

La pareja se fundió en un profundo abrazo mientras oían cómo entraba la Guardia Civil a la planta baja.

Los encontraron fundidos en aquel amarre, incapaces de separarse, mientras Miguel yacía en el suelo con tres tiros en el pecho.

La puntería de Tony había vuelto a ser firme en el momento más necesario, y eso representaba otro empujón hacia su salud mental, hacia la vida en paz que anhelaba.

Gracias a Dios, o a san Antonio que aquella noche los bendijo bajo los arcos de romero, la casa estaba vacía. El resto de los huéspedes estaban bailando en la plaza, así como Quique y Adela, por lo que nadie más se vio implicado en el suceso.

Tuvieron que ir al hospital para que Diana pasara un exhaustivo chequeo médico.

Además de curar las nuevas heridas producidas por los golpes y mordazas, certificaron algunas de las antiguas que había sufrido en silencio, para ayudar lo máximo posible a la investigación.

Después, como la mujer estaba bien a pesar de todo lo acontecido y tenía una determinación firme para que todo quedase atado en la investigación policial —haciendo que Tony no se viese implicado más allá de la defensa propia—, fueron a la comisaría con los agentes que los acompañaban desde que

salieron del hotel rural para prestar declaración.

Los hombres que acudieron a detener al acosador iban alertados sobre la situación por Nick, el Delta Force amigo de Tony y, aunque Diana no había actuado como la ley ordenaba en referencia a la huida con Quique y tampoco había denunciado nunca los malos tratos a los que Miguel la sometía, por miedo a represalias al ser él un policía, las fuerzas de seguridad que llegaron a la escena del crimen entendieron que había salido de la ciudad sin notificar su destino para escapar de un episodio similar al vivido

en aquel hotel rural en Cid, donde, sin duda, las víctimas hubiesen sido ella y su hijo.

Tampoco Miguel había denunciado la desaparición de su familia, ni siquiera de Quique, algo que extrañaba a los investigadores al cargo, ya que Diana y el pequeño hacía semanas que vivían en aquel pueblo donde habían iniciado una nueva vida con otra identidad. Eso era lo primero que debería haber hecho.

Tony no fue acusado de asesinato, sino que su acto se reflejó como defensa propia, como Diana había luchado por conseguir con su declaración. Tan sólo había contado la verdad, y la pistola de

Miguel hizo el resto.

Según las investigaciones preliminares de balística, su marido disparó contra Tony en primer lugar y el exmilitar respondió al ataque para defender su vida y la de Diana.

Un equipo del ejército estadounidense acudió al cuartel donde estaban siendo interrogados. Ella vio cómo Tony hablaba con alguien mientras estaban en un descanso entre prueba y prueba en el hospital. Parecía que se conocían bien, así como datos de la situación.

Tras aquella visita, Tony le contó a Diana algunas cosas más sobre su

pasado. Ninguno de los dos había indagado demasiado en su anterior vida durante el tiempo que habían compartido a solas, como si no quisieran que lo acaecido en ellas y las viejas heridas enturbiaran la relación para vivirla sin lastres.

Sabía que era soldado, pero no todo lo que envolvió su profesión. No le extrañó la certera puntería, cómo se movía a su alrededor, el sigilo con el que la vigilaba, aunque ella se daba cuenta por su propia experiencia personal.

Entendió por qué Esteban la había enviado allí. Su amigo desde el colegio

la había protegido como mejor supo en todo momento. Nunca estaría lo suficientemente agradecida por ello. Nunca se lo podría pagar...

En cuanto fuese una hora prudencial, lo llamaría y se lo contaría todo antes de que la prensa se hiciera eco de lo que había pasado en un pequeño pueblo de La Mancha.

También a Quique... Se había quedado a dormir en casa de Adela, con ella y sus nietos. A la mujer le dieron un gran susto cuando Tony bajó a buscarla a la plaza acompañado de un agente para explicarle lo que había pasado y lo que necesitaban.

El pequeño estuvo ajeno a todo, a pesar de que le extrañó que no le dejasen ver a su madre antes de irse a casa de la cocinera.

Iba a ser duro para él, pero no tanto como vivir en su propia piel los golpes de su padre. Le dolía ver a su madre herida, vejada y triste, pero no entendía qué pasaba en profundidad. En cuanto le puso una mano encima, la percepción que tenía de su progenitor cambió de forma radical, haciéndole entender su realidad a su manera... Si se portaba mal, jugaba demasiado impetuoso, cantaba demasiado alto, molestaba el descanso de su papá o defendía a su

mamá, ya sabía lo que recibiría.

Diana no podía demorar la noticia, ni meterlo en una burbuja para alejarlo de todo. Debía contarle la verdad en cuando saliera de allí y se reuniesen de nuevo.

A la mañana siguiente, cuando regresaron al pueblo en un coche de la Guardia Civil y pendientes de una citación en el juzgado, Diana pidió que los dejaran un par de kilómetros antes de llegar al hotel. Estaba amaneciendo y necesitaba respirar antes de hacerse a la idea de su nueva vida. Debía pensar en lo que se encontraría al llegar.

Se sentía liberada, pero apenada por

cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Nunca quiso que sucediera algo así.

La pareja se bajó del vehículo tras despedirse de los hombres que los habían escoltado. Los vieron alejarse mientras el sol comenzaba a salir.

Tony la cogió por la cintura, acercándola a él. Ella se dejó hacer. Se recostó en su costado, cogiéndolo también mientras él cambiaba el gesto y pasaba la mano por su brazo para resguardarla del frío de la mañana.

Con paso lento fueron caminando en dirección al hotel.

A lo lejos se veía el edificio,

cuidado al detalle... perfectamente pintado, con sus flores decorando los balcones y ventanas, llamaba la atención sobre las otras casas.

—Es precioso —apreció Diana en un susurro—. A tus padres les encantaría verlo tan bonito... el hogar en el que lo has convertido.

—Es lo único que tengo —declaró él, emocionado por aquellas palabras.

En los últimos días había recuperado su vida allí. Lo que venía haciendo en todos esos años era sobrevivir a cada jornada, sin más.

Ella tenía mucho que ver en ello, pero no podía obligarla a quedarse.

Ahora podía recuperar su vida en la ciudad, su casa, el colegio de su hijo, encontrar un trabajo acorde con sus estudios y capacidades, sin Miguel controlando cada paso. Por fin podía ser libre y dueña de su vida. ¿Para qué se iba a quedar allí?

—¿Cómo que lo único que tienes? —le preguntó deteniendo sus pasos—. ¿Y qué hay de mí? ¿De nosotros? ¿De todo lo que hemos compartido antes de este desastroso final? —se corrigió enseguida, aunque él sabía de sobra que Quique y ella eran uno.

Sonrió con tristeza mientas la contemplaba a la primera luz de la

mañana. Su rostro estaba marcado por aquel tipo... enrojecido de las lágrimas y las ataduras, pero, aun así, no había podido borrar la belleza de la mujer que había tras todo eso.

—Eres libre. Puedes ir donde quieras, hacer lo que te apetezca, recuperar tu vida y la de Quique —explicó a media voz. Era duro expresar lo que su mente le repetía una y otra vez—. No me necesitas.

Diana lo pensó por primera vez.

Era cierto.

Era libre.

Se sintió confusa.

No había tenido tiempo de estudiar

qué haría cuando llegase ese momento. Era cierto que había soñado con irse de vacaciones con el pequeño donde él quisiera y disfrutar, y también buscar una casa donde nada les recordara lo pasado, donde ser felices y vivir sin miedo, pero nada estaba claro, sólo se trataba de ideas.

Ahora era una realidad, podía tener todo aquello, si quería.

—Es verdad. Soy libre —susurró con miedo, como si al pronunciarlo la situación fuese a cambiar.

Tony sonrió acariciando el cuello y las mejillas de Diana, consciente de la importancia de aquel momento en el que

asumía esa certeza.

—No tienes que quedarte en Cid. Puedes volver a la ciudad, Quique regresar a su colegio, encontrar un buen trabajo, incluso mudaros a una casa nueva donde empezar de cero... —Cogió aire. Le estaba costando, pero debía ayudarla a retomar su vida, no retenerla, porque entonces se parecería en parte a Miguel—. Debes volver, Diana. Tienes muchas cosas que hacer allí, mucho que vivir y ofrecer a tu hijo. Aquí no hay nada, ya lo ves —dijo extendiendo las manos a su alrededor, donde sólo había campos de trigo, girasoles, olivos y vides.

—Estás tú, doña Remedios y su tienda, Quique y sus nuevos amigos...

Él negó con un gesto de cabeza.

—Todo eso es circunstancial. No es tu vida real. No es la vida que quieres o, al menos, no la has elegido, la eligieron por ti al hacerte huir.

Tony sabía de sobra de lo que hablaba. Se sintió así durante mucho tiempo cuando tuvo que marcharse del ejército.

Su vida no era aquella casa, ni aquel pueblo, era Madrid cuando estaba fuera de servicio y sus misiones cuando le tocaba trabajar. Se sintió confuso y vacío cuando lo obligaron a retirarse,

pero, tras la enfermedad y muerte de sus padres, comprendió que Cid sí era su lugar y decidió hacerse cargo de la casa familiar como sus progenitores deseaban, a pesar del dolor que sentía cada día en la soledad de la inmensa vivienda.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó con tristeza, aunque comprendía lo que él intentaba decir.

—No. Sólo quiero que, si éste es tu lugar, lo sea por elección propia, porque lo decidas así y tu hijo esté feliz con ello, pero para eso tienes que cerrar muchos capítulos de tu vida anterior y él también. Debes pensar en ti, en él, y no

dejarte influenciar por mí o lo que yo sienta por ti.

Ella asintió, consciente de lo duro que suponía para él decir aquello. La quería, se lo había dicho horas antes, pero parecía conocer cómo funcionaba su cabeza y sentimientos mejor que ella misma.

—Si me quedo y la relación empieza a ir mal, me volveré a sentir atrapada y te culparé por ello, ¿es eso lo que quieres decirme?

Tony asintió, emocionado.

—Eso creo —susurró en un hilo de voz.

Diana se abrazó a él.

Tenía razón. Sería así.

—Pero, aunque me vaya, te quiero —declaró con las lágrimas mojando su rostro.

—Lo sé. Esto no tiene nada que ver con nuestro amor, tiene que ver con curar la mente y el alma... —Cogió aire mientras le limpiaba las lágrimas con los pulgares—. A veces no lo puede hacer la persona que más nos ama, sino nosotros mismos, en soledad. Ve, haz lo que necesites y vuelve si es lo que deseas. Yo no voy a irme de aquí.

CAPÍTULO 17

Después de todo lo acontecido en Cid, a pesar de lo que dejaba atrás y lo que echaría de menos, Diana recogió sus cosas y regresó a Madrid tras una dura despedida de Tony.

Él tenía razón, había llegado al

pueblo obligada por las circunstancias tras ser enviada por Esteban para mantenerla todo lo protegida que podía con los recursos de los que disponía. Era muy probable que, pasado un tiempo en el que la euforia del principio de la relación se desvaneciese, los estragos de aquellos acontecimientos precipitados afloraran, destruyendo su historia.

Entrar en su casa fue el peor momento.

Cuando se fueron de allí, le había prometido a Quique que regresarían, que volvería a su habitación, a su cama, pero ahora tenía sentimientos tan dispares

sobre lo que había sucedido y el regreso al que fue su hogar, que Diana no sabía qué pensar, ni cómo ayudar a su hijo.

La policía les aconsejó pedir ayuda psicológica para superar el trauma y, aunque ella estaba tranquila y había preferido declinar la oferta, la terapia del pequeño había comenzado en cuanto pusieron un pie en la ciudad, haciendo que al menos fuese capaz de expresar lo que sentía, pudiendo resolver sus dudas e inquietudes, mientras la tormenta que tenía en la cabeza pasaba.

Ese día lo había dejado con su madre. Le gustaba mucho estar con la abuela, pues ambos pasaban la tarde

entre risas y juegos, alejados de los problemas y la realidad. La mujer lo necesitaba después de tantos días sin verlo y el niño sentía que algo de su normalidad no había cambiado.

Mientras ellos se divertían, Diana acudió a ver a Esteban.

El abogado no tenía claro cómo echarle una mano, a pesar de ser amigos desde la infancia.

Sabía que ante Quique se mantenía serena y que no acudía al psicólogo porque se sentía fuerte, pero, cuando estaba a solas o con gente de su confianza, la verdad salía a flote. El problema no era el pasado, era el futuro.

—¿Lo has llamado? —preguntó el letrado, sirviendo un par de gin-tónics para amenizar la charla.

—No. No soy capaz de hablar con él sin llorar y no quiero que se sienta mal —se explicó al borde de las lágrimas. Habían pasado tres meses desde que abandonara Cid y no se habían visto más —. Sé que estoy haciendo lo correcto al retomar mi vida, ser independiente, tomar mis propias decisiones sobre cómo quiero vivirla sin pensar en ningún hombre, pero eso no evita que lo eche de menos.

—Es un tipo muy inteligente, que te caló muy bien durante aquellas semanas.

Podría decir que te conoce mejor que tú misma, incluso que yo, pero debes intentar llamarlo y hablar con él sin que los sentimientos te arrollen como un tren. Se lo merece, os lo merecéis ambos...

—Lo intento —aseguró tras unos segundos, antes de dar un largo trago a su copa.

Esteban sabía que, si seguía por ese camino, se rompería, y no quería llegar a tal extremo. Había mucho de que hablar.

—Bueno, ¿qué tal Quique?, ¿está mejor? —cambió de tema.

Diana asintió.

—Sí, está mejorando mucho desde que va a la psicóloga. Lo está ayudando a comprender la situación y a canalizar lo que siente al respecto. Es un alivio, porque yo ya no sabía qué hacer, ni qué decirle...

Esteban se acercó a su amiga y la envolvió en un cariñoso abrazo.

—Tienes que ser fuerte. Es difícil todo esto para nosotros como adultos, así que imagina para un niño de su edad. Verás cómo todo se arregla antes de lo que crees.

—No sé si eso será verdad pero, si tienes algún documento donde lo ponga, lo firmo.

El abogado sonrió al ver el mismo gesto en la mujer tras aquellas palabras.

—Pues con esa frase no tengo ninguno, pero sí una oferta de compra para el piso, y otra de alquiler.

Ella arrugó el ceño. Él sabía de sobra que no quería alquilar la casa, quería deshacerse de ella, pero le insistía para que sacara rentabilidad al inmueble.

—Cuéntame la de compra. No quiero saber nada del alquiler.

Esteban resopló.

—Te dan lo que pides, pero... debes dejar la casa en menos de un mes. —Diana agrandó los ojos con una sonrisa

en los labios.

—¡Es perfecto! —gritó emocionada—. Me iré mañana mismo, si quieren. Acepta la oferta.

—Aún no has escuchado la de alquiler —dijo intentando que valorara todas las opciones una vez más. Ella suspiró sin decir ni media palabra. Le escucharía, pero no iba a cambiar de opinión—. Tengo un colega que está buscando un despacho por tu zona. Le hablé de tu piso y está interesado. Serían mil quinientos euros fijos al mes. Es mucho dinero, Diana. Podrías pagar la hipoteca sin problemas y te sobraría la mitad como beneficio. Tienes toda la

vida para venderlo... Puedes conservarlo como seguro en caso de necesidad.

Sopesó la propuesta. Era cierto lo que le decía, pero prefería vender.

—Si lo alquilo no tendré dinero para comprarme otra casa —le contó por enésima vez—. Tendría que irme con mi madre y, aunque es una buena opción, me gustaría tener vivienda propia.

—La póliza del seguro de vida de Miguel te da para comprarte la casa que quieras. No tienes que irte a vivir con Elsa —aseguró el abogado, poniendo una carpeta sobre la mesa. Diana le mantuvo la mirada, estupefacta. Ante un

gesto de su amigo para que bajase la vista, se centró incrédula en las cifras. Allí ponía novecientos mil euros en negrita, en mitad de todo el texto—. Hace un par de días que he descubierto que lo tenía, pero no te dije nada porque no estaba seguro de que lo pudieses cobrar tras los acontecimientos. Me han confirmado hace una hora que puedes hacerlo; de hecho, he realizado las gestiones pertinentes para poder cobrarlo lo antes posible. No necesitas vender la casa.

—Esto es... pero... —balbuceaba Diana, pasando las hojas una tras otra.

Esteban sonrió. Era consciente de

todo lo mal que la había tratado la vida o, mejor dicho, el psicópata de su difunto marido, pero el karma, eso de lo que todo el mundo habla, allí estaba en forma de salvavidas económico para ella y su hijo.

—Hazme caso por una vez en tu vida y alquila la maldita casa. Yo lo gestionaré todo con mi compañero de trabajo y no tendrás que preocuparte nada más que de cobrar todos los meses el dichoso alquiler, mientras rehaces tu vida aquí, en Cid o donde tu corazón desee.

Le temblaban las manos, sabía que también lo haría la voz, pero aun así lo

preguntó.

—¿Qué hay de la vista? No puedo irme hasta que mi situación legal se solucione. No quiero volver a huir. Si me salto de nuevo la ley, no me lo perdonarán.

Él asintió. No le estaba diciendo que se tuviese que ir al día siguiente, sólo quería que planificara el mejor futuro que ella quisiese, no el que le quitaría de encima los malos recuerdos. Ahora podía hacer las dos cosas.

—Tu situación es que eres viuda a ojos de la ley. Punto. —Enfatizó las palabras con un gesto de las manos en señal de cortar con el tema que una y

otra vez salía a flote. Los documentos ya estaban gestionados y por eso había descubierto el seguro—. Sobre la vista, falta un par de semanas. Tengo toda la documentación preparada. Esperemos que no nos caiga una multa muy elevada por saltarnos varias leyes y no me sancionen por ayudarte a huir.

—Lo siento, Esteban. Te puse en una situación muy delicada...

Él levantó la mano para que no dijese ni una palabra más.

—Lo volvería a hacer, Diana... una y mil veces, las que hiciesen falta para que ese hijo de puta no te pusiera la mano encima. Sabía a lo que me

enfrentaba... —Cogió aire, emocionado. Nunca había dicho en voz alta lo que iba a confesar—. Si no te hubieses marchado, cualquier día de los que no has llamado o aparecido por aquí para que no me enterase de lo que te había hecho, me habría presentado en tu casa y... —Diana se levantó de la mesa y abrazó a su amigo con fuerza—. No me importan las amonestaciones ni el dinero. Mejor eso que tú muerta y yo, en la cárcel.

Por eso no lo llamaba, por eso no denunciaba. Entre el miedo a que, al ser Miguel policía, el cuerpo lo protegiera en lugar de a ella —como él amenazaba

una y otra vez— o que Esteban la defendiera de otra forma que no fuese la judicial, nunca había pedido ayuda.

Gran error, porque no constaban todas las palizas, vejaciones y sometimientos a los que Miguel la había sometido durante todos esos años. Esperaba que lo sucedido en Cid hiciese pensar a los jueces en lo que pudo ser todo lo anterior, en cómo las agresiones fueron creciendo con el paso de los años hasta llegar a esa locura.

—Te quiero. No hubiese podido sobrevivir sin ti. Gracias por enviarme a ese pueblo, a casa de Tony... Sabías que él podría ayudarme si Miguel nos

encontraba...

—Ése era el plan —confesó suspirando mientras la apretaba contra él—, pero tienes que darle las gracias a él. Desde el primer momento quiso acogeros, aun desconociendo el motivo. —Diana lo miró interesada—. Si le hubiese contado por qué te enviaba allí, no hubiera aceptado. Él tenía problemas serios y no necesitaba más, pero no se me ocurrió un lugar mejor donde mandaros.

—¿Qué problemas? —preguntó curiosa.

—No sé si debo contártelo yo...

—¡Oh, vamos! ¿En serio? ¿A estas

alturas de la película?

Esteban suspiró. Ella no se iba a rendir hasta que hablara.

—Cuando estaba en el ejército, disparó a un compañero sin querer. La investigación determinó que el soldado murió por «fuego amigo» en una refriega en Irak y el arma de la que salió el proyectil fue la de Tony... Lo pasó muy mal... Sebas era un buen amigo...

Diana contuvo la respiración.

—No me lo contó —susurró en un hilo de voz.

Esteban sonrió con tristeza.

—Las personas a las que quiere están por encima de su propio bienestar.

Cuando le contaste lo que te pasaba, lo demás dejó de importar. Le pasó lo mismo tras el juicio militar; coincidió con la noticia de la enfermedad de su padre y se marchó para ayudar a su madre a cuidarlo. Después diagnosticaron a su madre otro cáncer y, tras un tiempo en el que se dedicó a ellos sin pensar en nada más, murieron con muy pocos meses de diferencia... —Respiró unos segundos. Diana no podía decir ni media palabra. Era muy duro por lo que había pasado aquel hombre y nadie le había dicho nada al respecto. Sintió que había sido una egoísta con él —. Entonces fue cuando la realidad lo

atrapó. Estaba solo, no podía volver a su trabajo y debía enfrentarse a sus propios miedos, desafiar a su mente, que lo estaba sumiendo en una profunda depresión. En cuanto fuimos a leer el testamento y se enteró de la herencia económica más la casa, no lo dudó y se sumergió en el proyecto de su vida, el hotel rural del pueblo, donde al menos había encontrado la estabilidad. Contigo encontró la paz.

Diana, con lágrimas en los ojos, asintió comprendiendo aún más la dureza de las palabras que le dijo en aquel camino de tierra a las afueras de Cid, cuando regresaban del cuartel de la

Guardia Civil.

—No sé qué decir...

—No tienes que decir nada, Diana. Si lo quieres, ve a por él. A veces las palabras sobran.

Durante las siguientes dos semanas, Diana intentó centrarse en la vista pendiente con el juez. Debía resolver sus asuntos legales antes de emprender cualquier acción, ya fuese económica, como el alquiler o venta de la casa, o sentimental, como volver a Cid con Tony o no.

* * *

Aquella mañana de otoño, Elsa y ella dejaron a Quique en el colegio y se encaminaron al coche de Esteban para acudir al juzgado.

Estaba muy nerviosa, a pesar de saber que la investigación policial aseguraba que todo lo que hizo fue en defensa propia y para proteger a su hijo menor de edad, pero, sobre todo, lo estaba porque Tony también estaría allí. Fue quien disparó el arma en su defensa y también estaba citado.

Ya en el pasillo, ante la puerta de la sala, Diana no paraba de caminar de un lado a otro.

—Cielo, tranquilízate o te va a dar

un infarto. Para de una vez, que me estás poniendo histérica —le pidió su madre cruzando los brazos debajo del pecho. No sabía qué podía hacer para calmar a su hija, y eso también la mantenía inquieta.

—Lo intento, mamá, lo intento —dijo girándose para mirarla.

Se quedó clavada en el sitio sin saber cómo reaccionar.

Al fondo del pasillo, Tony avanzaba con calma pero muy seguro hacia ella, tanta que se asustó un poco por el semblante serio que mostraba.

Hacía tiempo que no hablaban. Empezó poniéndole excusas que

acortaban sus conversaciones para, al final, no cogerle las llamadas. Necesitaba pensar en todo lo que Esteban le había contado y, si hablaba con él, no podría hacerlo con claridad y frialdad.

A pocos pasos de ella, sonrió. Estaba preciosa con aquel traje negro de pantalón pitillo y zapatos planos de cordones.

Diana le devolvió el gesto. Las mariposas del estómago habían vuelto con fuerza.

—Hola —la saludó Tony, acercándose a su rostro. Iba derecho a su boca, pero en el último momento

pensó que podría ser un error. Dejó un dulce beso en su mejilla.

Ella no sabía qué pensar de ese gesto... pero ¿qué esperaba? Su relación se había enfriado hasta la temperatura de un iceberg.

—Hola —contestó abrazándolo con la fuerza suficiente como para que comprendiera que seguía siendo importante en su vida a pesar de las circunstancias, mientras se deleitaba con ese perfume masculino que tanto añoraba.

Tony la envolvió entre sus brazos cerrando los ojos. La había echado tanto de menos...

Elsa contemplaba la escena emocionada. Aquel muchacho estaba enamorado de su hija, pero enamorado de verdad, no como su yerno. No podía estar más feliz por ella y esperaba que, tras aquella vista, tomase la decisión correcta. La más importante de su nueva vida. Fuera la que fuese, esperaba que la hiciese feliz de una vez.

—Tenemos que entrar —anunció Esteban, que presenciaba la escena tras salir por una puerta contigua a la sala del juzgado, pero no podía alargar más aquel encuentro. Debían ponerse en marcha.

En cuanto Tony lo miró, fue directo a

estrechar la mano de su amigo y darle un gran abrazo. Hacía años que no se veían en persona.

—Amigo, gracias por todo —le agradeció el abogado—. Si no llega a ser por ti...

—Ha sido un honor, Esteban.

Tras fundirse en un nuevo abrazo, todos entraron en la sala junto a ella.

La madre de Diana se situó en la parte de atrás, muy atenta a cuanto sucedía.

Esteban, Tony y Diana se sentaron a una mesa lateral junto a la del juez.

Al otro lado, un abogado de la familia de Miguel, aunque ninguno de

ellos se había presentado.

Durante una hora, aquel hombre intentó que los condenaran, que entregaran la custodia de Quique a la abuela paterna a pesar de su enfermedad o, al menos, que fuese compartida, pero el juez lo tuvo claro.

Nadie cercano al acusado se había interesado por el bienestar del menor en su corta vida más allá de las visitas de Diana a su domicilio o alguna llamada esporádica; por ende, durante el tiempo que estuvieron huidos, no pusieron denuncia alguna porque desconocían que se habían marchado. A esto siguió la nula relación con el niño tras el trágico

desenlace... El juez negó todas las peticiones de aquel abogado y, aunque amonestó a Esteban seriamente con una suspensión de seis meses en el ejercicio de su trabajo como letrado, entendió el contexto en el que se realizó y los motivos que llevaron a Diana a tomar una decisión tan extrema.

A Tony lo libró de cualquier cargo. El hecho había quedado probado como defensa propia gracias al trabajo de la Guardia Civil.

Aunque el proceso había sido duro y estresante, al final todo había acabado bien.

Al salir de la sala, Esteban quiso

llevarlos a comer para celebrarlo, pero Diana declinó la oferta.

—Debo ir a recoger a Quique al colegio. Pasadlo bien. —Se despidió con un beso en la mejilla de su madre y otro en la de Esteban. Cuando le tocó a Tony, le acarició la cara y dejo un ligero beso en sus labios. No podía ir más allá aún o no haría las cosas como debía. En ese instante empezaba de verdad su nueva vida y debía meditar cada paso, cada movimiento, y no sólo por su bien, sino por el de su hijo—. Cuídate.

—Y tú —susurró Tony en un hilo de voz.

Él podía decirle muchas cosas,

rogarle, sacarla de allí para estar a solas y convencerla confesándole sus sentimientos, besándola, haciéndole el amor, pero ¿y si después ella se arrepentía? ¿Y si más adelante le decía que la había engatusado para compartir una vida que no deseaba?

Tenía tanto miedo de cometer errores que no era capaz de tomar decisiones. La sombra de Miguel y todo el daño que les había hecho iba a ser difícil de apartar.

La vio caminar por el pasillo con premura hacia la salida, como si quedarse un segundo más la arrastrara a decir o hacer cosas que no quería, no

sentía o no estaban lo suficientemente asentadas como para compartirlas.

A veces la vida nos regala momentos que nos marcan para bien, otros nos dejan una huella imborrable, a pesar del amor que intenta enterrarla y hacerse hueco en su lugar.

—Volverá a ti —le dijo Elsa contemplando los pasos de su hija—. A veces el miedo es irracional y ella aún tiene mucho. Ocupas un lugar importante en su cabeza, en su vida y en su corazón. No te rindas. Cuando esté preparada, te buscará.

Tony miró a los ojos de esa mujer con emoción.

—Lo sé. Sólo quiero que sea feliz, que tenga la vida que siempre ha deseado, no la que yo le pueda ofrecer en un pueblo que se le queda pequeño. Ella merece más, pero, aunque sea así, duele.

Esteban se acercó a él y lo agarró del hombro.

—Merece ser feliz y contigo lo fue aun teniéndolo todo en contra. Tiene miedo a muchas cosas, pero sobre todo a lo que significas para ella. No sabe cómo encajar su deseo de ti. Creía que no volvería a sentirlo por nadie jamás, que Miguel había destrozado esa parte de ella para siempre... Es complicado...

La madre de Diana asintió mientras se limpiaba una lágrima de la mejilla. Así era, por duro que sonara.

—Sabe lo que siento por ella, lo que siento por Quique y lo que les puedo ofrecer... También dónde encontrarme.

Ésas fueron las últimas palabras de Tony antes de regresar a Cid.

Se sentía feliz por el desenlace judicial. Todo estaba arreglado, eran libres y poco a poco olvidarían aquel mal trago.

Sólo les faltaba el amor...

Sólo les faltaba la paz de su corazón.

¿Lo encontrarían algún día? Sólo el


tiempo lo diría.

CAPÍTULO 18

Diana cerraba la última caja ante la atenta mirada de Quique. Le sonrió.

—¿Estás preparado? —preguntó feliz.

—Sí, mamá. ¿Nos podemos ir ya de aquí? —demandó con su muñeco de la

«Patrulla Canina» bien apretado bajo el brazo.

—Ahora mismo —asintió haciendo una seña a uno de los operarios de la mudanza para que recogiera el paquete que acababa de preparar.

El hombre cogió lo que le indicaban y salió de la habitación vacía.

—¿Listo para empezar una nueva vida? —preguntó al pequeño. Éste asintió divertido. Ella le acarició el pelo antes de agacharse para besarlo en la mejilla.

Llegaron hasta el coche, donde Esteban y su madre los esperaban.

Se abrazaron a ambos unos

segundos, hasta que la emoción hizo que Diana se apartase, con la excusa de montar al crío en el vehículo.

—Cuando tengas que firmar los papeles que quedan para la ejecución del seguro y los del alquiler, te llamo, ¿de acuerdo? —le dijo Esteban, estrechándola de nuevo entre sus brazos cuando se volvió tras acomodar a Quique.

—Que sí, melón —le contestó, como mil veces antes en todos esos años desde el jardín de infancia—. Y no te pongas melancólico, que no me voy al fin del mundo —declaró divertida—. Puedes venir cuando quieras a casa, ya

sabes que hay sitio de sobra.

—Espero que te dejen entrar en ella... —comentó, preocupado, en un hilo de voz. Ante la cara de aprensión de Diana, cambió la suya a una sonrisa cómplice que a ella le hizo resoplar—. Cuando llegues, llámame —añadió.

—Lo haré —aseguró abrazando de nuevo a su madre antes de meterse en el coche. Ésta le acarició el rostro y Diana la miró a los ojos.

—No tengas miedo. Tienes la vida a tus pies. ¡Vívela! ¡Disfruta de cada segundo que te regale, porque esto sí te lo mereces! Os lo merecéis los tres.

—Gracias —susurró emocionada.

Esperaba que así fuera. Estaba cansada y, si el plan salía mal, iba a costarle mucho salir adelante.

Sin más dilación, arrancó el vehículo, porque si no se iba a poner a llorar a mares en mitad de la calle.

Salió del aparcamiento y en breve Esteban y su madre la perdieron de vista.

—Va a ser muy feliz —sentenció el abogado, cogiendo a la mujer por los hombros—. No podría haber elegido mejor.

—Lo sé. Lo supe en cuanto lo vi caminar hacia ella; cómo la miraba, la protegía, le hablaba... Estoy segura de

que es donde debe ir —afirmó sonriéndole.

Diana condujo más de una hora por la autovía hasta que se desvió para salir a la carretera comarcal que la llevaría a Cid.

Estaba muy nerviosa, y Quique también.

Agradeció que el chiquillo se durmiese a medio camino, así pudo relajarse con la música y la conducción.

Ver el campanario del pueblo a lo lejos, en la recta carretera de más de tres kilómetros, le resultó agónico.

Estaba deseando llegar, verlo, que la estrechara entre sus brazos, oler su

perfume, sentir sus besos... pero a la vez tenía tanto miedo de que Tony la rechazase que le dolía el alma.

Todo aquello se podía haber solucionado con una llamada telefónica, pero no quería sacar conclusiones por su tono de voz o las palabras empleadas; quería saber si deseaba que estuviesen allí mirándolo a los ojos, leyendo su mirada... Era la única forma de estar segura...

Ni siquiera había llamado a Remedios o Adela para avisar de su llegada... Nadie tenía ni idea de que estaría allí en unos minutos.

Con lentitud, subió la calle ya

desierta por la gélida temperatura de la tarde. Sabía que, en cuanto parase el motor frente a la puerta del hotel, si tardaba más de dos minutos en bajar del coche y plantarse en la recepción, Tony saldría a la puerta. Esperaba no haberse equivocado esta vez. Si aquello le salía mal, no volvería a enamorarse.

Apagó el motor tal como había planeado. Sin bajarse del vehículo, contempló la imagen que tenía lugar al otro lado de la ventana frente a ella.

Adela estaba cocinando y Tony arreglaba algo que tenía sobre la gran mesa de la cocina.

Los nervios se apoderaron de su

estómago cuando lo vio levantar la vista en dirección a la cocinera mientras ésta la miraba a ella, dándole la espalda a él.

La mujer le sonrió con una alegría que le iluminó la cara. No esperaba aquella visita, pero no podía ser mejor. Disimuló, sin decir nada que lo hiciese sospechar.

—¿Quién es, Adela? —preguntó Tony al ver que no soltaba prenda.

—No lo sé, hijo. No reconozco el coche —mintió.

El hombre afinó el oído.

—¿No se ha bajado nadie? —inquirió mientras se limpiaba las manos. Ella negó con la cabeza y él se levantó

como un resorte—. Iré a ver —añadió mientras salía de la estancia con decisión.

Diana abrió la puerta del vehículo con torpeza. Los nervios no la dejaban ni respirar. Salió y la cerró enseguida, con mucho cuidado para no despertar a Quique y que no se fuese el calor del interior.

Cuando se giró en dirección a la puerta, lo vio salir del hotel.

El corazón se le aceleró en el pecho, las mariposas revolotearon en su estómago.

A pesar de la chaqueta de abrigo que llevaba puesta con el cuello subido y

que la luz del día se apagaba a pasos agigantados sumiéndolos en la oscuridad, pudo vislumbrar cómo le brillaron los ojos en cuanto la vio.

Se quedó helado en el sitio por la sorpresa.

—Hola —lo saludó, con los nervios en la garganta, mientras caminaba hasta el pie de la pequeña escalera de dos peldaños.

Tony la contemplaba sin contestar. No le salían las palabras. Había pensado tanto en aquel momento, tantas noches sin dormir imaginándolo, y, sin embargo, ahora que estaba sucediendo, todo lo ensayado se le había olvidado.

—Sé que he tardado mucho en venir y que quizá ya no nos quieras aquí, pero... si eso es lo que va a suceder, necesito oírlo de tu boca mientras te miro a los ojos —confesó Diana en un hilo de voz.

Tony la miraba sin decir nada, sin moverse de la entrada de la vivienda. Ella continuaba en su posición, levantando un poco la barbilla para poder mirarlo, pero su expresión no le decía nada. No sabía qué pensar. Tras un buen rato sin soltar palabra, cogió aire. Su vida ya había tenido demasiadas tinieblas como para comenzar una relación con dudas. Ella necesitaba luz,

seguridad, amor, complicidad.

—No pasa nada. Lo entiendo. —Diana asumió la negativa, ya que él ni se había inmutado ante sus palabras—. Siento no haber tenido el valor suficiente como para venir antes, pero no estaba preparada y él tampoco —declaró señalando el coche. Hasta que no terminaron el tratamiento psicológico del pequeño, ella no se planteó su futuro más allá de la terapia—. Perdona por haberte interrumpido.

No podía decir más, la tristeza se había agarrado a su garganta y no se lo permitía.

Giró sobre sus pies y caminó con

lentitud los cuatro pasos que la separaban del vehículo.

Quería salir de allí antes de romperse en mil pedazos delante de él.

Tony la escuchaba con el *shock* de verla allí manteniéndolo en silencio. Le temblaban las piernas, aunque la caída de la noche le hacía parecer fuerte y seguro... quizá demasiado, si pensaba que no quería que regresara a él.

Con premura, bajó los peldaños y en dos zancadas llegó a su lado. Luchaba con la llave automática, que parecía no querer abrir.

Se quedó tras ella, a su espalda, pegado a su cuerpo, mientras el perfume

de su pelo lo invadió. Cerró los ojos. No era un sueño, estaba allí...

La abrazó, envolviéndola con sus brazos.

—¿Cómo no te voy a querer aquí? Es lo único en lo que he pensado cada día y cada noche desde que te fuiste... Te tengo entre mis brazos y aún no me creo que sea real —admitió mientras la giraba sobre sí misma para poder mirarse a los ojos. Limpió las lágrimas que habían caído por sus mejillas con una suave caricia. Diana cerró los ojos al sentir su piel sobre la suya.

—Pensé que ya no... —susurró

Tony no la dejó acabar. Tapó sus

labios con un dedo para que no siguiera hablando.

—Cuando te he visto aquí fuera, me he quedado tan bloqueado que he creído que era un sueño... No sabía qué hacer ni qué decir. Lo siento —pidió perdón por su actitud.

—Entonces...

—¿Si quiero que vivas conmigo?, ¿que estemos juntos?, ¿si te quiero? Todas las respuestas son un sí, pero la pregunta más importante no es ninguna de ésas. ¿Es lo que quieres tú? —demandó tras interrumpirla de nuevo. Diana lo miró cogiendo aire. Las palabras le quemaban la garganta.

Estaba deseando decirle cuánto lo quería.

—Te elijo a ti. Eres lo primero que he elegido en mi libertad, porque mi vida contigo es plena como siempre he deseado, como cualquier mujer sueña que sea... Porque me cuidas, me ayudas, me haces ser lo mejor que puedo ser... Quiero estar contigo cada día, cada noche... —La emoción que veía en él al oír todo aquello era lo más bonito y sincero que había vivido, sin contar a Quique. Con un nudo en la garganta, intentó acabar—. Te he echado tanto de menos... tanto... pero he luchado para no caer en lo fácil, por solucionar mis

problemas personales, por recolocar de nuevo mi cabeza y mis sentimientos donde corresponde, sin influencias. Ha resultado muy difícil, muy duro cada día... He pasado mucho miedo e incertidumbre, que sólo se aplacaban pensando en la recompensa, en el final del amargo viaje, y he conseguido sobrevivir, llegar hasta aquí totalmente libre y, sobre todo, segura de este paso.

—Lo sé. Por ello te amo más. Eres fuerte, valiente, inteligente... Cuando llegaste aquí estabas tan asustada, aunque intentabas ocultarlo, que pensé que no te recuperarías.

—Me abriste los ojos con tus

palabras. Tenías tanta razón que, a pesar del dolor que suponía, inicié el camino que me ha traído de vuelta a ti, si me aceptas.

Tony la miró apretando los labios. ¿Cómo no iba a aceptarla?

No dijo ni una palabra más. Con las manos en sus mejillas como las tenía, acercó la boca a sus labios con lentitud. Quería sentir y ver cada gesto, cada sentimiento. Notó cómo su cuerpo vibraba de anticipación. Esbozó media sonrisa seductora, se acercó un poco más y la besó despacio.

Diana temblaba de arriba abajo. Estaba tan enamorada de él que el

corazón se le saldría del pecho.

Tony no sentía menos. Estaba muy nervioso, a pesar de saber que si había vuelto era para estar con él. Aun así, la vida le había enseñado a no dar nada por sentado, a no creer tener nada seguro hasta obtener la certeza.

Adela aplaudió desde la ventana que había abierto, como si de una película de cine o una obra de teatro se tratara, para después limpiarse las lágrimas de los ojos.

—Mis niños... —susurró entre hipidos.

La pareja se separó un poco, mirándose mientras sonreían por

aquellas palabras. Se giraron para mirar a la cocinera.

—Creo que hoy ya puedes marcharte a casa, Adela. Nos apañaremos nosotros solos —propuso Tony. La mujer no demoró el momento. Cerró la ventana, se quitó el delantal y desapareció de su vista.

La pareja se miró de nuevo.

—Te quiero, Tony —declaró Diana antes de que la mujer saliera disparada hacia ellos y no tuviera oportunidad de hacerlo—. Te quiero desde antes de que apareciera Miguel en las fiestas y sucediese el desastre. Te he querido cada día, cada minuto, y te quiero ahora.

Él rozó su boca con el pulgar, como si quisiera sentir cada palabra dicha con la piel.

—Yo también te quiero. No sé muy bien desde cuándo. A veces hasta me he planteado que fue un flechazo desde que te vi en la recepción del hotel con Quique esperando a que os dijese dónde podríais dormir, pero la verdad es que eso fue atracción. Me enamoré cuando descubrí el miedo que sentías, porque, a pesar de ello, no se lo transmitías a tu hijo, como hace un buen jefe de batallón cuando está en el frente, y sé de buena tinta que es lo más difícil.

Se sonrieron sin apartar la mirada,

dispuestos a besarse otra vez.

—¡Mamá! ¡Abre la puerta! —gritó el pequeño dando un par de golpes en los cristales—. Corre, que quiero croquetas de Adela antes de que se vaya.

La pareja se echó a reír por el comentario, mientras la mujer salía por la puerta.

—Adela, ¿tienes croquetas? —preguntó Tony divertido—. Alguien pregunta por ellas.

Dando dos palmadas al aire, soltó un «sí» rotundo lo suficientemente alto como para que el niño lo oyese dentro del vehículo, mientras daba media

vuelta y entraba en la casa dispuesta a prepararle cualquier cosa que desease.

Quique salió del coche feliz, abrazándose al instante al hombre que lo aguardaba con los brazos abiertos.

Entró en ellos sin dilación y Tony los cerró, atrapando su cuerpecito entre ellos.

—Te quiero, Tony. Te quiero hasta la luna y vuelta.

Diana no pudo evitar que las lágrimas cayeran de sus ojos al oír las palabras de su hijo. Éste no le decía nada parecido a un hombre adulto desde que dejó de decírselo a su padre. Oírselo de nuevo resultaba maravilloso.

—Y yo a ti, Quique, y yo a ti —contestó con un nudo en la garganta, mientras lo levantaba del suelo para llevarlo en brazos al interior sin soltar su abrazo, cogiendo a Diana de la cintura con el que le quedaba libre.

De nuevo La Casa del Médico era un hogar... uno muy feliz.

EPÍLOGO

—Ven aquí. —Tony pidió a Quique que se acercara, le colocó bien el cuello de la camisa y arremangó sus mangas.

—Así está guay —declaró el niño mirando cómo, arrodillado ante él, le terminaba de arreglar la ropa.

Tony le sonrió.

—¿Qué tal estoy? —le preguntó luego, dando una vuelta sobre sí mismo.

—Guapísimo —declaró la madre de Diana bajando la escalera—, como siempre, querido.

Asintió con media sonrisa, muy agradecido por el comentario, mientras salía raudo al encuentro de la mujer para ayudarla a bajar el último tramo de la escalera.

—¿Y yo, abuela? —inquirió su nieto, imitándolo.

—Tú estás más bonito que un san Luis —respondió ella, acariciando el rostro del pequeño con ternura. Él se

abrazó a su abuela. La adoraba y le encantaba que estuviese allí.

—¿A qué hora nos marchamos? —quiso saber Esteban, quien bajaba a la carrera—. Antes tendría que hacer unas llamadas.

La madre de Diana se giró con el ceño fruncido.

—¿Quieres dejar de trabajar y disfrutar de los días libres? ¡Vaya vacaciones de pacotilla! —lo regañó.

—Es lo que tiene ser tu propio jefe con tu propio negocio —se defendió el abogado como pudo—, ¿verdad, Tony?

—A mí no me metas —replicó con las manos en alto y sonrisa divertida—.

Tienes diez minutos.

Esteban cogió su móvil y marcó mientras entraba en la cocina.

—¿Este muchacho no para nunca? —preguntó Adela saliendo por donde él había entrado para irse a su casa a prepararse para la procesión—. Se le va a quemar la oreja de tanto tener ese trasto ahí pegado y entonces sí que no va a conseguir novia.

Quique rio a carcajadas por el comentario.

—Venga, vete ya, que tus nietos te esperan —la riñó Tony a la vez que le entregaba el bolso que siempre dejaba en el armario bajo el mostrador de

recepción.

—Me voy, me voy. He dejado unas croquetas hechas para el tunante, que sé que luego viene con hambre —explicó mirando a Quique. El crío salió corriendo para abrazarla.

Adela lo acogió entre sus brazos unos segundos, antes de salir de la casa emocionada por el cariño que siempre le demostraba.

Todos estaban atentos a la escena menos Tony.

Él había perdido la conexión con el resto del mundo en cuanto había oído los pasos de Diana, quien avanzaba por el pasillo de la planta superior para luego

comenzar a descender la escalera.

Estaba preciosa con un vaporoso vestido amarillo con falda de capa, abotonado de arriba abajo y manga muy corta caída sobre el hombro. Las sandalias de cuña de esparto y tiras de ante hacían juego con un pequeño bolso que colgaba de su hombro.

Se acercó al pie de la escalera para recogerla.

Le sonrió, bajando con seguridad hasta él.

Todos los miraban.

Si de algo podían estar seguros era de que el amor de aquella pareja que tanto había luchado por sobrevivir

estaba asentándose, echando raíces bien fuertes en aquella casa, en aquel pequeño pueblo llamado Cid.

La cogió por la cintura. Ella se detuvo un instante un par de escalones antes de bajar del todo y llegar al suelo. Era la única forma de mirarlo a los ojos desde la misma altura.

—Hola —lo saludó con una intensa mirada.

—Hola —contestó acercándose a su boca para besarla.

Fue un casto y dulce beso, a pesar del deseo que siempre tenían el uno del otro, pero había público, y uno importante.

—¿Nos vamos? —preguntó Diana mirándolo. La última vez que fueron a la procesión de san Antonio, todo acabó en un trágico episodio, pero ése era un día especial, habían reunido en el hotel a la familia y querían disfrutar de las tradiciones en paz.

—Nos vamos —susurró casi en su boca.

* * *

Quique vivió la procesión con fervor. Había ayudado a Adela a preparar algunas cosas junto a sus nietos, que ya eran sus amigos y

compañeros de clase, y se sentía muy partícipe de ella.

Le explicó a su abuela cada detalle, cada parada a su manera, aunque Adela y Remedios intervenían cuando era necesario.

Esteban y Tony las acompañaban a cierta distancia fuera del recorrido general, observando alrededor.

—Estamos seguros, Tony. No hace falta que la vigiles como si la fuesen a secuestrar —apreció el abogado.

—Lo sé —se disculpó soltando el aire que retenía—, pero no puedo evitarlo. Sólo con recordarlo, se me ponen los pelos de punta.

Esteban lo sabía; lo conocía y lo vivido un año atrás había sido duro también para él. Era responsable de la muerte de Miguel, aunque fuese en defensa propia.

A pesar de que hubiera sido soldado, la carga era la misma, pero al menos él tenía un entrenamiento militar que le permitía gestionar los sentimientos que le producía haber apretado el gatillo contra un hombre. Daba igual que estuviese loco, que fuese a matarlo si se le ponía a tiro o que estuviese haciendo daño a Diana... una vez que la adrenalina del momento pasaba, había que lidiar con los

fantasmas de la conciencia.

—Tranquilo, Tony. Todo va bien; estamos aquí todos juntos disfrutando de la vida gracias a ti, así que relájate y diviértete.

—¿Y tú? —le preguntó asintiendo a su propuesta en señal de acuerdo.

—Yo, ¿qué? —intentó averiguar a qué se refería con exactitud.

—¿Cómo te va? ¿Has encontrado ya a alguien especial?

Esteban resopló, negando con la cabeza.

—En el trabajo me va muy bien... en el amor, me voy a pique —aseguró esbozando media sonrisa que intentó ser

alegre, pero en realidad estaba cargada de pena y melancolía.

—Estoy seguro de que hay muchas mujeres interesadas en ti. Eres un buen tipo, atento, galante, con buena planta, guaperas y con un buen curro. ¿Dónde está el problema? Y no me digas que la falta de tiempo, porque no es excusa.

Esteban miró al suelo, cogió aire y dirigió su mirada a Diana.

Tony sospechaba que su soltería tenía que ver con su mujer, pero, mientras él no confesara o le diera una pista certera, como estaba haciendo entonces, no había dicho ni una palabra.

—¿Lo ha sabido en algún momento?

—preguntó en voz baja. La procesión estaba en silencio.

—No es lo que crees —le dijo respirando por fin, mirándolo para que viese la sinceridad en sus ojos—. Hace mucho tiempo sí estuve enamorado de Diana, cuando teníamos quince años y todo era confuso en la locura de la adolescencia, pero después descubrí que no era amor de pareja, era otro tipo de amor, el de mejores amigos, el de hermanos, y desde que Miguel empezó a pegarla, todo ha sido un caos. Tenía mucho miedo y no quería denunciarlo. Eso, como abogado, me ponía en una situación muy difícil, y como amigo

todavía más. Tenía novia por aquel entonces, pero, cuando te llama una mujer de madrugada noche sí noche no, por más que lo intentas explicar, es difícil mantener la relación. —Tony asintió, comprendiéndolo. Esteban la había protegido como había podido durante todos esos años, a pesar de suponerle no vivir su vida—. Ahora estoy bien como estoy... tranquilo, centrado, y todo se andará.

—Mereces lo mejor, amigo. Espero que lo encuentres —declaró Tony apretándole un hombro.

Ambos se encaminaron a la plaza, derechos al bar para avisar de la pronta

llegada de la procesión a don Eulogio y que pudiese quitar la música de la barra que montaba en el exterior de su local.

Esperaron la llegada de la familia y desde allí contemplaron cómo los niños eran subidos a las andas del santo, para pedir que los protegiera durante toda su existencia, que les diera un buen porvenir y una vida plena.

Diana se abrazó a Tony sin apartar la mirada de Quique.

—Gracias —susurró sólo para él.

—¿Por qué? —preguntó mirándola emocionado.

—Por encontrarme.

Tony sonrió con el corazón.

Aquellas palabras significaban mucho para él, para ambos.

No era cierto que él la hubiese encontrado, era ella misma quien lo había hecho, pero entendía por qué lo decía. Si él no la hubiera animado, quizá nunca hubiese recuperado a la mujer que fue.

—Gracias por volver a mí. Eres lo más importante que tengo. Eres mi vida.

La pareja se besó mientras los demás miraban cómo los bebés, en el centro de la plaza, pasaban ante san Antonio.

—¿Nos vamos a dar una vuelta? —preguntó traviesa en un susurro, rozando

la piel con sus labios.

Tony tenía muy vivo el recuerdo de aquel encuentro en el escondite que había a mitad de camino entre su hotel y la plaza, cómo ella se atrevió, divertida, cómo disfrutaron de aquel momento...

—Cuando quieras.

—¿Y si el año que viene estuviésemos allí? ¿Te asustaría? —le preguntó señalando la fila de fieles con los niños en brazos. Ella estaba segura de desearlo, pero ¿y él?

Tony la miró con el rostro iluminado por la ilusión que le provocaba el mero hecho de imaginarlo.

Hubo un tiempo en su vida en que

pensó que no tendría pareja, ni tampoco hijos. En conclusión, que no tendría nada. Ahora lo tenía todo. Todo, menos un hijo propio.

—Nada me podría hacer más feliz —confesó acercándola a él muy cariño.

Diana le sonrió.

—Mamá, ¿cuidas de Quique un rato? —le preguntó a Elsa, quien asintió haciendo un gesto con la mano en señal de que se marcharan ya y no perdieran el tiempo.

La pareja se cogió de la mano mientras se despedía del niño.

—Vamos a casa a por tu cena. Venimos en un rato.

El pequeño asintió feliz al pensar en sus croquetas.

Tony tiró de la mano de Diana con sutileza.

La pareja se alejó de la plaza sin que casi nadie se diera cuenta de ello.

Remedios y Adela fueron la excepción. Se hablaron en el lenguaje universal de las mujeres entradas en años del mundo rural, a codazos, sentadas en el poyete del lateral de la plaza, observando cómo ambos desaparecían entre arrumacos por la calle del hotel.

Menos mal que a veces la vida da una tregua y nos deja respirar.

A Tony y Diana ya les tocaba salir a flote a coger aire.

Sólo había una certeza en sus vidas tras saltar todos los obstáculos: querían ser felices y lo iban a intentar.

AGRADECIMIENTOS

Cada vez me es más difícil escribir esta parte sin repetirme, pero, cuando es la misma gente la que está conmigo, no queda otra.

A mi marido y mi hijo, a mis padres, a mi hermano, por estar a mi lado

siempre, ser mi luz, el apoyo incondicional, el amor, la paciencia. Os quiero.

A la gente de mi pueblo, que tan vivas mantienen las tradiciones de mi abuela, mi tía abuela, mis tías, mi madre y sus antepasados. En esta obra ha quedado reflejado el día grande de las fiestas que año tras año he vivido en mi infancia, he visto en casa, en la de mis amigas desde la niñez, Encarni, María, Alicia... Esas fotos que colman cada vivienda en Cedillo del Condado de todos nosotros subidos en las andas de san Antonio son reales, aunque la historia de mis protagonistas y algunos

detalles del pueblo sean ficción.

Al resto de mi familia, por acompañarme y apoyarme.

A Soraya, Elena y Merche, por los mojitos pendientes. Vosotras sabéis lo mucho que significa. Os quiero.

A Belén, que está ahí incondicionalmente para lo bueno y lo malo. De nuevo gracias por tu aporte y tu ayuda para que la historia fuera lo que es.

A Arantxa, que está a mi lado desde siempre. Te quiero, amiga.

A todas las lectoras que me apoyan en cada proyecto.

A los blogs, webs, páginas de

Facebook y, en general, a todas las personas que siempre están pendientes de mis trabajos.

A todos aquellos que hayan dado una oportunidad a la historia de Diana y Tony.

BIOGRAFÍA



Mar Vaquerizo es una escritora madrileña que, tras sufrir un accidente doméstico en 2008, comenzó a tomarse en serio su hobby: escribir. Aquella

dolorosa y prolongada baja derivó en varias obras aún inéditas, como *El guardián de tormentas* y *Más de ti*.

Tras ellas llegaron pequeñas colaboraciones como relatos en diferentes antologías, revistas y concursos, hasta que en mayo de 2014 publicó su primera novela corta, *Lady Shadow*, que quedó en segundo lugar como mejor novela de suspense 2014 en la web RNR. Tras ella, *Mi vida en tus manos,* en octubre del mismo año; en febrero de 2015, *Todo lo que desees*, obra que recibió el premio Dama 2015 a la mejor novela de suspense de Club Romántica, y en abril de 2016 *Mil*

luciérnagas en el jardín.

Actualmente sigue sumergida en nuevos proyectos, aprendiendo y buscando ideas para crear historias que contaros.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

www.facebook.com/marvaquerizoescrito

www.instagram.com/marvaquerizo y

www.twitter.com/MarVaquerizo

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

Wild Thoughts, P 2017 Epic Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Rihanna, Bryson Tiller y DJ Khaled.

(N. de la e.)

Despacito, P Universal Music Latino; 2017 UMG Recordings, Inc. © 2017 UMG Recordings, Inc., interpretada por Luis Fonsi. *(N. de la e.)*

Hey Ma, P 2017 This compilation 2017 Artist Partner Group, Inc. for the United States and WEA International Inc. for the world outside of the United States © 2017 Motion Picture Artwork, Artwork Title, and Photos 2017 Universal Studios, interpretada por Pitbull, J. Balvin y Camila Cabello. *(N. de la e.)*

Encontrarte
Mar Vaquerizo

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-08-18563-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre
www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

